

**Florencia Palacios**



**El italiano**



El italiano-Florenxia Palacios

©Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

®Registrado en safecreative.org. marzo 2018

Edición digital.

La presente es una obra de ficción y todos los personajes y lugares mencionados en la presente son invención del autor y no guardan semejanza alguna con la realidad.

## **El italiano**

### **Florenxia Palacios**

Irina abandonó el edificio de la atestada avenida y se reunió con el chofer de su hermano, estaba nerviosa, no hacía más que mirar su celular para ver los mensajes. Demonios, no quería irse, quería quedarse en Milán ¿por qué su hermano insistía tanto en que debían abandonar el país en unas horas? No quería irse ni regresar a Rusia, no después de lo que había pasado ni...

Sintió pánico, estaba harta de vivir huyendo, de vivir con miedo, ¿por qué no podían estar tranquilos? ¿Qué había hecho su hermano, en qué asunto peligroso estaba metido? ¿Y por qué nunca le decía la verdad? Ya no era una niña.

Nicolai tenía mucho dinero, ese apartamento donde vivían debía valer una fortuna, bueno él era un científico y en Rusia había tenido un gran reconocimiento y un buen cargo hasta que el laboratorio que lo había contratado cerró. En Italia había logrado trabajar para un importante laboratorio de productos químicos, vivían en un piso lujoso, con mucha seguridad. Tenía un auto carísimo, chofer y nada les faltaba, pero... No

siempre había sido así, nada más llegar...

Irina apartó esos recuerdos de su mente como hacía siempre con lo desagradable, su vida había cambiado. Había hecho cursos en administración, aprendido el italiano y siguió el consejo de su hermano manteniéndose apartada de los chicos que querían invitarla a salir. “Procura no meterte con los italianos Irina, y ten cuidado si haces amistades, nadie debe saber de nosotros. Los italianos son curiosos, siempre quieren saber cosas, mantente alejada...” le había dicho su hermano y ella cumplió sus órdenes al pie de la letra pues sospechaba que algo ocultaba. Tanto dinero, tantos guardias de seguridad, nunca antes habían tenido tanto, en su país apenas tenían para comer. Los últimos años habían sido muy malos para su familia, su padre sin trabajo...

La voz del chofer de su hermano llamó su atención, debía subir al vehículo sin demora y regresar a casa.

Una nueva señal de alarma.

Mientras veía las calles pasar a gran velocidad volvió a preguntarse por qué. ¿Qué tramaba Nicolai, y por qué decía que debían dejar esa ciudad en unas horas?

Se había acostumbrado a Italia y había sido todo un logro para ella conseguir ese trabajo y su hermano lo aprobó porque ella insistió en que

quería tener su propio dinero.

Él la había mirado con sus grandes ojos cafés y le había dicho: “recuerda lo que te dije, Irina. Si te preguntan algo de tu familia, de tu país o de mí, no respondas, no dejes que te sonsaquen información”. No podía hablar de su pasado ni del trabajo de su hermano.

Y ese hombre que no dejaba de mirarla. Su jefe, le había hecho muchas preguntas como si sospechara algo...

Suspiró al pensar en ese joven rico acostumbrado a seducir a sus subalternas, jugar con ellas y luego olvidarlas y creía que ella entraría en su juego. Pero no era el único que esperaba llevársela a la cama. Esos chicos italianos eran muy enamorados y vehementes, y guapos... Solo que para ellos era un juego, ya se lo había advertido su hermano y sabía que era verdad, sin embargo, por momentos, a veces deseaba... salir con chicos como lo hacían las jóvenes de su edad y no sabía por qué su hermano no la dejaba hacerlo, por qué tenía tanto miedo de que se enredara con alguno.

Sospechó que él estaba metido en algo sucio, sucio y muy lucrativo, pues en solo tres años se había enriquecido mucho más de lo esperado. Ganaba muy bien en su trabajo sí, tenía un salario que en su país habría sido imposible de conseguir, pero... Había algo más: algo secreto y pensó que esa era la razón por la cual la mantenía apartada y parecía bastante molesto de que trabajara y por eso... Cada vez con más frecuencia la llamaba y la

obligaba a regresar al apartamento sin ninguna razón.

Como ese día, pero ese día se sentía furiosa.

Al entrar en el apartamento notó que había visitas y toda su rabia, dirigida a su hermano se esfumó, pues no podía hacer una escena frente a extraños.

—Al fin llegas, Irina. Ven, quiero presentarte a unos amigos.

Se acercó intrigada, en ocasiones sus amigos se presentaban, conversaban con él a solas y se marchaban. Nicolai siempre había sido sociable, desde su tierra natal y al ser la única chica de cuatro hermanos varones se acostumbró de pequeña a jugar con ellos, a pesar de que a veces los juegos y combates eran algo salvajes, él siempre la había defendido. Pero ese día lo notó extraño, algo en sus ojos... parecía inquieto como si algo despertara su ansiedad.

—Irina ven, quiero presentarte a Massimo Visconti, un viejo amigo. Quiere conocerte.

Ella se acercó incómoda, no era la primera vez que esos italianos amigos de su hermano querían conocerla, no dejaban de mirarla, eran mujeriegos por naturaleza, siempre estaban mirando mujeres, las perseguían, les decían piropos y se propasaban. Cuando estaba estudiando recibió muchas invitaciones, palabras bonitas y hasta hubo uno que comenzó a seguirla hasta

su apartamento, mas al enterarse su hermano le dio una paliza y no volvió a importunarla.

Él mismo hablaba pestes de todos ellos. Nicolai era fiel a su patria, a su familia, Italia para él era su trabajo, una vida mejor, diversión, por eso le sorprendió que pretendiera acercarla a uno de sus amigos a quién nunca había visto antes, o al menos no lo recordaba.

—Ven siéntate, te ves cansada... Mi hermana trabaja con la firma de Mazzini y Clio—explicó.

Irina obedeció incómoda al ser observada por ese grupo, sobre todo por ese hombre alto, de cabello muy oscuro y ojos casi negros. Odiaba estar en una sala rodeada de hombres, pero lo más embarazoso ocurrió después cuando se quedó a solas con ese extraño mientras su hermano se reunía con los otros en otra habitación pues tuvo la inquietante sensación de que ese italiano estaba realizando una radiografía de su cuerpo: músculos, huesos, encantos, no se perdió detalle, para luego mirar sus ojos.

—Has crecido, pequeña Irina—dijo de pronto el sujeto.

¿Crecido? Sus grises expresaron confusión. ¿De qué hablaba ese italiano?

—Tú no me recuerdas ¿no es así? Y en realidad yo tampoco habría podido reconocerte, ha pasado tanto tiempo y tú... Eras una adolescente flaca

y de piernas largas, pelo rubio hasta la cintura y muy brava.

La joven lo miró alarmada pensando que ese hombre le gustaba cada vez menos. No le agradaba que dijera que la había conocido antes, la forma en que la miraba y le hablaba...

—¿Quién eres y de dónde me conoces? —dijo al fin intrigada.

Él se acercó y la miró de forma extraña, sonreía y miraba su cabello, sus ojos sin perderse detalle.

—Preciosa, yo te salvé hace tres años cuando llegaste aquí porque un ruso hijo de perra les prometió trabajo y una vida mejor, ¿lo recuerdas? Y los metió en una red de traficantes de personas—le respondió.

Irina comenzó a sentirse mal, el recuerdo de esos días: los más negros de su vida regresaron y quiso escapar, golpear a ese hombre. ¿Pero era él? No podía creerlo.

—Yo no lo recuerdo... no puedo recordar—confesó agitada y se alejó lentamente.

—Bueno, fue hace mucho tiempo, has cambiado, ya no te ves tan desvalida, eres una ragazza fuerte, preciosa.

Ella lo miró entonces con fijeza, no, no lo recordaba para nada. ¿Nunca lo había visto o sí? ¿Formaba parte de ese grupo de italianos que se reunían con su hermano en secreto y hacían negocios no del todo legales?

Sintió pánico que eso fuera verdad. La mención de su accidentada llegada a Italia la hizo sentir mal.

Sin saber por qué se sintió en peligro, quiso alejarse de ese hombre.

—Disculpe, estoy algo cansada. Un gusto en conocerle señor Massimo.

Él sonrió y le dijo: “hasta pronto Irina, gusto en verte”.

Cuando se encerró en su habitación su cabeza era un torbellino. Hacía casi cuatro años llegaron a Italia porque un amigo de su hermano: Sergei, dijo que estaba haciendo buen dinero en una empresa multinacional, que se conseguía buen trabajo, casa, y que había una pequeña comunidad rusa en Milán. Su familia siempre había sido pobre, su hermano se había quedado sin trabajo y Sergei lo engatusó: al ser ingeniero químico y haber trabajado en un importante laboratorio era muy valioso para ese país, eso le dijo y entonces, al llegar a Italia descubrieron que todo había sido una trampa.

Eran una peligrosa red de tratas de personas y mierda, la querían a ella para prostituirla, para forzarla a estar con hombres en un hotel de lujo. Citas, ejecutivos de alto nivel que pedían chicas jóvenes, sanas y bonitas, eso le habían dicho. No lo creyó en ningún momento, la prostitución nunca era salir con ejecutivos guapos ni de alto nivel como querían hacerle creer.

En ese entonces estaba muy flaca y su aspecto no era saludable como querían ellos pues acababa de recuperarse de una neumonía y estaba tan flaca que daba lástima. Los mantuvieron encerrados, aislados en un lugar inmundo, junto a otros extranjeros: jóvenes de países remotos.

Día tras día aparecían personas a verlos, italianos y rusos para comprarlos. Su hermano le dijo entonces “lo lamento Irina” y por primera vez en su vida notó que Nicolai estaba al borde de las lágrimas, que vivir ese calvario y ver la miseria a su alrededor y comprender lo que les esperaba era demasiado para él. Siempre había sido un chico rebelde y tenía una banda de revoltosos que entrenaban para pelear y había sido campeón dos veces de lucha libre. Sin embargo, en esa ocasión no tenía chance alguna de hacer algo y eso lo desesperaba, podía verlo en sus ojos: la rabia, el odio y la desesperación.

Pero Nicolai era por sobre todo un hombre muy inteligente, era una rara mezcla de intelecto y acción, observó que esos extranjeros eran vendidos a unos rufianes de la mafia, vendidos como mercadería valiosa y se pagaba buen dinero por ellos. Eso le dio esperanzas...

“Irina, debes fingir que aún estás enferma, para salir de aquí idearé un plan” le había dicho y entonces apareció un hombre que exigió ver a las chicas.

Alguien supo que su hermano era ingeniero científico además de

informático y eso despertó su interés. “¿Puedes jaquear un sitio y espiar?” le preguntó el intérprete y lo llevaron aparte para interrogarlo. En realidad, estaban más interesados en él que en ella que no era más que un manojito de huesos y cabello rubio. Además, tuvo una recaída y días después se quedó en cama. En esos momentos pensó que sería mejor que se muriera, esos malditos darían trabajo a su hermano (nada legal por supuesto) y ella no debería sufrir el calvario de la prostitución.

Pensó que moriría, ardía en fiebre día tras día y nadie le prestaba atención, Nicolai solo aparecía a veces, pero no estaba segura de si era él o una alucinación pues ardía en fiebre. Estaba débil, enferma y pensó que moriría, se sintió muy cerca de la muerte

Pero alguien ayudó a su hermano y también salvó su vida. Unos ojos muy oscuros la miraron con intensidad, se veía horrible, más muerta que viva.

El extraño dijo algo en su idioma y sonrió, no era una sonrisa agradable, pensó que era el fin.

Eso era lo último que recordaba de su cautiverio, pues al despertar estaba en una sala de hospital muy lujosa. Su hermano la miraba con ansiedad “¿te sientes bien?”, le preguntó.

No, se sentía horrible, le dolía todo el cuerpo y no podía respirar, sus

pulmones, hasta respirar le dolía y no podía moverse. Tenía una máscara de oxígeno y estaba llena de sondas en el brazo.

Solo días después se enteró de que los habían liberado, que la policía llegó por una denuncia y todos habían ido a prisión y los demás liberados. Parecía un sueño, pero ¿qué pasaría con ellos? ¿Regresarían a Rusia? Se preguntó entonces angustiada. En Rusia solo les esperaba la miseria, pero al menos podrían vivir en paz.

—Primero debes ponerte bien Irina, recuperarte, la policía desea ayudarnos...—le había dicho su hermano entonces.

La policía los ayudó, les dio protección, su hermano consiguió un buen trabajo y luego... se había hecho casi rico, ganaba mucho dinero en un laboratorio y... Tenía su pequeño negocio de informática que le daba una fuente de ingresos apreciable, y algo más. Algo de lo que nunca le hablaba. Ahora estaba lleno de amigos, y no eran del laboratorio.

Tenían una buena vida, Nicolai tenía mucho dinero, ¿por qué rayos meterse en asuntos ilegales? La policía lo había ayudado, estaban a salvo y ahora... Ahora de repente le decía que debían regresar a su país.

Sus padres habían muerto, sus hermanos se habían mudado a otra ciudad, nada los ataba a Rusia ahora y sin embargo...

Dio vueltas, inquieta en la cama pensando en ese italiano, pensando

en esa vida apartada que llevaban.

Pues estabas decidida a hablar con su hermano y le pediría explicaciones.

No fue necesario que lo llamara, su hermano apareció una hora después en su habitación.

A solas hablaban en ruso, el idioma de ese país solo lo usaban para burlarse o hablar con los italianos.

Estaba furiosa y se sentó en la cama y miró a su hermano ansiosa de pedirle explicaciones, pero algo en su mirada la hizo cambiar de idea. Los ojos oscuros de Nicolai lucían ojeras y su cabello rubio cortado al rape empezaba a encanecer y solo tenía veintisiete años, pero se veía mayor. A pesar del dinero, de la vida cómoda que llevaban, él había envejecido de forma prematura.

Lo miró con fijeza y entonces le preguntó qué estaba pasando.

—Nicolai, ¿me pides que salga antes del trabajo para presentarme a tu amigo italiano? Tú que siempre me dices que no confíe en ellos. Escucha, me costó mucho encontrar ese puesto y mi jefe... pues no está muy contento con estas escapadas repentinas.

Nicolai no la miraba, parecía distraído como si no la hubiera escuchado.

—Cálmate, debo hablar contigo, deja que te explique. Todo tiene una razón—parecía cansado.

—Está bien, te escucho...—se cruzó de brazos molesta. —¿Qué pasa con ese hombre Nicolai? Qué negocios tiene con él y por qué ha dicho... él sabe de la trampa que nos tendió Sergei hace cuatro años.

Su hermano hizo un gesto de cansancio y se sentó en la silla mecedora y encendió la televisión. Miraba mucha televisión cuando no estaba trabajando y cuando ella le había preguntado por qué lo hacía él le respondió: “para no pensar en nada. Me encanta poder dejar a veces la mente en blanco”. Se preguntó si ahora le pasaba lo mismo, estaba segura de que sí, de que algo lo angustiaba y no quería hablar de ello, sin embargo, de pronto dijo sin apartar los ojos de la película que estaba mirando:

—Irina, le debemos mucho a Massimo. Sé amable con él porque si algo me pasa... escucha bien lo que te digo, si algo me pasa, tú no quedarás desamparada. Él te ayudará, cuidará de ti.

Esas palabras le provocaron escalofríos.

—¿Si algo te pasa? ¿Y por qué habría de pasarte algo, de qué hablas Nicolai? ¿Por qué no me dices la verdad? Por favor, deja de dar rodeos, dime qué está pasando.

—La vida es efímera y en este país hay muy pocos en quiénes

confiar. Tú no tienes amigas ni tampoco... Estás sola Irina y temo que eso fue mi culpa. Eres muy tímida, siempre lo fuiste, pero yo... siempre te hice creer que cuidaría de ti, que siempre estaría allí, pero las cosas han cambiado.

—Pero tú tienes un trabajo importante, tienes dinero, ¿a qué le temes? ¿En qué te has metido hermano? Dímelo por favor. ¿Son esos hombres con los que te reúnen, acaso te involucraron en un negocio ilegal?

No se lo dijo, tuvo la sensación de que tal vez le costaba hacerlo.

—Irina, no puedo decírtelo, solo quiero hablar contigo, que entiendas que Massimo prometió cuidar de ti si es necesario, si debo salir del país.

—Irte solo del país? Pensé que me llevarías contigo. Nicolai, tú estás loco, la policía nos salvó, y luego nos ayudaron a conseguir trabajo.

Él la miró con fijeza.

—No fue así—confesó—No fue la policía, te mentí, fue Massimo, él es uno de los capos de la mafia sureña. Tú no sabes nada de esas cosas, lo sé, pero entiende que estaba desesperado, te habrías muerto Irina, a esos desgraciados no les importaba nada, no llamaron a un médico ni ... Dije que debían conseguir un antibiótico y se rieron, dijeron que de todas formas no querían chicas enfermizas, así que ¿para qué hacer algo por ti? Eran unos perros desalmados, no éramos más que mercancía humana a la venta. Pero al saber que era ingeniero químico y sabía mucho de sustancias ... creo que eso

nos salvó porque apareció Massimo. Necesitaban infiltrados.

—¿Infiltrados?

—No importa eso, lo que quiero decir que mis estudios nos salvaron entonces, me consiguieron un trabajo, pero no soy más que un peón. Me han pagado bien sí, pero no soy libre de marcharme a menos que siga su juego. Es lo que hago... Él te salvó ese día, pensó que eras una niña y él no... No es proxeneta ni le interesan las niñas como a otros mafiosos pervertidos.

—Venden gente, traen extranjeros pobres con falsas promesas, Sergei nos traicionó y eso no se me olvida.

—No importa eso ahora, recibió su merecido, lo sabes...

Sí, lo sabía, Sergei había aparecido asesinado junto a su novia frente a la catedral meses atrás. Ese desgraciado se había enriquecido con el tráfico de inmigrantes, era mucho más rico que su hermano, lo tenía todo y un buen día fue acribillado en un crimen que se rotuló como “mafioso”. La clase de crimen que nunca sería resuelto, un ajuste de cuentas entre criminales, celos, rivalidades, viejas deudas. Se había hecho justicia.

—Escúchame Irina, debes casarte con ese italiano, debes hacerlo.

—¿Casarme con ese sujeto? El no habló nada de bodas, solo dijo que cuidará de mí o algo así.

Nicolai fue por su botella de vodka, parecía necesitarla, últimamente

bebía más de la cuenta.

—Es un italiano del sur Irina, tú no los conoces, pero tienen ciertas tradiciones, viven como en el siglo pasado: católicos, conservadores, celosos de su familia y el honor y él... Massimo no es el capo todavía, lo será cuando su tío solterón muera y se convierta heredero no solo de su linaje mafioso sino de toda su fortuna. Y para heredar necesita una esposa, una familia, luego de que se case su tío lo nombrará su sucesor. Pero de esto ni una palabra a nadie hermana, ya lo sabes.

Ella tragó saliva varias veces, se sentía aturdida y sedienta, necesitaba un refresco cola urgente que la levantara un poco. Azúcar... Mucha azúcar, porque de repente se sintió cansada y mareada. De repente todo encajaba, la forma libidinosa en que la había mirado el italiano, y lo demás la hacía sentirse enferma. Había ido a cobrar una vieja deuda, ayudó a los inmigrantes rusos, usó a su hermano de espía para un trabajo sucio y ahora esperaba convertirla en su esposa para convertirse en el capo de tutti capi. Era increíble...

Miró a su alrededor aturdida mientras iba por un refresco, en realidad debió tomar algo más fuerte para digerir tantas revelaciones, pero no bebía, ni quería empezar a hacerlo.

Entonces él habló, luego de tomar la mitad de su vaso de vodka.

—Sé que esto es difícil de entender para ti y no puedo pedirte que aceptes sin más, pero, ha dado su palabra de que cuidará de ti y tú... tú necesitarás que te cuiden hermana, necesitas un marido, alguien como Massimo porque temo que tu vida también correrá peligro cuando yo deba desaparecer.

Esas palabras le helaron la sangre y se tomó dos vasos enteros de refresco, entonces se volvió y lo enfrentó.

—Tú no puedes estar diciéndome estas cosas Nicolai! No eres tú... TE desconozco, nunca quisiste que me liara con un italiano, decías que eran unos oportunistas traficantes, unos desgraciados que solo buscaban sexo y nada más—estalló. Estaba al borde de las lágrimas porque de pronto todo empezaba a tener sentido: Nicolai había amasado una fortuna trabajando en ese laboratorio, investigando sobre algo de lo que nunca le hablaba, comprando coches caros, ese apartamento... Tal vez no era millonario, pero tenía mucho dinero y eso... Tanto dinero no podía venir solo de su salario. ¿Blanqueo de dinero obtenido de negocios ilegales, coima, extorsión?

—Es verdad, no quería que se aprovecharan de ti, que te lastimaran, esos italianos no son fieles ni tratan bien a sus mujeres las engañan. Dicen que Italia es el país de los cornudos y es verdad, pero había otra razón. Mi trabajo hermana, mi trabajo es secreto y encierra ciertos riesgos, nadie debía enterarse y ahora...

—Le debemos todo, y tú le debes la vida Irina, la libertad y también todo lo que tenemos. Para salvarnos de esa red de malditos proxenetas tuve que aceptar el trato, trabajar para Massimo y su tío. Eran una red de tráfico de órganos, de personas, prostitución, no habríamos salido vivos de ese lugar. Y yo quería vivir, vine a este país en busca de oportunidades, una nueva vida, debía ser parte del equipo científico, pero...—hizo una pausa cansado.

—Pero imagino que tú has pagado esa vieja deuda espiando para ese bribón, ¿por qué debo participar yo en esto?

Él la miró con intensidad, parecía vacilar.

—Trabajé para él un tiempo, luego no volví a verlo, hasta que necesité nuevamente su ayuda. Escucha... cuanto menos sepa de esto mejor, no quiero que te interroguen, que te busquen quiero que estés a salvo y para eso deberás olvidar quién eres, cambiar tu nombre y olvidarlo todo. Deja de preocuparte por Massimo, es un buen hombre, lo conozco.

—¿Un buen hombre? Pero si está metido en esos negocios de narcotráfico no puede ser una buena persona, estás delirando. Creo que has bebido demasiado. ¿Esperas que haga lo que me pida, que me case con ... un mafioso sureño de alto vuelo? Pues nunca haré eso, ni loca, ni borracha. Olvida esa locura por favor, debes estar muy desesperado o muy demente para pedirme algo así y más ebrio si esperas que acepte.

—Tienes razón, estoy loco... pero tal vez sea tu única salida Irina... él dio su palabra de que te pondrá a salvo y puedes creer lo que quieras de Massimo, pero tengo la certeza de que cumplirá su promesa. Sí, sé que lo hará.

—¿Es lo único que te importa? ¿Que el italiano cumpla su promesa de protegerme? ¿Y qué hay de mí? —estalló.

—Es por tu bien, tranquilízate, tengo mis razones y sé que Massimo es la respuesta.

—Nicolai, tú dijiste que regresaríamos a Rusia, que escaparíamos... ¿Y qué te hizo cambiar de opinión? ¿Acaso fue ese hombre?

—No puedo decírtelo ahora, confía en mí, sabes que nunca haría algo para perjudicarte. Él dio su palabra y sé que la cumplirá. Necesita una esposa, la necesita con urgencia, su tío se muere y le ha hecho prometer que se casará. Tú deberás fingir, cambiarás tu nombre, dejarás de llamarte Irina. Él te lo explicará, pero no te muestres rebelde ni lo ofendas, no... No te resistas, si algo me pasa puedes confiar en Massimo, él cuidará de ti, te necesita y con algo de astucia podrías hacer que él te ame.

Ella pensó que ese hombre no era su hermano, que un clon o un enviado de satán había poseído su cuerpo, él jamás le habría pedido que

sedujera al padrino de una de las mafias más importantes del sur. La sola palabra mafia la espantaba, sabía que en todos los países había redes de delincuentes, mafias, pero según su hermano esa familia sureña pertenecía a la aristocracia mafiosa del sur, una familia importante que debía su fortuna a los negocios sucios del hampa: principalmente al contrabando de sustancias, prostitución. Pero él no vendía droga, pero andaba en algo ilegal por eso hablaba de huir de ese país, tenía miedo. Formaba parte de algo grande, su inteligencia, sus conocimientos científicos, informáticos... Y ahora esperaba convencerla de que se casara con un mafioso. Había hecho un trato con el diablo a cambio de su libertad, riquezas y seguridad, y ella sería la paga.

—No puedes pedirme esto Nicolai, ese hombre es arrogante, es un desconocido para mí y además... ¿qué te hace creer que cumplirá su palabra de respetarme, de cuidarme? ¿Cómo estás tan seguro de eso? La mayoría de los hombres de este país viven corriendo tras las faldas.

Su hermano insistió, la miró fijamente y le dijo que no tenía alternativa.

—Deberás renunciar a tu trabajo Irina, la boda debe celebrarse sin tardanza y él me pidió que te prepare. Me ha dado su palabra y sé que puedo confiar en él. No hay alternativa, no la tenemos.

No la tenían, él tampoco podía impedir que ella fuera entregada en un trato del que no sabía nada, ¿y qué recibiría su hermano a cambio? ¿Qué lo

impulsaba a ese pacto secreto?

Irina no quería saber nada del asunto y renunciar a su trabajo para casarse con un extraño: pues no lo haría y punto. Y esa noche, durante la cena se lo dijo, pero él no la escuchó, tuvo que irse, algo urgente requería su atención. Siempre era así, se iba a las horas más insólitas y no regresaba hasta horas después, días después, pero ella no quedaba sola: tres agentes de seguridad vigilaban el edificio y el apartamento.

Pasó una noche en vela abrazada a su almohada luego de devorar un trozo de pastel de chocolate y mousse, se sentía tan sola y desesperada. Pero estaba decidida a algo: no ayudaría a su hermano, no aceptaría esa boda precipitada con ese hombre ni renunciaría a su trabajo... No abandonaría lo que tenía: su hermano, su familia ni su libertad...

\*\*\*\*\*

Al día siguiente al despertar su hermano no había regresado, pero no creyó que fuera importante, a veces desaparecía durante días. Así que desayunó, se dio un baño y se dispuso a ir a su trabajo como todos los días.

No quería pensar en todo ese asunto de Massimo, por momentos le parecía tan irreal que de pronto tuvo la sensación de haberlo soñado en una de esas siestas de media tarde cuando podía recordar con claridad cada parte de un sueño absurdo, inquietante. ¿Habría sido todo un delirio de su hermano

luego de beberse un vaso entero de vodka o solo intentó convencerla, asustarla para que aceptara esa propuesta?

No estaba segura.

Ese italiano no tenía pinta de necesitar una esposa, si eso quisiera ya la tendría ¿por qué esperaría por ella, por qué pediría su mano en secreto?

Suspiró vencida, mejor sería esperar y...

Se preparó para ir a la oficina como de costumbre, la vida continuaba. Su trabajo era su vínculo más fuerte con la realidad además de su hermano Nicolai y las cartas que le escribía su amiga rusa Anouska. Era su espacio, su contacto con personas, no tenía amigas en Italia ni tampoco había podido tener un romance, tampoco había tenido oportunidad... A veces se sentía sola y luego de terminar sus estudios sintió que no tenía en qué ocupar su tiempo y pasarse el día entero mirando tele y comiendo postres no era para ella: necesitaba hacer cosas, sentirse útil. Además, tenía planeado hacer una carrera universitaria un día como sus hermanos, tenía buena memoria y le gustaba estudiar, pero algo en su vida no estaba bien...

Al salir del edificio no vio a los guardias de su hermano, pero no le importó, tampoco estaba el chofer así que tuvo que tomarse un autobús.

Estaba muy decidida a no renunciar a su trabajo, no lo haría, ni tampoco se casaría con ese Massimo. No aceptaba a ese italiano como su

salvador, tal vez era mentira y Nicolai le mintió porque le debía dinero o favores a ese hombre y este, al parecer, no tenía otro lugar dónde buscarse una esposa.

Pero su hermano no era un mentiroso, a pesar de tener secretos, no le habría mentido con algo así.

Al llegar al trabajo su cabeza era un embrollo, pero al ver a su jefe: rico, tan guapo y de expresión despreocupada se distrajo un poco de sus problemas. Los hombres como él tenían un charme especial, algo que los hacía únicos y ella podía sentirlo. No sabía bien qué era, pero una de las razones por las que se había negado a renunciar tenían nombre y apellido. Alberto Galli.

Al sentirse observado él escondió una sonrisa.

Era un pícaro por supuesto y para él, ella no era más que una asistente con la que deseaba acostarse. Sí, era verdad, no se engañaba, cuando estudiaba tuvo muchos Romeos, italianos que le decían cosas bonitas, que fingían amistad pero que solo querían algo: sexo. Galli era un más, o tal vez no lo era. A ella le gustaba, demasiado tal vez y para colmo de males el tipo era casado.

No estaba bien salir con casados, una compañera de trabajo la tenía al tanto de todo, pero a ella le gustaba...

—Buongiorno signorina, ¿cómo está? Llega en hora.

—Buongiorno signore—respondió ella sonrojándose ante su mirada azul, intensa.

—Hay trabajo atrasado, per favore signorina...

—OH, sí por supuesto...

Sí que había mucho que hacer ese día... No hizo más que dar vueltas toda la mañana: buscar contratos perdidos, hacer cincuenta llamadas, escribir mails y finalmente irrumpir en una reunión de su jefe cuando él había expresado que no deseaba ser interrumpido.

Volvió a hablar en ruso lo que aumentó su rabia mientras sus amigos y socios la miraban con atención. ¡Realmente ese no era su día! sus ojos echaban chispas él no aceptó hablar con la chica que parecía estar histérica por hablar con él. No era la primera vez que llamaba y él nunca la atendía. ¿Quién sería? ¿Alguna novia antigua rechazada o...?

No era la única mujer que llamaba. Era un hombre muy solicitado. Y eso que era casado. ¿no lo decía su hermano? ¿Qué Italia era el país de los cornudos?

—Puede retirarse. Gracias ragazza—le dijo.

Ragazza. Odiaba que la llamaran así, no tenía quince años sino veintiuno, era una mujer adulta y él parecía estar burlándose de ella

llamándola novata o muy joven. Sin experiencia.

Se sintió como una tonta al tener fantasías con ese hombre. Estaba perdiendo el tiempo y se estaba haciendo involucrando de una forma peligrosa, y eso no le traería nada bueno.

Pero demonios: necesitaba ese trabajo, no quería dejarlo.

Regresó a su oficina y ordenó el caos que había dejado su jefe, pensó que debería irse antes pero no quería tentar la suerte, llevaba demasiados días escapándose antes de hora, si seguía así la echarían...

De pronto vio entrar a Carla, una oficinista de lentes con la que conversaba a veces durante el almuerzo. Era una de las pocas que le hablaba en realidad, las demás eran muy reservadas, desconfiadas.

—Irina, ¿qué tienes? ¿Pasó algo? —quiso saber.

Carla solía llevar y traer contratos de un piso a otro y dejó unos documentos en el escritorio de su jefe y ella los recibió.

—Hay una mujer que siempre llama—Irina no perdió oportunidad de quejarse—Y el señor Galli se enoja cuando le aviso, pero no entiende... No deja de llamar y también hay otras.

Carla sonrió.

—Oh no te preocupes por eso, es que tu jefe es todo un galán... Pero no se enoja, al contrario, se divierte. Sabes... Creo que tú le gustas, eres su

tipo, le gustan las rubias de cara redonda, nunca le han gustado las muy flacas ni de cara larga.

Esas palabras la sorprendieron, era la primera vez que alguien insinuaba eso de forma tan abierta, es decir al comienzo notó sí que la miraba, pero después... En realidad, la ignoraba y no la trataba demasiado bien, mantenía una actitud rara. La había invitado a almorzar sí, solo para hacerle preguntas que ella no podía responder y luego...

—¿Por qué dices eso, Carla? —quiso saber.

La joven se acomodó los lentes y le sonrió. —Vaya, y a ti también te gusta el jefe, pero oye, ten cuidado... Le gustan mucho las mujeres y no... No debes hacer planes, solo disfruta el momento sin involucrarte. No olvides que es casado y los casados son un problema.

Irina tuvo la sensación de que a pesar de entender el italiano no había logrado descifrar el sentido de sus palabras. ¿Qué habría querido decirle?

—Vaya, ¿te he desconcertado? ¿No entiendes verdad? Mira, es que creo que tú no eres como las otras chicas y esto no es... No estoy diciendo nada malo, pero él no es para ti, tú pareces una adolescente escapada de su casa. Pareces necesitar afecto, amor, algo más que un hombre egoísta y ególatra que no quiere a ninguna. A menos que tengas un novio y entonces... Bueno, olvida lo que te dije.

¿Así que era un ególatra que jugaba con todas? Debió imaginarlo. Muchos hombres ricos eran así. Hasta llegaba una que los hacía pensar diferente. Al menos eso decían las revistas femeninas especializadas en el tema. ¿Enamorada de un donjuán? Siete claves para conquistar a tu hombre... Descubre si te has enamorado de un hombre que en realidad no existe. Sexo intenso... Cuando no te atreves a...

Bueno, era asombroso lo educativas que eran las revistas femeninas en temas diversos como el sexo, la amistad, el amor y las relaciones que resultaban ser destructivas. Ella había aprendido mucho porque no tenía a quién preguntarle ciertas cosas y sin embargo allí había abundante material sobre las relaciones humanas. Imaginaba que en algún momento de su vida tendría un novio y luego tal vez algunos problemas y...

Un donjuán, su jefe era un donjuán. Y al parecer esa joven creía que ella planeaba atraparlo o algo así.

—Disculpa, espero que no tomes a mal de lo que te he dicho... Es que pensé que... Hubo otras secretarias antes que se fueron tristes, creo que ese hombre tiene algo que enamora, que fascina y enamora y luego destruye.

La llegada de su jefe puso fin a la cháchara, Carla casi se esfumó y ella se quedó pensando en sus palabras solo un momento porque la presencia de su jefe invadió sus pensamientos.

—Señorita Irina, siéntese por favor, debo hablar con usted.

Esas palabras le provocaron alarma, sus ojos azules se movieron de un sitio a otro sin ocultar sus nervios mientras obedecía. Parecía enojado, molesto...

—Le he pedido que no interrumpa en las reuniones y temo que lo olvidó, como olvida hablar en nuestro idioma y algunos nombres que pedí no ...

Sí, era una reprimenda, no tenía dudas y por suerte para ella como habló rápido no llegó a entender todo. Excepto que sí notó que estaba molesto por varias cosas.

—Si lo desea puedo renunciar ahora signore Galli—dijo entonces con orgullo. No se quedaría en un lugar dónde al parecer no hacía más que meter la pata.

Sus palabras hicieron algo que no esperaba: lo dejaron desconcertado unos minutos.

—¿No cree que es más sencillo disculparse y decir que no volverá a ocurrir? —dijo entonces muy despacio.

—Tal vez, pero creo que su enojo no podrá apaciguarse con una simple disculpa signore.

Él sostuvo su mirada.

—Parece olvidar que es mi asistente, vive pensando en otra cosa y quisiera saber en qué piensa. ¿Acaso algo la preocupa? Tal vez he sido duro y tenga algún problema personal muy serio que interfiere con su trabajo.

Irina no respondió. ¿Qué le importaban a ese hombre sus problemas personales? ¿Desde cuándo los jefes eran tan humanos y condescendientes? Tal vez desde que planeaban a sus secretarias.

—Es que no tengo ningún problema, solo que llaman personas para hablar con usted, muchas personas y no puedo adivinar si esa llamada debe ser desviada o atendida—dijo al fin—En ocasiones olvido el idioma y mi memoria no es muy buena.

Algo tenía que inventar, mejor que la creyera una imbécil a que pensara que estaba algo tonta por él y solía olvidar nombres sí, porque la lista de indeseables era larga y al parecer crecía día a día.

Esa respuesta pareció satisfacerle y luego, como si nada hubiera pasado le pidió que hiciera unas llamadas. Pero Irina no lo olvidó y esa noche, cuando salió de la empresa pensó seriamente que debía renunciar. No solo por la reprimenda de su jefe sino por las palabras de Carla sobre las argucias de un seductor que seducía, pero nunca se involucraba. ¿Si no tenía esperanzas de conquistarle, de tener una relación bonita y romántica como las de las películas, qué sentido tenía quedarse?

No tenía nada contra el amor platónico, en realidad ella no conocía otra clase de amor romántico, pero estaba un poco harta de que nadie le prestara atención. Ser la nueva tonta de Ravelli no le atraía para nada. ¿Cuánto tiempo llevaba en esa situación de miradas, suspiros y no pasaba nada? Uf... Vaya, tuvo la sensación de que no había otra clase relación para ella que una inventada, irreal y platónica. Ella mirando a hurtadillas al hombre que le gustaba y él como en otro planeta.

Llamó al chofer de su hermano, pero este no respondió. Bueno, se tomaría un taxi, no sentía deseos de esperar el autobús, no estaba de humor.

Cuando tomaba su cartera y abandonaba el edificio se encontró con su jefe. Sin saber por qué ese encuentro le resultó inquietante.

—Irina... ¿No te has ido? ¿Quieres que te lleve?

Pues claro que no iré contigo, pensó para sí.

Miró a su alrededor aturdida, indecisa. Su hermano no habría permitido eso, no quería que ningún galancete supiera dónde vivía, pero algo en sus palabras hizo que aceptara. Imaginó que Nicolai estaría ausente varios días y no quería volver sola a su casa, estaba algo deprimida, a decir verdad.

Por eso aceptó que la llevara, sabiendo que era mala idea...

—¿Te gustaría dar un paseo? ¿A cenar? —preguntó ella cuándo se

subió a su auto.

Irina no quería ir, tenía prisa por regresar a su casa y saber dónde estaba su hermano.

Y entonces recibió una llamada, cuando él le preguntaba a qué dirección debía llevarla su celular se oyó como una trompeta a todo volumen.

Su hermano Nicolai... Era un milagro.

—¿Dónde estás? —quiso saber. Fue insólito que lo preguntara pues era él quien se desaparecía por días sin decir a dónde iba.

—Estoy yendo para casa, llegaré en diez minutos—fue su respuesta.

—¿Y por qué no llamaste a mi chofer para que te trajera? Irina, te dije que quería que dejaras ese trabajo... ¿Estás en un autobús? Está muy oscuro, no es prudente que andes sola a estas horas.

Ella miró a su jefe que estaba muy atento a la conversación a pesar de que no seguramente no entendía ni una palabra pues hablaban en ruso.

—¿Estás en casa, Nicolai?

No había nada mejor que frenar la curiosidad de alguien respondiendo con preguntas.

—Acabo de llegar, si quieres enviaré a Ralf...Irina, no me agrada que des vueltas sola, ya lo sabes.

Cuando cortó la llamada le dijo la dirección a su jefe que la miraba

con una expresión de intriga y admiración.

—Perdona, no sabía que... ¿Hablabas con tu novio? —dijo muy despacio.

Esos italianos vivían pendientes de que si tienes novio, que si eres virgen, que si quieres dar un paseo o ...

—No, no era mi novio signore. Era mi hermano Nicolai.

Él la miró con una expresión incrédula, casi zorruna, pero aceptó la respuesta y dio marcha atrás. Tuvo la impresión de que demoraba demasiado como si no conociera las calles o lo hiciera a propósito para conversar.

Pero la conversación se vio interrumpida, ella estaba demasiado ansiosa por llegar, y esperaba que su hermano no la viera llegar con su jefe y tuviera que soportar un sermón, porque al parecer el trabajo de su hermano era tan secreto que nadie podía saber dónde vivía, ni tampoco ella podía hablar del asunto.

Tuvo la sensación de que pasaban mil años hasta que se encontró en la cuadra del pintoresco edificio.

—¿Es aquí, signorina Irina? —su jefe miraba el lugar con curiosidad como si quisiera memorizar cada detalle.

Ella asintió con ansiedad y casi olvida su bolso y celular porque lo único que quería era saltar del auto y meterse en el apartamento.

Se despidió de su jefe y le dio las gracias casi sin mirarlo y corría hasta el edificio cuando un auto se le acercó despacio.

—Irina, bella amica—dijo el conductor.

Ella lo miró espantada, era ese napolitano que pretendía... Massimo.

—Disculpa, ¿te he asustado, bella? —dijo quitándose lentamente los lentes oscuros. En un segundo salió del auto y la invitó a dar un paseo.

—Gracias, pero ahora no puedo salir, perdona, es que mi hermano está preocupado y debo regresar ahora—le respondió nerviosa.

Él sonrió y de pronto se le acercó y le robó un beso fugaz. Luego miró hacia dónde estaba el auto de su jefe, detenido, expectante, observando toda la escena a distancia sin importarle ser descubierto.

—Vaya, así que tienes otro admirador...—dijo.

Ella lo miró espantada, ¿cómo se atrevía?

—¿Por qué hiciste eso? —protestó.

Su inesperada sonrisa la desarmó. —¿Te refieres al beso? Disculpa, es que me tenté—dijo.

Irina pasó del enojo a la sorpresa.

—Ven a dar una vuelta, te invito a cenar—insistió él.

—No... no puedo—ella se alejó y casi corrió al edificio pues no

quería que ese italiano volviera a hacer eso, rayos, la había dejado con el corazón en la boca del susto. ¿Qué se creía ese sujeto? Demonios era un hampón, debía tener una pistola en su pantalón y su hermano quería que ese hombre fuera su marido. ¡Debía estar loco! Terminaría muerta en la luna de miel o...

Cuando abrió la puerta del apartamento su hermano esperaba con un vaso de vodka y una empanadilla de carne, al parecer tenía un plato de pirozhki que mordisqueaba hambriento sin parar. Se veía tenso, nervioso y al parecer no había pegado un ojo en toda la noche.

—Nicolai... ¿Estás bien? —se vio obligada a preguntarle.

Él la miraba con fijeza, sin verla y de pronto le dijo que se apartara de la puerta mientras sacaba una pistola de nueve milímetros de su pantalón.

Irina contuvo un grito cuando le susurró que corriera a ocultarse en el piso secreto, un lugar al que solo accedían por la habitación de servicio. Obedeció sin decir nada mientras su hermano sostenía la pistola y aguardaba inquieto.

No era la primera vez que la obligaba a esconderse, vivían así, al filo del peligro sin saber cuándo esos mafiosos italianos llenarían el apartamento de plomo, el apartamento o su auto o a ellos... Porque sabía que cada vez que se iba podía no regresar.

De pronto escuchó el celular, su hermano la llamaba ¿pero sería él? Todo el apartamento estaba en el más completo silencio, oía algunas voces, pero no se había disparado ni un tiro.

—Ven... Es Massimo, no hay peligro.

Acudió algo aturdida sin saber por qué la presencia de alguien lo había alterado tanto al punto de pedirle que se escondiera. No quería ver de nuevo al italiano y tuvo la esperanza de que se hubiera marchado luego de hablar con su hermano, pero no fue así... Allí estaba mirándola con fijeza y con algo más que ella no lograba comprender.

Su hermano estaba muy serio y no tardó en interrogarla.

—Irina, Massimo dice que saliste de un auto de alguien, ¿quién era ese hombre, de dónde lo conoces?

Ella miró a uno y a otro y balbuceó que era su jefe Romano... Sin saber por qué cambió su nombre pues no se fiaba de ese mafioso ni quería que él se viera involucrado ni...

—No debiste dejar que te trajera aquí y dime... ¿Desde cuándo ves a ese hombre? No me lo habías dicho.

Massimo que miraba a uno y a otro, parecía esperar su respuesta con ansiedad. ¿Tan pronto sentía celos o...? Ese día todo había sido una locura, lo malo es que empezaba a acostumbrarse y eso era lo malo.

—No salgo con él, es mi jefe y solo se ofreció a traerme hoy porque tu chofer no estaba ni respondía al celular—explicó alterada.

Los ojos de su hermano echaban chispas y el italiano sonrió divertido.

—¿Y crees que solo quería traerte a tu casa? Vaya tu hermana es muy ingenua, ¿o debo decir algo tonta? —dijo.

—¡No soy tonta! —protestó Irina al borde de las lágrimas, no podía soportar a su hermano riñéndola y a ese italiano burlándose de ella también.

Nicolai se la llevó aparte.

—No quiero que regreses a ese trabajo, no lo harás. Ya te he dicho lo que espero que hagas y sé que serás sensata. Estás sola Irina, muy sola en esta ciudad, pero no te fíes de ese jefe que tienes, te hará creer que está interesado en ti, pero solo querrá aprovecharse. Usarte Irina. Es lo que hacen esa clase de personas.

Ella miró al italiano. ¿Por qué se quedaba escuchando todo? ¿Acaso sabía ruso? No le quitaba los ojos de encima y al parecer tampoco tenía planes de marcharse.

—Ve a darte un baño, Massimo quiere llevarte a cenar. Deben conocerse un poco ¿no es así?

No, no quería ir a cenar, pero al parecer no tenía alternativa.

Obedeció como siempre hacía y se preguntó si ese sueño volvería a besarla o intentaría algo más esa noche. Pues le daría su merecido si lo intentaba. Llamarla tonta y montar una escena de celos como si ella fuera su prometida o algo así.

Luego de ducharse, buscar alguna ropa apropiada se decidió por una falda larga de jean y un sweater color manteca de hilo con cuello alto de tortuga. Aros y algo de maquillaje... no, no quería pintarse, pero tampoco quería ir con la cara cansada como un caballo. Odiaba verse mal, aunque la cita le provocara indiferencia.

Cuando salía de la habitación vio a su hermano y le dijo en su idioma: “no quiero salir con él, por favor... No me agrada. Es un presumido”.

Él sonrió levemente.

—¿Presumido? No... Massimo es muchas cosas, pero puedo decirte que esa leal y cumplirá su promesa.

—¿Su promesa? ¿Cuál promesa?

Nicolai estaba muy serio cuando le respondió: —Quiere casarse contigo pronto, me lo ha pedido. Ya los sabes, ¿verdad?

—¿Casarse conmigo? Pero ni siquiera me conoce, ¿de qué promesa hablas Nicolai? ¿Qué es todo esto? Empiezo a sospechar que una vez más me ocultas algo, tal vez la mitad de la historia de ese hombre. No puede querer

casarse así sin más, a menos que algo lo obligue. ¿Cómo esperas que acepte algo como eso?

Su hermano no expresaba nada, sabía poner esa cara de mármol cuando no quería que supiera que algo no andaba bien...

—Irina debes hacerlo, es por tu seguridad, para que estés a salvo no... No será un verdadero matrimonio.

—¿Ah no? ¿Entonces será un matrimonio falso? ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Qué están tramando entre los dos, qué negocio se traen?

De pronto se encontraron en una nueva discusión.

—Irina, escucha, tal vez te parezca precipitado, pero no lo es... Necesitarás a Massimo, solo en él podrás confiar, en nadie más. No seas impulsiva, ni tampoco te muestres obstinada ni lo rechaces. Tal vez luego de que se conozcan terminen enamorándose, ¿por qué no?

—¿Entonces tú no crees que sea un matrimonio simulado, o esperas que yo lo convierta en algo más? ¿Que me enamore de tu amigo mafioso? Debes estar loco o muy desesperado para pedirme algo así.

¡Había dado en el clavo! Porque de repente recordó la escena de esa tarde cuando su hermano sacó una pistola y la obligó a esconderse.

—No tendrás alternativa... Cuando sea el momento deberás huir de esta ciudad, pero no podré ir contigo, deberemos separarnos y nadie sabrá

que tú... Eres mi hermana. Porque si caes en manos equivocadas, si esos malnacidos te atrapan Irina, tú ya sabes cómo son, los conociste una vez.

Esas palabras fueron suficientes para crisparle los nervios.

—Pero entonces...—no se atrevió a decirlo, pero el recuerdo de la peor época de su vida regresó y se sintió mal, descompuesta.

—Tranquilízate, no... no quiero asustarte, pero debes entender que eso puede pasar y debemos estar preparados. Massimo es tu única salida. Y si algo me pasa... No intentes escapar, acepta su ayuda, en este país somos extranjeros y la policía no podrá mantenerte a salvo.

Una nueva identidad, como esposa de ese sureño, él tendría lo que deseaba y luego...

No, era una locura. Todo era una locura y seguía sin saber por qué su hermano estaba tan nervioso, tan asustado.

—¿Entonces regresarás a Rusia solo? ¿Me dejarás aquí con ese desconocido? —su voz se quebró pues empezaba a entender la verdad. Su hermano no pensaba llevarla, porque era peligroso, no quería.

—Escucha, esto no estaba en mis planes, te lo juro, no quise que fuera así. Pero Rusia no es un lugar seguro para mí ahora, más adelante regresaré y si quieres...

—No prometas nada Nicolai, no prometas algo que sabes que no

podrás cumplir. ¿Y cómo esperas que acepte ser parte de tus planes para ponerme a salvo?

—Es que no hay otra alternativa, Massimo te dará su nombre, te dará una nueva identidad y a cambio, solo deberás montar una farsa, ser su esposa. Por un tiempo... No creas que estarás atada pero ese tiempo será vital para ti. Estarás a salvo.

—¿A salvo dices? ¿Y por qué debo ponerme a salvo, esconderme si no hice nada?

—Escucha Irina, deja de hacer preguntas por favor, ahora no puedo contarte nada, pero lo haré, lo prometo, en cuanto resuelva un asunto crucial...

Siempre se le escapaba, pero no esa vez, si algo le pasaba a su hermano...

—Ven aquí, no puedes hacer esto, debes decirme la verdad. ¿Qué has hecho Nicolai?

“Nada” murmuró. “No hice nada, ese no es el problema, pero no puedo decirte lo que pasó si lo hago, si te pillan y te torturen para que digas lo que sabes, te harán mucho daño Irina, te matarán”.

Se alejó y ella decidió ir a la cocina a comer algo, llevaba horas sin probar bocado y estaba hambrienta. Engulló dos empanadillas casi sin darse

cuenta mientras destapaba una gaseosa. No quería salir con ese hombre, y mucho menos casarse con él, un tipo que para empezar no le simpatizaba para nada y además... No creía que hubiera ninguna boda, vamos, nadie se conocía y se casaba a los dos días a menos que estuviera loco de remate o muy desesperado.

Y mientras comía una tercera empanada escuchó que él la llamaba. El italiano, “su prometido”.

Salió como si tuviera un resorte y allí estaba mirándola con una sonrisa.

—Hola... pero qué bonita te has puesto, Irina—dijo y tocó fugazmente su cabello.

Ese gesto la enfureció y pensó que le diría que no saldría con él, pero no lo hizo. A pesar de la rabia estaba asustada, desconcertada y quería saber, quería saber qué estaba pasando ¿pero realmente se lo diría? No confiaba en él.

Se miraron un instante y finalmente extendió su mano diciéndole:

—Bueno vamos, se hace tarde.

Y ella se dejó guiar, de repente se le antojó que mejor sería que saliera a tomar un poco de aire, ese apartamento iba a volverla loca. El apartamento, su hermano desaparecido y ella que corriendo un peligro

inminente.

Miró a su alrededor aturdida. Pero al parecer no irían solos... De pronto descubrió que un grupo de individuos, similares a los que acompañaban a su hermano a veces, estaban allí, a escasa distancia y no dejaban de mirarlos. Massimo no dijo nada, ni se inmutó, como si no fuera un hecho importante.

—Pero ¿quiénes son esos? ¿Por qué están allí? —preguntó ella inquieta.

—Ah esos? Son ángeles guardianes, preciosa, pero no temas, cuidan de todos nosotros—respondió él de forma enigmática.

¿Ángeles guardianes?

—Vamos, sube, no voy a raptarte... Bueno, no todavía, el trato es conocernos ¿no es así? —le sonrió con picardía mientras la ayudaba con el cinturón de seguridad.

—¿Es necesario? No tengo cinco años—se quejó por el cinturón.

—Bueno, es para que no te escapes—bromeó él—Además, manejo a mucha velocidad.

Lo que no imaginó fue que nada más arrancar esos tipos los siguieran en sus autos. ¿Los ángeles guardianes?

—¿Tienes mucha hambre todavía, ragazza? —preguntó Massimo.

Su mirada hizo que volviera a reírse.

—Tranquila, no voy a raptarte, solo iremos a un lugar más privado a cenar—dijo.

—Y al parecemos llevaremos guardaespaldas.

—Es que somos muy valiosos, pequeña...—fue su respuesta.

Irina no respondió, estaba asustada, tuvo la sensación de que ese cinturón de seguridad era una especie de soga y que ese auto iba a una velocidad de locos, ¿a dónde la llevaría? ¿Y por qué necesitaba alejarse tanto? No, no parecía una cita para conocer a su futuro marido, parecía una huida, un rapto... Como si todo fuera una película de cine de gánsteres, no era real, tenía la sensación de que de un tiempo a esta parte su vida se había convertido en un film, algo que no le pasaba a ella. Pues que su hermano llegara un día y le hablara de un trato con ese italiano al que debía muchos favores y que en pago a esos favores debía ser su esposa (o eso le dio a entender) le seguía pareciendo absurdo, tan irreal... Y no quería ser parte de eso, la asustaba porque intuía algo malo en toda esa historia.

Rezó en su idioma para que nadie pudiera entender, ni oírla, rezó y pidió ayuda porque de pronto pensó “van a matarnos, a Nicolai y a mí... Tal vez a Massimo también porque está medito en algo ilegal y tiene enemigos. Los hombres como él terminan con un tiro en la cabeza acribillados frente a

un lugar concurrido y eso me pasará a mí...”

—Tranquila... no pasará nada preciosa, sé manejar...—lo oyó decir antes de acelerar de nuevo.

Vio histérica cómo dejaban atrás edificios y calles concurridas, pero no vio ni rastro de los “ángeles guardianes”.

El vehículo siguió a un ritmo de película hasta detenerse en un restaurant.

—Bueno, llegamos querida...

Era un sitio muy elegante y repleto de turistas, pero ella se sintió mareada y asustada, con ganas de correr.

—Ven, vamos, ¿qué tienes? Vaya, ¿te asusta la velocidad?

¿La velocidad?

Antes de que pudiera responder vio llegar a los otros autos en fila, uno tras otro. Eran cuatro y se quedaron cerca vigilando. Sus miradas se encontraron.

—Calma, son mis amigos, ya te hablé de ellos ¿verdad? Estás a salvo conmigo. Siempre lo estarás...—tras decir esas palabras le dio un beso fugaz y tomó su mano para llevarla al restaurant.

Entraron y ocuparon una mesa con vista a la calle, pero algo escondida.

—Ven, siéntate ragazza, vamos... ¿creías que iba a raptarte eh?

Irina obedeció y lo miró con fijeza. Parecía muy seguro de sí, acostumbrado a dar órdenes y se preguntó si se estaba burlando de ella o qué.

—Tengo veintiún años, no soy una ragazza—dijo entonces con mucha calma.

Él sostuvo su mirada como si esas palabras fueran un desafío.

—Perdona, ¿te ofende que te llame así? ¿Qué tiene de malo? Vamos, estabas asustada, no dejabas de mirar como si quisieras memorizar las calles.

No le respondió enseguida y él pidió el menú mientras miraba a su alrededor con atención.

Pidieron una ensalada de pollo en crema bechamel y hongos y pasta.

—Bueno, dime por qué te llevó tu jefe a tu casa. Tu hermano estaba muy disgustado—dijo de pronto para romper el silencio.

—Solo se ofreció a llevarme, no comprendo por qué mi hermano se enojó tanto.

—Tú sabes por qué, bella Irina.

La joven sostuvo su mirada. —No, no lo sé en realidad, mi hermano jamás me habla de sus asuntos.

Él sonrió y miró sus labios con deseo.

—Mejor así ragazza, mucho mejor así... A veces es mejor no saber ciertas cosas. Sé que lo hace para protegerte y me ha pedido que cuide de ti si algo le ocurre. Que sea tu marido.

Irina se sintió avergonzada, vaya así que ahora ese hombre contaba otra versión del trato.

—¿Él le ha pedido eso, le ha pedido que se case conmigo para ponerme a salvo? Está loco. No puede obligarlo a... no es necesario en realidad—sin saber por qué se había puesto colorada.

—Te equivocas Bella, los matrimonios concertados son la última moda; ¿no has leído el periódico? Un montón de mujeres de países remotos son obligadas a casarse por sus familias y tu hermano me lo ha pedido encarecidamente y yo le di mi palabra de que lo haría.

¿Entonces era verdad? Le costó un poco digerirlo nuevamente...

—Vaya, pensé que eras tú quién necesitaba una esposa con urgencia.

Esa sugerencia le hizo reír.

—¿Esposa? No... Pero la idea de cuidar de ti ragazza me agrada, te has convertido en una joven mujer muy hermosa lo sabes ¿no es así?

¿Hermosa? Qué galantes eran esos italianos, exageraban por supuesto, en ese país cualquier mujer que fuera rubia y bonita era hermosa.

—Y pensar que te rescaté de un maldito pervertido cuando solo

tenías dieciocho años... Parecías mucho más joven entonces, apenas una chiquilla, pero ahora has perdido ese aspecto de cachorra triste y abandonada que era piel y huesos—dijo de pronto.

Esa revelación la dejó perpleja y luego molesta. ¿Acaso le estaba recordando que le debía un favor? Lo miró con fijeza y le respondió:

—Me halaga que crea que soy bella, pero imagino que les dirá lo mismo a todas las mujeres que deseas seducir.

—No, no a todas... Cuando le digo hermosa a una mujer es porque lo es.

—¿De veras?

—Hablo muy en serio, tengo veintiocho años ragazza, y es verdad, necesito una esposa. Imagino que tu hermano te habrá contado... Necesito casarme, pero mi esposa debe ser italiana. Así que si nos casamos necesitará cambiar su identidad, dejar de hablar en ruso, y comportarse como una mujer italiana... Puede verlas, tienen una forma especial de comportarse, vestir, gritar. Las habrá visto en variedad.

Irina sonrió tentada, sí, tenía razón, las italianas solían tener mucho carácter, hacían sentir su presencia, la forma de vestir, de caminar, al menos en la ciudad eran así.

—Temo que no podré imitar a ... no sabría cómo hacerlo, soy muy

distinta.

Él sonrió, siempre sonreía, ¿se haría el simpático para engatusarla?

—No es necesario que finja, solo deja de hablar en ruso y olvida esas fiestas paganas y costumbres que...

—Pues no he dicho que quiera aceptar el trato... en realidad es mi hermano quién espera convencerme de que me case contigo, pero a mí todo me parece algo muy extraño, inesperado y...

—Eso piensas? —ya no sonreía, la miraba con fijeza como si quisiera leer sus pensamientos.

—Y qué pensarías tú si tu hermano te obligara a casarte con una mujer que ni conoces? ¿Lo harías?

El italiano sonrió.

—Bueno, si te consuela, a mí me obliga mi tío y tu hermano, pero no me disgusta la idea. Necesito una esposa y creo que tú eres muy bonita, una ragazza hermosa, sana y tranquila. Con gustos sencillos y sabes cocinar, cocinas muy rico y ... Sé otras cosas.

—¿Y cómo sabes tanto de mí? ¿Mi hermano te dijo todo eso?

—No, no fue tu hermano... he estado antes en tu apartamento, pero tú nunca nos mirabas, éramos los amigos de Nicolai y siempre nos veías aparecer y te escabullías. Supongo que porque eres muy tímida o por la forma

en que te mirábamos... Lo que quiero decir es que llevo cierta ventaja en esto.

—¿Entonces ha estado espiándome?

—Oh por dios, qué dramática. No estaba espiando. Sólo deseo conocer un poco más a una bella mujer, nada más. En realidad, he estado muchos años ausente de Milán, pero cuando supe que debía casarme pronto, entonces decidí regresar y buscarme una esposa.

—¿Y no encontraste una joven italiana para casarte? No puedo creer eso.

—Es que ahora no me apetece casarme con una italiana Signorina, me gustan más las extranjeras, eslavas, rubias...

Vaya, ese italiano sí que era frontal, sincero. No supo qué decir.

—En realidad no has cambiado mucho sabes? Sigues siendo esa chica triste asustada que lloraba en ese galpón.

—Puedo pedirte algo? ¿Podrías dejar de mencionar lo que pasó hace más de tres años? Tal vez para ti fue divertido jugar al héroe, pero para mí fue una pesadilla, una pesadilla que no... de la cual no quiero ni acordarme. Y no entiendo por qué tú me la recuerdas todo el tiempo.

—Mil perdones ragazza, no quise que te angustiaras, de veras... Pero no jugué al héroe entonces, a pesar de que los salvé a ambos.

No quería que le dijera por qué lo había hecho, ni qué papel había jugado, pensar en ese cautiverio la hacía sentirse enferma. Así que atacó su plato de spaghetti con rabia pensando en lo que había dicho el italiano. Entonces él había estado cerca espiándola. ¿Por qué no la invitó a salir si quería conocerla?

—¿Sorprendida? —le oyó decir.

—Sí, mucho.

—No debería estarlo, en realidad hay lugares dónde las esposas se compran. Al parecer en este mundo todo tiene un precio.

Esas palabras le molestaron. —No es verdad, no todo puede comprarse. Y me parece detestable que un hombre deba pagar para estar con una mujer.

—Bueno, yo no lo inventé. Además, no estoy comprándola, será de común acuerdo. Protección a cambio de que represente su papel de esposa italiana un tiempo.

—¿Común acuerdo? Mi hermano fue quién hizo ese trato. Y no sé de qué deberías protegerme.

Él sacó un cigarro y lo guardó, no era sala de fumadores y frustrado lo golpeó contra la cajilla y respiró hondo.

—Tu hermano tiene los días contados primor, es triste, pero él lo

sabe. Cree que puede escapar, salir de aquí ileso, pero ha llegado demasiado lejos y ... No podrá huir, ni tú podrías si eres apresada por sus enemigos.

Irina se sintió espantada al oír eso, pero no lo creyó.

—Estás intentando asustarme, ¿verdad, Massimo?

—No, te equivocas, no sabes de qué manera podría alguien asustarte.

Todo es real, está pasando y hace tiempo tu hermano sufrió un atentado y fingió... Dijo que se había accidentado en una carretera. Le dispararon y escapó ileso, tuvo suerte. La bala rosó su mejilla y el brazo, pero pudo ser fatal. Él es... Un hombre de principios, un idealista y le debo esto por lealtad y gratitud, porque durante años trabajó para mí, pero ya no lo hace. No trabaja para mí.

—¿Dices que le dispararon, que intentaron matarlo? Pero ¿por qué? Dímelo por favor. ¿Qué hizo él?

—No puedo decírtelo ahora, no sería prudente ni... Solo diré que tu hermano no hizo nada malo, pero su trabajo es algo complicado. Te pido que no insistas ni quieras saber más que eso ahora. Es una realidad, y todos quienes tenemos tratos con Nicolai corremos peligro por eso él desea que te vayas de Milán, que desaparezcas un tiempo y solo regreses convertida en mi esposa, con otro nombre, otra identidad. Sé que eso te parecerá extraño, insólito y que no... Bueno, imagino que no quieres saber nada del asunto.

—Es verdad, apenas te conozco, te he visto algunas veces, pero en realidad no sé nada de ti.

Él suspiró.

—Sí, tienes razón y lo malo es que no tengo mucho tiempo para convencerte, pequeña. Las horas vuelan, amica... Vigilan a Nicolai y no descansarán hasta matarlo. Debes hacerte a la idea, sé que es duro, pero es mejor que estés preparada. Tú no me conoces demasiado, pero él sí me conoce y tu hermano te ha pedido que confíes en mí, que aceptes mi ayuda.

Sus ojos se llenaron de lágrimas entonces y la angustia que sintió la recordaría siempre, no podía creer que su hermano corriera un peligro semejante, y que todo ese tiempo se lo hubiera ocultado. ¿Por qué no le había dicho nada?

Sus lágrimas no dejaron de caer, entonces él se acercó y la miró con intensidad, con una mirada que nunca le había visto. Debió sentir pena al verla así.

—No temas ragazza, yo cuidaré de ti... No quise que... habría preferido que no lo supieras, tú hermano te lo quiso ocultar y creo que no estuvo bien... prefiero que lo sepas ahora, es imposible que no... Imagino que debes haber sospechado.

Irina tembló al sentir su mirada, no dejaba de hacerse preguntas y

tuvo la sensación de que todos le ocultaban algo, no solo su hermano por supuesto sino ese desconocido, ese joven de rostro agradable y ojos negros. La miraba como si la conociera de antes, como si... ella le importara. Debió imaginárselo por supuesto, no era más que un extraño.

—No... jamás creí que fuera tan grave. Pero tú ¿por qué querías ayudarme, ¿qué tendrías a cambio? Estoy segura de que podrías tener una esposa más bonita que sea italiana como dijiste...—secó sus lágrimas y lo miró.

—Chica lista... Siempre he notado que los rusos son personas frías pero muy inteligentes. ¿Qué crees tú que tendré a cambio?

Ella no se esperaba esa respuesta a pesar de que sí sospechaba que había algo grande en juego, pero ¿qué era?

—No lo sé, tal vez dinero, secretos de estado, algo que mi hermano debió prometerle a cambio de que cuides de mí.

Él no negó esa posibilidad, pero tampoco le dijo abiertamente cuál había sido el trato, en esa ocasión se mostró más reservado y hasta humilde si es que podía llamarse así...

—Tú no debes preocuparte principessa rusa, deja que el padrino Massimo lo solucione todo y cuide de ti. Solo debes firmar unos documentos llamados contrato pre matrimonial porque a fin de cuentas el matrimonio no

es más que un contrato firmado y consensuado.

Pero ella no se tragó ese bollo y replicó incrédula: —¿Solo casarme contigo y firmar un acuerdo? ¿Y por qué un hombre tan importante se casaría con una joven que ni siquiera es italiana?

Él volvió a sonreír y esta vez acarició su cabello rubio con algunos mechones más claros, naturales y no tuvo reparo en decirle que ella le gustaba.

—Es que tú me gustas mucho pequeña, no eres como las chicas de mi país, deberé educarte para que aprendas nuestras costumbres. Pero no temas, será un matrimonio simulado. Estaremos casados un tiempo y luego, podrás regresar a Rusia si deseas con tu hermano o a dónde quieras.

Parecía un trato razonable, excepto por algo... pues que no creía que fuera un matrimonio simulado. Ella le gustaba, se lo había dicho, entonces... ¿se casaría con ella y no la tocaría? Vaya, ¿y quién podía creer eso?

—Esto no es...

—No es la boda que soñabas imagino, bueno, me esforzaré por compensarte Irina...

Ella meditó en todo el asunto con detenimiento. Debería esconderse un tiempo hasta que el peligro pasara, su hermano se iría muy lejos, no sabía a dónde y ella se quedaría enterrada en el sur en una hacienda campestre, en

mitad de la nada, pleno campo. ¿Y eso era tentador? No, no lo era...

Pero ese italiano le había dicho cosas muy fuertes esa noche, cosas que no podría olvidar, ahora sabía parte de la verdad y eso no era sencillo de digerir. De pronto lo miró y le dijo: —¿Y si no acepto lo que me ofreces? ¿Qué pasaría?

—Es que no creo que tengas alternativa... porque prometí a tu hermano que cuidaría de ti y eso implica que deberé llevarte conmigo al sur. Si huyes y caes en manos equivocadas...

—Quieres asustarme.

En sus ojos apareció una expresión de sorpresa al oír sus palabras.

—Hey no... pero creo que ya sabes lo que es tener miedo y estar asustada.

Sus palabras eran una provocación y de pronto se dedicó a atacar el postre de chocolate con rabia. Ahora al menos sabía la verdad, o parte de ella.

Vaya, estaba harta de los enigmas, de no saber qué hacía su hermano en ese laboratorio, porqué pasaba tantos días desaparecido y por qué rayos ahora temía por su vida.

El italiano notó que estaba pensativa y quiso saber su opinión de todo ese asunto, ¿aceptaría? Bueno, es que en realidad no tenía otra salida. Pero todavía no se había rendido y él esperaba una respuesta...

—Esto es muy precipitado—dijo al fin— y no tiene sentido, mi hermano siempre me hizo creer que los italianos no eran buenos con las mujeres, las engañaban y maltrataban, les quitaban el dinero... Me inculcó todo eso porque no quería que me lastimaran, que sufriera un desengaño y ahora, ahora me pide que me case con un sureño a quien ni siquiera conozco... y que además está vinculado a... —se sintió incómoda al sentir su mirada casi asesina.

Ahora el italiano se volvió desafiante.

—Dilo, ¿no te atreves? Sabes algo de mí ¿no es así? Y sin embargo mi pecado te salvará, piccola—dijo.

Entonces pensó que no lo haría y nadie podía obligarla. No después de toda esa conversación. ¿Qué clase de vida tendría con ese sujeto? Era un mafioso, y de alto vuelo y los mafiosos dormían con un arma bajo la almohada y cualquier cosa que ella dijera o le molestara... Vamos, no tenían empeño en enviar sicarios para deshacerse de sus enemigos, o matar con sus manos a quienes los ofendieran de alguna forma. ¿Terminaría muerta por venganza o por accidente en una casa llena de armas, qué diferencia habría con quedarse en Milán? Pues sí la había, estaba segura de eso. Escaparía de ese hombre.

Pero no sería tan tonta de negarse abiertamente...

—Necesito algo de tiempo para pensar en esto—declaró finalmente mirando sus ojos. Lo estudió con fijeza, era un hombre fuerte, tal vez rudo, daba la sensación de ser como uno de esos tipos rudos de las películas a pesar de mostrarse tan amable y encantador. Una fachada.

Y él también la miró, pero de forma más apreciativa, observando sus encantos sin ningún disimulo. Esa mirada no le gustó nada.

—Oh vaya, cuando una dama te pide tiempo es que en realidad te está diciendo que no quiere volver a verte...—señaló el italiano entonces y sacó un cigarro, y por el gesto desafiante imaginó que estaba fastidiado.

Nadie le dijo que estaba prohibido fumar en esa sala, los mozos lo vieron, pero debían saber quién era.

Ella no era tonta. Había aprendido a alejarse del peligro y tuvo la sensación de que no debía rechazar abiertamente a ese hombre. No quería terminar muerta en una zanja con un tiro en la cabeza o algo peor. Su hermano tenía que estar loco de hacer semejante pacto. ¿Qué le debía a ese hombre o, al contrario, por qué ese hombre había aceptado hacerse cargo de la hermana menor de su amigo ruso? Porque algo no le quedaba claro: no sabía si era el italiano que necesitaba una esposa para cobrar una herencia como había dicho su hermano o era su hermano quién lo obligaba a protegerla en pago a sus favores y fidelidad durante años. Su hermano trabajaba para una poderosa organización gubernamental, era un científico

muy respetado y admirado que pasaba horas en los laboratorios y no tenía mucha vida. Algo lo obsesionaba y por esa obsesión había dejado de lado una vida familiar entre otras cosas. ¿Y todas sus investigaciones, sus descubrimientos? Rayos ya no estaba segura de nada pues todo lo que hacía su hermano estaba en su portátil, en su escritorio cerrado con llave y ella había aprendido a no hacer preguntas, a no husmear. Porque era peligroso saber demasiado. Pero sabía que estaba tras algo grande, ¿una nueva vacuna, una nueva arma química? Debió descubrir algo letal y peligroso.

Sintió escalofríos por todo el cuerpo, la comida le cayó mal y ese hombre fumaba unos cigarros con un olor fuerte.

—Bueno, imagino que tu silencio es un sí—la voz del italiano la despertó de sus reflexiones y ella lo miró espantada. ¿Un sí? No, no era un sí, era un no rotundo.

Sus ojos la miraron con fijeza, esos ojos parecían una caricia atrevida, la miraba, hacía tiempo que ese hombre la miraba, pero ella nunca le prestó atención, lo conocía porque era amigo de su hermano y nada más. La había espiado y sabía que era solitaria, cocinaba bien y su temperamento era tranquilo... a veces. Es que él no la conocía enojada. Tal vez su razonamiento era más sencillo: me gustas y me gustaría dormir contigo, creo que servirías de esposa porque cocinas rico.

—Necesito tiempo, por favor—dijo al fin.

—¿Tiempo? Pero muñeca rusa me pides algo que no puedo darte porque el tiempo ahora es mi enemigo.

—Pero es que ... ¿cuándo debería casarme contigo?

Él se tomó un tiempo para responder mientras apagaba el cigarro en un cenicero que un mozo le había acercado.

—En dos semanas.

—¿En dos semanas? —repitió incrédula.

—Sí, ni un día más. Tal vez antes, estoy manejando un permiso matrimonial con un funcionario. Deberás aprender nuestras costumbres y nada de vodka ni de frases en tu idioma—continuó—, no hay tiempo que perder. En dos semanas será la boda y no regresarás a ese trabajo, ¿has comprendido?

Los ojos de la joven brillaron con intensidad mientras asentía en silencio. ¿Todavía no era su marido y ya le daba órdenes? No le agradaba ese hombre ¿cómo demonios se casaría con él? No... debía estar loco, todos lo estaban. Toda su vida había sido una chica obediente y buena, y ahora su hermano y ese hombre tramaban ponerla a salvo, pero no se engañaba: era una nueva esclavitud. Un contrato, un acuerdo que para ella no ofrecía ventaja alguna. No creía que el sexo fuera un beneficio, en realidad no tenía idea porque no había empezado en ese asunto, deseaba hacerlo, pero no tenía

novio ni nada parecido, el dinero no la tentaba, a las rameras también se les ofrecía dinero para luego golpearlas, someterlas y hacer de su vida un completo infierno.

No había nada romántico en ese ofrecimiento, sino que el italiano parecía tan obligado a ofrecerle protección como ella lo estaba de aceptar. ¿Y si no quería casarse con ella sino convertirla en una esclava sexual y venderla a otros hombres?

¡Oh Dios, era horrible! No había garantías para ella. Un frío espantoso recorrió su espina dorsal mientras la llevaba de regreso a su casa. Iban solos en el auto, pero había un grupo de vehículos que los seguían, supuso que serían sus guardaespaldas especiales.

Massimo manejaba a mucha velocidad, pero de pronto lo vio desviarse por una carretera y seguir a la izquierda.

—¿Por qué te has alejado? —preguntó.

No tuvo tiempo de nada, el auto viró bruscamente y se detuvo a un costado mientras se oía música romántica.

—No te asustes, solo quiero estar a solas contigo un momento, preciosa...—dijo.

Todo ocurrió demasiado rápido y de pronto se encontró él la atrapó entre sus brazos y se encontró sentada sobre él tan cerca que se asustó.

—Tranquila, no voy a comerte, solo quiero darte un beso. Me has estado tentando toda la noche—sintió su voz susurrante en su oído haciéndole cosquillas. Y esos mismos labios atraparon los suyos venciendo cualquier resistencia. Un beso robado entre forcejeos dejándola mareada y húmeda al sentir que invadía su boca con su inmensa lengua para saborearla una y otra vez. No, no tenía derecho a besarla, no era su novio ni nada, ni ella quería ser besada...

Forcejeó, se resistió y lo arañó, algo que no le gustó nada.

—Oh vaya eres una gata salvaje ragazza y no sabes nada de chicos ¿eh? Bueno, tendré que enseñarte muchas cosas, despertarte un poco, ya tienes edad suficiente para aprender...—dijo risueño y volvió a besarla, a apretar su cuerpo contra él en un arrebato que solo despertó su rabia e indignación.

Y al verla tan brava rió divertido. —Tranquila, no voy a violarte, solo quiero saber cómo son tus besos, tus labios... Hueles muy bien sabes, hueles a princesita rubia de tierras heladas, un olor suave y dulce.

Esas palabras la dejaron desconcertada, demonios, era una joven que cuidaba su aspecto, se bañaba y perfumaba a diario, no tenía olor más que a colonia de rosas ¿qué creía? ¿Que no se bañaba nunca?

—Y a bebé, todavía hueles a bebé—agregó—Y cuando duermes

pareces una niña pequeña abrazada a tu oso blanco de felpa.

—Deja de burlarte de mí, quiero ir a mi casa ahora—estaba furiosa. Esa cita amenazaba con terminar muy mal.

—Eh? No me burlo de ti, ¿qué dices? Me encanta cómo hueles, tu calor. Hay mucho fuego escondido en ti, preciosa. Vamos, sé que las chicas rusas son muy ardientes, aunque tú todavía no lo descubres.

Entonces lloró y lo miró suplicante, estaba aterrada y solo pudo pedirle en ruso que la llevara a su casa.

—¿Qué has dicho? No te entiendo ragazza. ¿Te sientes bien?

Intentó dominarse para que las palabras correctas acudieran a su mente y poder construir una frase decente que ese lunático entendiera.

—¿Quieres ir a casa? ¿Por eso lloras? ¡Qué niña eres! Ven aquí, déjate de tanta majadería y dame un beso. Bésame rubia...

¿Besar a ese hombre? Jamás. Pensó, pero él no la dejaba en paz, dijo que no la llevaría a su casa si no le daba un beso.

Un bacio, dame un bacio, parecía estar cantando una canción. “Dammi un bacio per favore”.

Tuvo que darle un beso para que la dejara tranquila y más que un beso fue un picotazo desesperado y brusco, no el beso que podía dar a un joven enamorado.

Él se quedó mirándola desconcertado, pero luego rió.

—Oh vaya, qué salvaje eres, eso no fue un beso, fue un mordisco, ven aquí... Esto es un beso principessa...

Quiso escapar, resistirse, pero fue inútil volvió a sentarla en sus piernas mientras sujetaba su cintura y abría su boca a la fuerza empujándola contra su cuerpo siempre un poco más. Sintió deseos de abofetearle, ¿qué derecho tenía a hacerle eso? Ninguno.

—No está mal pequeña salvaje, nada mal... Bueno, es mejor ir ensayando otros encuentros para que luego no... sepas comportarte y darme algo más que un beso—dijo luego.

¿Así que todo había sido un ensayo, quería saber cómo era ella, cómo besaba y cómo sería hacerle el amor?

Pues a Irina el ensayo no le había gustado nada, los modales de ese italiano dejaban mucho que desear y si eso era estar con un hombre entonces... No iba a casarse.

Cuando volvió a su casa se sintió furiosa y su hermano no estaba, así que tuvo que encerrarse en su cuarto y tirar un par de cosas por los aires para desahogarse: cojines, zapatos, lo que tuviera a mano para luego terminar abrazada a su oso pardo de felpa pensando que su vida era un callejón sin salida al que había llegado sin haber hecho nada, solo huir de su país en

busca de una vida mejor, con la promesa de esos falsos sueños que nunca se harían realidad. Solo sentir la suavidad peluda de su oso de felpa pudo consolarla cuando las lágrimas rodaron por sus mejillas, sintiéndose tan sola y desamparada. No tenía a nadie, su hermano era un fantasma, aparecía y desaparecía todo el tiempo y ahora sabía por qué lo hacía: algo amenazaba su vida y también la suya... Sí, estaba sola, más sola que nunca y su única salida era aceptar la ayuda de ese italiano, sexo a cambio de protección. Pero claro él lo convertiría en algo respetable: sería su esposa...

\*\*\*\*\*

Despertó temprano, con un fuerte dolor de cabeza y con los ojos hinchados, sintiéndose tan desdichada. Se arrastró hasta el baño y al verse en el espejo supo que en su rostro se leía claramente su dolor y desconcierto. Necesitaría algo para combatir ese dolor de cabeza... buscó en el botiquín del baño y tomó dos ibuprofenos.

Los hechos de la noche pasada le parecieron tan irreales que casi tuvo la sensación de haberlo soñado todo. ¡Pues deseaba que todo fuera un sueño!

Le llevó tiempo vencer la jaqueca, desayunar y luego escoger qué ropa se pondría. El verano llegaba a su fin y las temperaturas oscilaban y eran inestables, comenzaba a sentirse la llegada el otoño, un otoño que era más que benigno en ese país, no podía quejarse...

Miró por la ventana para ver cómo estaba el día y así decidirse pues no podía ir a trabajar en bata. ¿Pero realmente regresaría al trabajo? ¿no sería mejor escapar, salir de esa ciudad cuanto antes?

Bueno, al menos había un cielo azul, despejado, sin una nube y un sol, al parecer sería un día magnífico.

Un vestido, usaría un vestido largo floreado y una chaqueta por si refrescaba. Tardó unos pocos minutos en vestirse y mientras lo hacía se miró en el espejo preguntándose si ese mafioso sabía que era virgen. ¿Tal vez por eso la había besado? ¿Esperaba llegar más lejos con ella?

En esos momentos habría deseado haberse acostado con uno o con más de uno, le daría ventaja y seguridad, pero en realidad no había tenido oportunidad. Esperaba enamorarse y el amor no había llegado. No sabía por qué... y eso que lo había buscado y que había soñado con él desde los quince años. Había salido con algún chico antes pero no duraban, querían sexo y no le daban tiempo y eran algo tontos a decir verdad...

Recorrió el apartamento en busca de su hermano, pero no lo vio por ningún lado. No había regresado, ¿volvería? Diablos, habían intentado matarlo y el italiano había dicho... sí, le había dicho tantas cosas que sentía que la cabeza le iba a explotar. Esos italianos tenían un charme de seducción que era irresistible, seductores y mentirosos, una vez que tenían lo que deseaban se iban en busca de otra, o eso le había contado su amiga Olga un

día.

Miró el reloj con ansiedad, sin saber qué hacer, eran las ocho y media, debía apurarse si quería ir al trabajo, pero no podía hacerlo con el estómago vacío así que fue en busca de algo para desayunar. Había unas empanadillas que habían quedado de ayer y también encontró una manzana verde gigante, pero no tenía tiempo para devorarla así que la dejó como estaba y fue por un jugo de durazno multivitamínico. Tenía la sensación de que sería un día largo.

Ahora debía maquillar sus ojos con un poco de delineador oscuro y máscara de pestañas, y sus labios con rubor en tono lila, muy natural pues sus labios eran gruesos. Suspiró. Al menos ya no se veía tan pálida. No sabía por qué siempre llamaba la atención al subirse al metro o a un autobús. ¿Sería su cabello muy rubio, la cara redonda o por su pecho abundante? A los italianos le gustaban rubias y con abundante pechuga o eso decía su hermano. Es que en su familia no había mujeres flacas, al contrario, ella era la más delgada de su generación, su pobre prima Anfisa pesaba un montón.

De pronto pensó en los besos robados de ese hombre, vaya, qué atrevido era, en su país no había hombres así y en Italia desde su llegada no habían dejado de decirle palabras bonitas y ahora... Tenía un pretendiente que quería llevarla a la cama y al altar. Se sonrojó al recordar sus caricias, parecía saber exactamente lo que estaba haciendo, no era un joven

atolondrado, debía tener experiencia con mujeres y ella, fue algo torpe sí. Es que nunca había besado a un hombre casi a la fuerza.

Apartó a Massimo Visconti de su cabeza y llamó al chofer de su hermano para ir al trabajo, no quería andarse sola ese día, no después de saber lo que sabía. El chofer de su hermano no atendía, para variar, últimamente nunca lo encontraba. Pero ese día no encontrarlo la puso histérica. ¿Y si le había pasado algo a su hermano?

Durante años habían permanecidos aislados, como en una burbuja. Y ella solo había visitado a sus amigas de algún curso que había hecho, sin recibir jamás a nadie en su casa, sin tener novios ni sexo y ahora se sentía inquieta, harta de tanto aislamiento porque finalmente comprendía que más que triste era peligroso vivir así, sin tener a nadie. Sus parientes estaban en Rusia, pero sus amigos en ninguna parte, no la clase de amigos a quién pudiera acudir en esos momentos.

No tenía amigos y eso era triste, ni tampoco un novio, un amante, nada... Su hermano se ausentaba por días y ella debía quedarse encerrada mirando televisión o conversando con la mucama que les cocinaba y aseaba la habitación, abrazada a su oso y con la cabeza embotada de tanta tele y la portátil...

Un día había hecho una locura: había chateado con personas de distintos países en inglés durante horas.

Pero no quería esa vida de soledad, quería salir, distraerse, hacer amigos y también tener una relación duradera con un hombre y poder hacer las cosas las que había leído en las revistas femeninas. Porque había oído que el sexo era salud y bienestar...

Soñaba con ser besada y también... Bueno, no era ninguna retrasada ni una boba como había insinuado el italiano ayer. Es decir, no había estado con un hombre porque no tuvo oportunidad, era muy tímida y su hermano también le había metido esas ideas en la cabeza no sabía por qué. No era religiosa ni devota a la virginidad.

Tomó su bolso, pilló el celular y salió muy agitada del apartamento, pasara lo que pasara que no la encontraran encerrada, salir siempre le hacía bien, más en esos momentos que su cabeza era un embrollo. Su trabajo era su cable a tierra, lo necesitaba.

Cuando detenía un taxi vio un auto negro estacionado con un joven de lentes que la observaba con atención. Siempre había alguien cerca vigilando el edificio, sin embargo, no lograba acostumbrarse, se sentía inquieta como si intuyera que algo malo pasaría en cualquier momento.

Al llegar al trabajo buscó a su amiga Carla, pensó que tal vez podría hablar con ella, pero entonces se encontró con su jefe, molesto por su tardanza...

—Tarde de nuevo signorina, bueno al parecer se ha hecho costumbre eso—la voz de su jefe y su cara de pocos amigos le provocó angustia.

Se volvió y lo miró murmurando una disculpa. Él la miraba con otros ojos, como si disfrutara la situación.

—Es que tuve algunos problemas familiares...

—¿De veras? —sus ojos azules sonreían, no, no parecía nada conmovido.

—No me cree ¿verdad? Cree que invento—ahora ella estaba fastidiada.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? —y él se hizo el tonto, como siempre, le encantaba recordarle que era su jefe.

—¿Llegas tarde y luego inventas historias? Vamos, sé algo más creativa, di que te dormiste o perdiste el bus.

—Yo no inventé nada, es verdad...

—Está bien, no te alteres, siéntate por favor, necesito que haga unas llamadas.

Irina obedeció sintiéndose mal. A nadie le importaban sus problemas, estaba sola en eso, sola para decidir y...

De pronto sintió que no podía seguir fingiendo que nada pasaba. Tenía que tomar decisiones, hacer algo. Si su hermano no regresaba, si

finalmente ocurría lo peor... Pues ella debía escapar de Milán. Ir a la policía.

Saltó de la silla incómoda, estaba harta de que su jefe la rezongara por todo.

—Siéntese, ¿a dónde va? —su jefe estaba indignado y la siguió.

—Debo irme ahora señor Giuliano, lo lamento, pero creo que no regresaré. Renuncio.

—¿Qué ha dicho? —esa parecía ser su frase predilecta.

—Lo que escuchó, no puedo seguir trabajando aquí. Lo lamento.

Él hizo algo inesperado: la siguió, corrió tras de ella como si su renuncia lo afectara de manera especial. ¿Estaría solamente enojado?

—Aguarde, no se vaya... podemos discutir esto. No se vaya... es que sabe, me exaspera un poco que llegue tarde, pero...

Quiso retenerla, evitar que se marchara, pero no fue un gesto romántico ni siquiera humanitario, tal vez solo temía quedarse sin asistente. Y sin embargo la siguió hasta la calle y tomó su brazo con suavidad.

—Venga conmigo, se ve pálida, la llevaré a tomar un café—insistió galante. Imaginó por qué lo hacía, era su oportunidad, tal vez largamente esperada... durante meses la había mirado, había sido a veces gentil, a veces insoportable, pero en líneas generales paciente con sus llegadas tarde, por una razón. Y lo más triste que ella se había hecho ilusiones, había pensado que tal

vez su interés fuera sincero.

Pero no, demasiado bueno para ser verdad, demasiado guapo y casado. Los casados eran un clavo, eso decía su amiga Carla y tenía razón. ¿En qué estaba pensando?

Mejor sería escapar ahora que había tiempo.

Sí, escapar era su única salida.

—Le agradezco señor Giuliani, de veras que sí, pero ... no fue buena idea venir—dijo y se alejó.

Al ver que no cedía la dejó en paz y Irina se sintió más sola que nunca mientras regresaba caminando al apartamento de su hermano.

Tardó más de media hora en llegar, pero la decisión estaba tomada. Tomaría sus cosas y se iría en el primer tren.

Nicolai podía no volver, si en realidad pensaba marcharse no se lo diría, tal vez enviaría a Massimo. ¡Pues no la encontraría!

Llamó a su hermano por el celular, pero no tuvo respuesta una vez más.

Y cuando llegaba al apartamento se le acercó un hombre alto y tuvo un mal presentimiento, tal vez porque estaba alterada pero no le gustó nada y huyó. Corrió para alejarse, para que no la alcanzara.

No era la primera vez que seguían sus pasos y comenzó a caminar

más rápido mientras buscaba su celular en el bolso.

El desconocido no le perdía pisada y de pronto vio que un auto se estacionaba en la esquina y de su interior salían más de tres hombres de traje oscuro y aspecto extraño, parecían armados. Tuvo miedo porque ya no era uno, eran como cuatro o más.

Corrió sin detenerse hasta el ascensor, pero de pronto un sujeto la detuvo, usaba gafas y su aspecto era sombrío.

—Signorina Petrov ¿cómo está usted? ¿Sabe dónde está su hermano?  
—le preguntó.

Irina lo miró aterrada.

—En su trabajo creo—respondió.

—¿Trabajando? No, no está en su trabajo. ¿Le dijo a dónde iría?

El desconocido sacó una placa de policía, pero ella se preguntó si no sería falsa.

—¿Podría acompañarnos, por favor? Necesitamos hacerles unas preguntas, temo que su hermano sufrió un accidente y queremos que haga un reconocimiento.

No, no la apresarían, sabía lo que era eso, una sola vez sufrió ese infierno y se dijo “no me llevarán, no lo harán”.

—¡Está mintiendo! —estalló y empujó al falso oficial y le dio una

patada a otro que intentó pillarla recordando sus viejos tiempos de entrenamiento adolescente en Rusia, cuando practicaba deportes de combate.

Y corrió, corrió desesperada por las escaleras para entrar en su apartamento, pero entonces notó que la seguían y le gritaban algo en italiano que no podía entender. ¡Mierda! No iban a atraparla.

Pensó en llamar a su hermano para advertirle, pero si lo hacía tal vez no fuera buena idea, tampoco llamaría a Massimo, solo escaparía, huiría del edificio. Rayos, nunca debió regresar, sabía que un día su hermano no volvería, que algo horrible pasaría y ella se las vería sola en esa ciudad, pero había pasado antes de lo esperado.

Entró en el apartamento y juntó sus ropas, buscó el dinero escondido en su habitación y lloró al ver la fotografía de amos en su mesa de luz. Nicolai... no podía creer que ocurriera tan pronto, que ese día hubiera llegado.

Secó sus lágrimas y se estremeció al ver que eran miles de euros, no podía llevar tanto dinero, en esa ciudad había muchos ladrones, andaban de a dos o de a tres, los había visto. Eran peligrosos.

Tomaría unos cientos, tal vez solo dos mil... compraría unos pasajes y regresaría a su país.

Su celular sonó entonces.

Era Nicolai. Su hermano, no podía creerlo.

—Irina—su voz se oía agitada—Dónde estás? ¿Acaso estás trabajando?

—No... Estoy en el apartamento. Nicolai... unos hombres me preguntaron por ti recién, tengo miedo...

—Te hicieron algo?

—No, pero creo que vigilan el edificio y temo que ...

—Tranquilízate, llama a Massimo ahora por favor, no demores. Él te llevará al sur, tiene prontos los documentos. Irina, escucha bien, no me has visto, no sabes nada de mí... En cuanto pueda te llamaré, ahora debo irme. Si todo sale bien te veré en unos meses en Nápoles. No hables con nadie de esto.

—Nicolai, no te vayas. No quiero estar sola, por favor.

Su hermano demoró en responderle.

—No estarás sola, Massimo cuidará de ti, irá a buscarte, quédate en el apartamento, sé una buena esposa y no... Intenta ser feliz, él es un buen hombre, estarás a salvo y tendrás una familia. Nunca más te sentirás sola.

Irina lloró, pero su hermano no respondió a sus preguntas y la conversación se interrumpió.

Pues no se casaría con ese napolitano, huiría de la ciudad, buscaría trabajo en otra parte y... No se quedaría encerrada esperando la llegada de

Massimo.

Siguió haciendo las maletas, nerviosa y entonces un timbre en la puerta le provocó un sobresalto, demonios, estaban allí y se la llevarían. Tembló, no quería que la apresaran.

—¡Irina, abre la puerta! Soy yo, Massimo.

¿Massimo? ¿Y si era una trampa? ¿Cómo sabía él que estaba en problemas? No lo había llamado, no podía saber que... a menos que Nicolai le avisara.

Pues no se fiaba de que fuera él y sin pensarlo tomó su maleta y corrió, pero cuando escapaba por la puerta lateral vio que estaba rodeada y un hombre de negro y rifle la esperaba.

—Signorina Irina...

No pudo ir muy lejos, los hombres de negro estaban allí y tenían pistolas y no tardaron de rodearla. Quiso escapar, lo intentó, pero entonces apareció Massimo.

Ese intento de huida no pasó desapercibido para él, quien se acercó furioso sin sacarle los ojos de encima y sin soltar el arma de pronto comenzó a reír a carcajadas mientras los otros también reían como si hubieran perdido el juicio.

Miró a su alrededor aturdida y de pronto Massimo señaló su oso de

felpa marrón diciendo: —Vaya iba a escapar con su amigo peludo—y se lo quitó.

—¡Devuélveme mi oso! —Irina estaba furiosa—No iré contigo a ningún lugar, italiano.

Massimo dejó de reír.

—Vendrás conmigo ragazza, si no lo haces tiraré este oso para abajo, ¿has comprendido? ¿O prefieres que tus amigos rusos te encuentren? Para ellos tu hermano es un traidor y han puesto precio a su cabeza. Pero tú no lo sabes, has vivido en una burbuja todo este tiempo...

Ella no prestó atención a sus amenazas, no soportaba que ese rufián quisiera hacerle daño y sin soltar sus maletas le dijo que no necesitaba su ayuda.

—Puedo ir a otra ciudad, cambiar mi nombre, pedir ayuda a la policía.

Al parecer él no quería que hiciera eso, o no se fiaba de los resultados. Lo vio sonreír, pero sin entregarle el oso, y fastidiado por su rebeldía le pidió a un amigo que cuidara del peluche.

—¡Hey sujétalo! —dijo y el oso voló por los aires cuán grande era. Debía medir más de un metro.

Irina chilló y se puso histérica y él pensó que la ragazza estaba un

poco mal de la cabeza, ponerse así por un oso inanimado, un muñeco. Vamos, no tenía diez años para dormir con un oso y llorar porque se lo habían quitado.

—Tranquila, vamos, no quiero ser rudo contigo, podría atarte, darte una buena zurra y meterte en el auto con el trasero hirviendo. Así que obedece y deja de gritar, estás llamando la atención y lo que menos querrás ahora será eso muñeca rusa—Massimo estaba furioso.

Ella miró a su alrededor con desesperación, estaba rodeada, no podría escapar, esos hombres estaban armados y tuvo la sensación de que había caído en una trampa. Esos hombres eran delincuentes, mafiosos y...

De pronto sintió que tomaba su mano.

—Así está mejor... Nada de lágrimas si quieres que te devuelva a tu oso. Hey Tulio, cuida bien al oso Teddy que te di.

El joven que llevaba el oso y lucía jeans y remera sonrió. Irina subió al auto resignada, no podía hacer otra cosa, los tipos que la habían seguido podían regresar y... qué extraño no los vio por ninguna parte.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Massimo.

Ella lo miró. —Es que había unos hombres que... dijeron ser policías y me preguntaron por mi hermano cuando entraba en el edificio.

—¿De veras? ¿Llevaban uniforme?

—No, pero dijeron ser policías.

—Te hicieron algo?

—No... pero quisieron atraparme y corrí—le respondió.

El auto iba a mucha velocidad y los edificios se quedaron atrás.

—Entonces al fin entiendes que no es un invento, que todo es real ¿verdad? Espero que no intentes nada ahora, me necesitas ¿entiendes? Tu hermano huyó y tal vez no viva mucho más, no tienes a nadie y yo le hice una promesa, es una vieja deuda. Cuidaré de ti, pero si intentas escapar no diré que lo lamentarás, pues serás tú quién se ponga en peligro y no podrás contar el cuento. En unas horas vendrán al apartamento con una orden de allanamiento, el nombre de tu hermano estará en todas partes y también buscarán a los familiares que puedan ayudar a encontrarle... Es mejor que no te sigan el rastro, ¿dónde tienes tu celular? Entrégamelo.

Irina pensó que el italiano tenía razón, pero no se fiaba de él, estaba asustada, ¿y si luego la vendía como esclava o...?

De repente tuvo la sensación de que no era el mismo hombre que había conocido, ya no se mostraba tan amable y lo vio tomar su celular y desarmarlo, arrojar el chip, y casi todo por la ventanilla del automóvil y luego la miró.

—¿Y a dónde pensabas ir ragazza con tu oso y tus maletas? ¿Tienes

algún amigo en el trabajo? ¿Ese jefe tuyo Giuliani tal vez?

Ella sostuvo su mirada sin comprender por qué le hacía esas preguntas.

—No... Iba a irme a otra ciudad.

—Así? ¿Y crees que es tan sencillo? ¿Con qué dinero vivirás?

—Mi hermano siempre dejaba dinero en una caja fuerte por si no regresaba y...

—Oh de veras? ¡Qué previsor! ¿Y crees que podrías hacerlo sola sin conocer a nadie?

Irina se sonrojó al oír su risa, parecía burlarse de ella y eso la enfurecía.

—Sin amigos, sin novio terminarás en algún galpón vendida como mercancía. ¿Te agrada la idea, tienes idea de lo que te harían si cayeras en sus manos?

Sus ojos se llenaron de lágrimas, todos portaban armas y la miraban, la miraban como si fuera una cosa, como lo hacían muchos italianos, para ellos no era más que una presa, una presa para tener placer...

—¿Y qué harás tú conmigo, italiano? ¿Por qué un hombre tan importante se molestaría en ayudar a una joven extranjera sin familia? —dijo con el corazón palpitante.

Él se acercó y tocó su cabello rubio con mechones naturales más claros levemente ondeados y sonrió.

—Bueno, di mi palabra amiga, ahora, lo demás dependerá solo de ti.

—¿De mí?

—Sí, de cumplas tu parte del plan... si lo haces todo irá bien.

Había una velada amenaza en sus palabras que la inquietó.

—No necesitas cumplir ninguna promesa, podrías dejarme en Roma, en un lugar dónde nadie me conozca Massimo. Solo eso... ponerme a salvo si eso te complace y luego... seguirás tu viaje al sur—le respondió.

Sí, cualquier cosa a tener que montar una farsa fingiendo ser italiana y teniendo sexo con él... la idea le resultaba más que inquietante, la idea sencillamente la aterraba. Si nunca había podido irse a la cama con un extraño mucho menos podría hacerlo con ese italiano. A menos que se bebiera un trago largo de vodka y...

El italiano la miraba con fijeza, en realidad no había dejado de mirarla mientras conversaba con sus amigos en un dialecto que parecía italiano, pero no lo era. ¿Algún dialecto del sur tal vez?

—¿Y cuánto crees que podrás durar en Roma? —dijo de pronto y mirando a sus amigos agregó: —¿Han escuchado? La ragazza quiere ir a Roma.

Rieron de nuevo y dijeron cosas que no logró entender pero que él sí comprendió.

—No, no te llevaré a Roma vendrás conmigo y te salvaré de que te quiten la vida ragazza, ¿de veras quieres que te maten, que te violen hasta que no quede nada de ti? A tu hermano lo busca un grupo de gente muy peligrosa. Pero lo primero será registrar el apartamento, el laboratorio, buscarán como ratas sus investigaciones... Y luego irán tras de ti, así que deberás cambiarte el nombre y no pronunciar ni una palabra en ruso, a nadie dirás quién eres. Y cuando te presente a mi tío hablarás siempre en italiano y dirás que te llamas Isabella Morelli, no lo olvides. Eres sureña, pobre y me enamoré de ti en un viaje... Inventaremos una historia de amor, a mi tío le encantará, es un hombre sentimental y siempre me ha dicho que debo casarme con una joven sureña pobre y virtuosa.

Irina escuchó la historia aturdida, ¿entonces estaba pidiéndole que realmente representara ese papel de esposa? Su hermano había mencionado algo al respecto, pero pensó que mentía, que lo decía para convencerla de que realmente se casaría con ella.

—¿Y por qué no buscaste a una joven sureña auténtica, pobre que quisiera casarse enseguida?

Él sonrió.

—No quería casarme ni buscarme una novia preciosa... Me agradan más las chicas de ciudad, son guapas, rubias y saben cómo complacer a un hombre en la cama—le susurró al oído y besó su mejilla.

Irina se estremeció porque ella no tenía ni idea de cómo era estar con un hombre y complacerle en la cama

—¿Y por qué no le pides a una de sus novias que viaje contigo a Nápoles?

—¿Novias? —rió—No tengo novias ragazza, sino mujeres con las que salía, varias... pero no son chicas para llevar más que a la cama, ¿qué idiota se casaría con una furcia? No... mi esposa debe ser virgen, una virgen hermosa y rubia como tú.

Irina se sonrojó. —¿Y por qué crees eso? —le dijo desafiante.

Sus ojos oscuros se clavaron en ella mientras avanzaba furioso.

—Por qué sé que es así, ¿o acaso es mentira?

Ella no respondió y él continuó:

—Mi esposa no puede ser una meretriz ragazza, ni tampoco una mujer que salió con muchos hombres y ... En el sur tenemos otras costumbres, hay un refrán que dice te casas con una ramera y te despiertas con un puñado de cuernos. Pero sé que eres virgen, tu hermano me lo dijo.

Irina se sonrojó, ¿desde cuándo su hermano sabía eso? Ella jamás

dijo que estuviera interesada en ser virgen hasta encontrar un marido.

—¿Es cierto? Dime si no es verdad, no quiero llevarme sorpresas después.

Ella sintió las miradas de los otros y se ruborizó hasta las orejas.

—¿Y tú solo quieres casarte conmigo por eso? ¿Para presentar una novia virgen a su tío?

—Por supuesto, ¿no creerás que presentaré a una ciudadina de falda corta y aspecto de ligera?

—Massimo, aguarda, valoro tu ayuda, de veras que sí pero no puedo... No puedo casarme contigo, apenas te conozco y no resultará, deberé fingir alguien que no soy. Además, el matrimonio me asusta, no he vivido nada, me lo he pasado encerrada oculta de un peligro inminente y creo que no sería una buena esposa, solo tengo veintidós años y no soy como las italianas de aquí...

Parecía sincera, y tenía razón, esa chica estaba algo verde, había algo infantil en ella, pero eso ¿qué importaba? Era muy guapa y tierna, algo raro de encontrar en esos tiempos. Se acercó sintiendo ganas de tocarla, de hacerle el amor en el auto, pero no podía claro... no estaban solos. Por desgracia.

—Sin embargo, tú pareces a punto ragazza, como una fruta que maduró de golpe y ansía ser devorada—le susurró, pero ella no entendió

demasiado lo último, en ocasiones el acento de ese hombre hacía que algunas palabras pasaran desapercibidas.

—Va bene, hagamos un trato...—dijo de pronto.

¿Un trato?

—Sí... Mi deuda es salvarte del peligro, darte un nuevo nombre y cuidar de ti, pero necesito una esposa... Una esposa por un tiempo, hasta que mi tío estire la pata... Dios no lo permita. Es un buen hombre, me crió como un padre y quiero... quiero darle el gusto, que me vea casado y con hijos, sé cuánto lo desea. Antes de que se vaya al otro mundo. Solo eso. Además, tú estás sola, como una cachorrita abandonada, nadie notará tu ausencia de la ciudad ¿no es así? Pero yo cuidaré de ti, di mi palabra de que lo haría, acéptalo y no digas que podría dejarte sola en otra ciudad, eso no sería de caballeros. Y yo no soy un perro, sabes, soy un caballero italiano. Un empresario.

¿Así que ese era el trato? Cuidar de ella y a cambio sería su esposa por un tiempo, hasta que su tío estirara la pata... Dormirían juntos por supuesto. ¿Y cuál era la opción que tenía dadas las circunstancias? Ninguna.

No había opción porque él había decidido todo mucho antes al parecer y con todo detalle.

La camioneta siguió a mucha velocidad por carreteras durante horas.

Empezó a tener sueño. Había intentado escapar, pero su intento falló y tal vez fuera lo mejor, pero... diablos, estaba asustada. ¿Y si sus intenciones no eran tan sanctas? ¿Y si en realidad no quería casarse con ella sino acostarse y luego venderla como esclava sexual a algún amigo suyo? ¿O vender sus órganos? Sabía que el tráfico de órganos era tan importante como el sexual... Sintió escalofríos y tembló. El día se había nublado y el clima cambió, el cielo azul de esa mañana se había evaporado. Cerró los ojos, cansada, exhausta por las emociones de ese día. La fuga, los falsos policías y ahora ese hombre en quién debía confiar. Pero no se sentía nada segura, a decir verdad. Solo el sueño logró calmar esos pensamientos que eran como un tornado.

\*\*\*\*\*

El viaje duraría días y se detuvieron en un hotel muy lindo y pintoresco de la ciudad de Roma. Roma... la ciudad mágica en la que había soñado vivir. Atestada de turistas y con calles de piedra, era una mezcla de modernidad y vestigios del pasado.

—Roma... la ciudad de tus sueños—dijo Massimo.

Irina sonrió viendo que anocheecía y eran las seis. Estaba hambrienta, había hecho un desayuno y nada más. Llevaban horas en esa camioneta, pero el tormento había terminado, descansarían en un hotel para luego continuar el viaje. Qué alivio poder estirar las piernas y salir y no sentir miedo de que alguien estuviera espiándola.

De pronto un desconocido se le acercó y le dijo “bella ragazza”, era un hombre alto, vestido como un ejecutivo y llevaba gafas de sol y sonreía seductor.

—Hey tú, ¿qué te pasa, ¿qué haces? —intervino Massimo molesto y empujó al desconocido con un movimiento enérgico.

El hombre salió corriendo espantado y se subió a un Mustang rojo. Vaya... debía tener mucho dinero.

—Idiota—escupió Massimo al piso con rabia y la miró. —¿Lo ves? Esto es Roma preciosa. Nada más llegar y aparece un desgraciado intentando meterte en su auto.

Irina pensó que exageraba y miró a su alrededor en busca de un restaurant, necesitaba usar el lavabo.

—Está bien, iremos a un restaurant, pero primero debemos reservar una habitación en ese hotel amica, o perderemos el lugar.

Irina lo acompañó y llevó una de sus maletas hasta la habitación. Era bonita y luminosa y con una vista estupenda. Eso pensó después de haber ido al lavabo. Sí, era estupenda... magnífica. Se tiró en la cama y pensó que no se levantaría, estaba exhausta y le dolía un poco la espalda.

—Hey ven aquí...—la voz de Massimo puso fin al momento de relax.

—Vamos al restaurant, imagino que tendrás hambre...

Sí estaba famélica.

—Luego regresaremos a la habitación y acomodaremos nuestras pertenencias.

Esas palabras la inquietaron y mientras abandonaba la cama le preguntó si acaso compartirían la habitación.

Él la miró fingiendo inocencia. —Es que... lo cierto es que es viernes hoy picola, y no hay habitaciones. Un montón de turistas las ocuparon así que... deberemos usar esta.

—¡Pero solo hay una cama! —protestó.

—Vamos, pero si es enorme, alcanza bien para los dos.

—¿Para los dos? ¿Y crees que voy a dormir contigo?

—Vamos, será un ensayo... luego de la boda deberás dormir conmigo siempre. Esto servirá para conocernos un poco, ¿no crees?

Irina pensó que era precipitado, no quería dormir con él ni que intentara...

Miró la cama de soslayo y se preguntó si acaso no intentaría algo si se metía en ella. Italiano tramposo. Ninguno de ellos dejaría pasar una oportunidad semejante para tener sexo.

—Ven, vamos, iremos a comer algo ahora, deja de preocuparte ¿sí?

Irina lo siguió nada convencida pensando que tal vez tenía razón, debía hacerse a la idea: él la había salvado y querría recibir su recompensa. Por eso tal vez lo observó a cierta distancia con expresión crítica. Era un hombre guapo sí, pero no olvidaba qué era Massimo Visconti: uno de los líderes de la mafia del sur, heredero de un clan antiguo dedicado a negocios sucios. Llevaba un arma en su jean, sí, lucía siempre informal, jeans oscuros y una camisa o remera de cuello, perfumado y seductor, imaginó que habría dormido con cientos de mujeres. Tenía todo el tipo del italiano alegre y seductor, intensamente viril, lo había visto antes.

Y ese hombre sería su esposo por un tiempo. Sí, lo había dicho varias veces como para remarcarlo. Para contentar a su tío moribundo... Nicolai le había dicho que esos sureños eran muy conservadores y ella tendría una nueva identidad se llamaría Isabella... qué nombre tan raro, debería memorizarlo.

Nada más salir de la habitación un grupo de hombres aguardaba y ella se asustó y dio un paso atrás. Pero el italiano sonrió.

—Tranquila, son amigos nuestros—le dijo al oído.

Irina observó sus labios gruesos y sensuales y pensó que no resultaría. Un hombre como ese debería estar acostumbrado a mujeres de mucha experiencia, él mismo lo había dicho...

—Por aquí vamos...

Ella obedeció y fueron a un restaurant a pocas calles del hotel. Los empleados de recepción los miraron trémulos como si supieran quiénes eran y temieran ser acribillados a balazos si desobedecían. Irina notó que algo pasaba en la recepción y un hombre gordo portando una cámara Nikon colgada al cuello protestaba en inglés.

—Bah, tonto inglese, cree que es un rey y que estamos obligados a guardarles una habitación—murmuró Massimo.

Una joven italiana estaba roja y no hacía más que revisar en una

planilla explicándole que ya no había habitaciones disponibles. Pero el hombre no se daba por vencido y al parecer se había puesto pesado.

Molesto por la escena, Massimo intervino seguido muy de cerca por sus ángeles guardianes y Irina quedó escoltada por tres hombres que la miraron con una sonrisa.

—No temas, a Massimo le encanta deshacerse de los turistas—dijo uno de ellos.

Y lo hizo, habló con el sujeto y este se fue echando maldiciones en su lengua, luego regresó a su lado muy sonriente y satisfecho.

—Qué gordo insoportable, quería quedarse a como diera lugar, como si fuéramos una colonia inglesa—se quejó mientras volvía a su lado y miraba a los guardaespaldas con gesto torvo.

Ella pensó que era celoso, como muchos italianos, celosos, gritones e infieles, con ese charme, ese encanto que podría ser letal. “Vaya, en qué lío te has metido Irina, o mejor dicho en qué lío te metió tu hermano.”

Fueron andando hasta el restaurant como una comitiva, siendo el centro de atención de los turistas y adolescentes sentados en los bares bebiendo cerveza y charlando. Pero sobre todo lo miraban a él: a Massimo, las chicas y también los hombres... “Su prometido” atraía las miradas de forma inevitable. Tal vez fuera muy guapo, pero a ella que sabía quién era

solo podía sentir miedo.

—Vamos, sígueme, ¿qué te pasa? —dijo él impaciente.

Irina se preguntó si tenía ojos en la espalda porque ella caminaba a unos pasos detrás de él como si formara parte de su comitiva de guardaespaldas, como si fuera el rey y ella su esclava o súbdita.

Obedeció y caminó a su lado y él sonrió.

—Así está mejor, no quiero que esos desgraciados te miren tan de cerca—le susurró.

Ocuparon una mesa preferencial y cenaron... Massimo le dijo algunos piropos a la camarera y ella le dedicó una mirada cargada de lujuria y Irina se preguntó si sería una cornuda antes de casarse y durante el tiempo que durara.

Era todo un galán y pensó con horror que tal vez tuviera alguna novia en el sur, en la casa donde vivirían.

Y como si leyera sus pensamientos Massimo sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué tienes? ¿No vas a comer nada?

Ella notó que tenía el menú y pidió algo sencillo. Un pollo asado con papas y hiervas, necesitaba comer carne blanca ese día y una buena pechuga sería una excelente opción. No pediría un plato tradicional romano, se sentía algo deprimida por toda la situación. Era como haber ido a una fiesta en

dónde no conocía a nadie y de repente se viera bailando con el anfitrión sabiendo que luego debería dormir con él.

Tal vez por eso comió y bebió más de la cuenta mientras él conversaba animadamente con sus amigos y le hacía alguna pregunta casual de ¿te gusta el restaurant, preciosa? ¿Qué te parece Roma?

—No he visto mucho todavía—le respondió.

—Y no podremos ver demasiado, me temo que hay mucho que hacer los días siguientes—dijo él.

Sintió pena de no poder quedarse, pero qué haría sola en esa ciudad, sin conocer a nadie. Seguramente terminaría en un hospital. Los italianos eran peligrosos, en Milán tres veces le habían robado la cartera y los ladrones de allí usaban traje y corbata y portaban pistolas pequeñas o cuchillos. Por eso nunca andaba sola de noche y vivía tomando taxi porque los autobuses siempre la dejaban a unas cuadras del apartamento. Imaginó que en Roma no sería diferente.

Comió con apetito y luego quiso una copa de helado de frutas y crema de postre. Él la observaba con una sonrisa y lo vio decir algo a sus amigos. Una cosa que le molestaba, esos secretitos estando ella presente.

—Vaya, te ves como una italiana del norte, rubia y hermosa—dijo él.

Uno de los guardaespaldas dijo que no de forma muy enfática.

—Se nota que es rusa, no podrás engañar a tu tío—opinó.

A diferencia de Massimo, esos hombres no eran guapos, pero se veían cuadrados, fuertes como toros, supuso que por eso los había contratado.

—Tonterías, habla muy bien nuestra lengua, casi no se nota el acento.

—Eso sí es cierto, pero si la miras, la cara redonda y el cabello tan rubio la delatan como extranjera. Deberías teñirle el cabello de un tono más oscuro y también...

Irina pensó que era hora de intervenir en esa conversación.

—No me teñiré el cabello y pareceré Morticia—se quejó.

Todos rieron por sus palabras.

Massimo la miró.

—Por supuesto que no muñeca rusa, me encanta tu cabello rubio... adoro a las rubias eslavas, ya lo sabes ¿verdad?

No, no lo sabía.

—Pero creo que un cambio en la ropa haría mejor a tu papel. Mañana te llevaré de compras preciosa. Ahora creo que será mejor regresar al hotel, no sea cosa que perdamos la habitación que tanto nos costó conseguir.

La habitación que compartirían... Irina tembló. No quería dormir en esa cama y temía que intentara algo. ¿Cómo demonios podría dormir con él si

ni siquiera era capaz de pasar la noche compartiendo la cama?

Cuando entraron en la habitación, momentos después él encendió la televisión y también el aire acondicionado porque sintió frío. Luego buscó algo en la nevera... Irina no lo perdía de vista mientras se sentaba en un cómodo sillón para ver la tele. No entendía nada de lo que ocurría allí, estaba tan nerviosa que no hacía más que mirar de reojo al italiano.

—Tranquila ragazza, no soy un bandido. Dije que compartiríamos la cama no que haremos el amor. Ven, metete en la cama, es tarde y mañana deberemos salir temprano.

Ella se quedó dónde estaba. No, no se metería en esa cama, era una trampa, seguro que cuando durmiera pues... él le haría algo.

Entonces lo vio sonreír burlón mientras tomaba una pequeña botella de cerveza de la nevera.

—Vamos, ven aquí preciosa... hay lugar de sobra para los dos—dijo el italiano y se sentó en la cama con sus piernas largas y fuerte mientras tomaba el control remoto.

Irina lo miró pensando que era muy guapo... Rayos, estaba temblando, la habitación estaba fría y se le cerraban los ojos. Había sido un día muy duro y su hermano... ¿dónde diablos estaría ahora Nicolai? No podía llamarlo, era mejor no hacerlo, el italiano dijo que todos quienes hubieran

tenido amistad con él corrían peligro. ¿La buscaría? ¿La rescataría de ese hombre?

De pronto comprendió que no tenía celular y que casi la había raptado del apartamento, con la excusa de que lo hacía por seguridad.

Observó el reloj de la pared marcando la nueve y media y ahogó un bostezo, y luego otro. Se moría de sueño. ¡Diablos! Debía correr el riesgo y meterse en la cama.

Entonces vio la tele plana de cuarenta pulgadas en la pared con la foto de su hermano y ahogó un grito. Lo buscaban... Estaba requerido por formar parte de una red de terroristas que traficaban con armas químicas. No podía ser... su hermano era un científico, Nicolai trabajaba en un laboratorio y no fabricaba armas químicas, jamás habría hecho eso... El informe era algo confuso, pero al parecer la policía lo buscaba y habían entrado al apartamento y allanado todo ese mismo día.

—¿Lo ves? Fue así como te decía, pero calma, aquí estarás a salvo— dijo el italiano.

Y entonces vio su fotografía en el informativo y su nombre completo: Irina Petov, su hermana y cómplice.

—Pero yo no hice nada—dijo aterrada sin poder apartar la mirada de la televisión.

Él se le acercó y la abrazó por detrás.

—Tú no me creías, ¿verdad? Pensaste que había inventado todo para raptarte... Allí estás y dicen que eres muy peligrosa y al parecer hay una recompensa por quién dé información de ti.

Irina pensó que era una pesadilla, no podía ser verdad.

—Pero todo eso es una cruel mentira, mi hermano no puede... Están mintiendo. Él jamás haría eso ni yo... ¿Qué he hecho yo para que quieran atraparme?

—Nada... Pero eres el sebo, pequeña, la trampa para llegar a tu hermano. Mejor será que no te encuentren porque quieren atraparte ragazza y que les digas dónde está Nicolai. Creen que huiste a tu país y están cerrando todos los aeropuertos. Pero no temas, estarás a salvo conmigo. Pronto me darán tus nuevos documentos y deberás cambiarte el cabello, atarlo, y usar ropa distinta para que no reconozcan.... Están tras de ti y soy tu única salvación ¿entiendes?

Irina lloró, era espantoso, no podía creerlo, todo era como un mal sueño, algo que no podía estar pasando.

—Mi hermano no es un terrorista—dijo furiosa— y sé que jamás ayudaría a un grupo de dementes, él huyó de Rusia cuando descubrió que el laboratorio donde trabajaba estaba experimentando con nuevas armas

químicas.

—Sí, lo sé preciosa. Calma. Sé que es inocente, pero...

Él la miraba con deseo, esa chica era tan guapa con jeans y una blusa, no importaba qué llevara, todo le quedaba bien. Y la deseaba, pero estaba demasiado vestida.

—No pienses en tu hermano—debía pensar en otra cosa y soportar la tentación— es mejor que olvides todo esto, deberás aprenderte la historia de tu nueva vida...

Sintió que la jalaba despacio y besaba su cuello mientras sus manos atrapaban su cintura y sus pechos.

—No, déjeme por favor...

—Tranquila no haré nada, solo quiero acariciarte, eres tan dulce, tan femenina... voy a casarme contigo muñeca, lo haré mañana. Estarás a salvo, pero a cambio te quiero a ti, por completo, en mi cama, siempre...

Irina se resistió, no, no quería dormir con él ni tampoco casarse y desesperada saltó de la cama y huyó hasta la puerta en un arrebato, sabía que no llegaría muy lejos descalza y sin su bolso. Sufrió un ataque y lloró, gritó, sintiéndose como una fiera enjaulada y maniatada. No quería eso, nunca había querido convertirse la esclava de un hombre, no era justo que pagara por las locuras que había hecho su hermano.

Massimo la miraba alerta.

—Tranquila ragazza—dijo— vamos, ven aquí, ¿a dónde crees que vas? Irás a prisión si te encuentran, regresa a la cama. ¿Es que no has entendido nada de lo que pasa? Eres cómplice de un criminal ruso, quieras o no.

—Pero yo no hice nada, nunca supe a qué se dedicaba mi hermano y él no es un criminal, jamás creeré eso.

—Es verdad, pero para ciertas personas es mejor buscarlo por criminal y creen que tú sabes algunas cosas que no deberías saber... Y si cometes la tontería de escapar ahora o después te atraparán y te torturarán para que digas dónde está. Lo harán. Ahora regresa... No te haré nada, deja de llorar, no soy un sátiro, pero luego de la boda compartirás mi cama y lo harás siempre, no podrás decirme que no porque entonces seré tu marido y tú mi mujer. ¿Entiendes?

Irina secó sus lágrimas y asintió en silencio.

—Quiero que lo prometas, no quiero que escapes porque yo también estoy corriendo un serio peligro al salvar tu vida Irina, me deberás mucho más que gratitud por haberte salvado serás una esposa obediente y apasionada con los brazos abiertos para mí. Mírame mamushka.

Ella secó sus lágrimas y lo miró con sus grandes ojos grises tan

bellos a pesar de la tristeza que había en ellos.

—Lo prometo, pero si desea que sea tu esposa un tiempo prometa también que me respetará y no me golpearás ni engañarás con otras mujeres como hacen muchos italianos.

Él sonrió y acarició sus mejillas húmedas, era hermosa sin decir nada hasta que habló.

—No te golpearé, no soy un salvaje, a menos que me metas los cuernos no tienes nada que temer de mí. ¿Crees que soy un diablo? Vamos, qué mal piensas de los italianos.

—No te conozco, nunca antes he podido conocerte ni hablar siquiera... te vi algunas veces en el apartamento, pero eso no cuenta.

—Está bien... entiendo. Sé que no me conoces, ¿pero crees que si fuera un maldito tu hermano te habría puesto bajo mi cuidado?

No, no lo creía, pero... Vaciló porque en realidad no se sentía segura de nada en esos momentos. Los sucesos de ese día la agobiaron y se sintió al borde del colapso y tal vez por eso dejó que la besara despacio y la arrastrara a la cama. Aunque en realidad lo que quería era correr. Huir. Escapar de ese horrible país que la acusaba injustamente de algo que era totalmente falso, y a su hermano también.

—Tranquila preciosa...—le susurró entonces el italiano.

Si intentaba algo lo mataría y tal vez con su mirada le dijo todo porque él sonrió y se quedó muy quieto sin intentar nada mientras la cubría con una manta.

—Descansa... ven aquí, cierra los ojos. Yo cuidaré de ti, sabes que lo prometí y te digo que lo cumpliré.

Irina se preguntó si sería verdad, o si lo haría solo porque quería acostarse con ella y completar esa farsa para complacer a su tío. No debía importarle mucho más, apenas la conocía. ¿Qué podía sentir un hombre por una joven bonita? Solo deseos de cama y nada más.

Y sin embargo tuvo que aceptarlo, estaba aterrada, aturdida luego de haber visto las noticias. “Deberás cambiar la forma de hablar, de vestirte... tendrás un nuevo nombre y deberás aprender nuestras costumbres” le había dicho él”. Sí, debería hacerlo. No tenía alternativa. Su hermano no solo la había abandonado, sino que la había dejado con un padrino de la mafia para que la cuidara...

\*\*\*\*\*

Despertó temprano con una fuerte sensación de somnolencia y cansancio.

—Vamos, vístete. Te llevaré a una tienda preciosa, debes dejar de parecer tan esclava rusita—dijo el italiano—Llamas demasiado la atención y

creo que es inevitable que uses un disfraz. Pero debo comprarlo a tu medida. Pero ten ponte estos lentes y tal vez podrías atarte el cabello.

Irina saltó de la cama aturdida, se sentía débil y cansada, agotada, a decir verdad. Se encerró en el baño y se lavó la cara, los dientes y se ató el cabello.

Debía cambiarse la ropa, darse un baño, pero... rayos, no había llevado ropa para hacerlo y salió con paso rápido. Estaba nerviosa.

Mientras regresaba a la habitación notó que el italiano hablaba por teléfono en ese dialecto que sospechó debía ser sureño. Él sí lucía impecable, de jeans, relucientes zapatos de vestir y camisa, peinado y con ese charme que era el sello de todos los de su raza mediterránea....

Pensó que él estaba demasiado atareado para prestarle atención, pero se equivocaba, nada más abrir su maleta y buscar ropa se le acercó para ver qué ropa tenía y sin esperar su aprobación comenzó a revolver.

—Ropa muy llamativa.... Faldas muy cortas y... No. Debes vestir como una chica italiana del sur o... Ponte unos jeans y una blusa oscura, algo sobrio. Oscuro. Nada que llame la atención, ¿entiendes?

Irina optó por una blusa negra y un jean azul, no le agradaba mucho el negro, pero... Mientras se dirigía al baño él le gritó que se atara el cabello.

Al ver que demoraba demasiado en el vestidor se impacientó.

—Vamos ragazza. Desayunaremos en el hotel.

La voz de la joven se escuchó ahogada. —No quiero ir, verán que soy yo y me entregarán... anoche... pudieron ver el informativo y saber...

—Oh vamos, no puedes vivir escondida.

—Tú te confías demasiado, ¿te crees invencible verdad?

—Bueno sí, tal vez... ¿por qué me dices eso? Dije que te cuidaría, ¿acaso no me crees?

—No es eso, pero... tengo miedo.

—Abre la puerta ragazza, por favor, no puedes quedarte encerrada todo el día. ¿Qué planeas?

—Si salgo de aquí me atraparán—respondió con un hilo de voz—  
Creo que sería mejor que me quedara aquí unos días.

—Sí, tal vez, pero ese no es el plan. Quedarte encerrada para siempre no resuelve nada. ¿Crees que estarás a salvo? No, solo llamarás la atención y creo que es lo último que debes hacer.

Irina abrió la puerta despacio y él la miró furioso.

—¿Qué estás haciendo?

De pronto notó que estaba llorando y se contuvo.

—Cálmate ¿sí? No puedes quedarte aquí, si lo haces despertarás

sospechas. Al contrario, estás conmigo y creen que somos novios, eres italiana... habla solo en italiano. No sospecharán, pero si te quedas aquí encerrada como quieres llamarás la atención.

—¿Y si me reconocen en esa tienda?

—Pues deberás probarte la ropa, ¿cómo quieres que te compre ropa nueva si no te la pruebas? Esa que tienes es demasiado llamativa.

Irina se rindió, pero antes se quedó a desayunar algo contundente. No saldría con el estómago vacío.

Ese día fue un suplicio para Irina, nada más entrar en la tienda tuvo la sensación de que era el centro de miradas y no porque vistiera bien o fuera bonita... sino porque tal vez sabían que era ella la joven buscada...

Y mientras se probaba ropa y su amigo italiano la miraba con una sonrisa de pronto se acercó y le susurró al oído:

—Deja de actuar así boba, te miran porque eres preciosa. Intenta dominarte ¿quieres? No te muestres nerviosa.

Esa frase la oiría el resto del día y por cierto que solo se sintió a salvo cuando regresaron al hotel y se encerraron a comer snack y empanadas de carne. La lluvia hizo que su protector mudara de parecer y decidiera no ir a un restaurant sino quedarse en el hotel. Sus amigos se habían alejado, excepto cuatro que por desgracia compartieron el confite y se quedaron hasta muy

tarde haciendo bromas y bebiendo más de la cuenta.

Irina los observó con detenimiento, al verles de cerca, sin gafas ni gorros... tenían un aire despiadado. Cruel. Los dientes eran afilados, largos y uno de ellos tenía unas paletas que parecía un conejo, pecoso y de nariz larga... Un conejo malvado.

Tembló mientras observaba la habitación llena de ampones que decían cosas y reían, expresiones que parecían italianas pero que o podía comprender y Massimo les respondía y la miraba como si lo que dijeran tuviera algo que ver con ella.

De pronto se preguntó si no estarían arreglando algún negocio de venderla, cobrar la recompensa o algo igualmente nefasto y desagradable. Tal vez la historia de que se casaría con ella y sería su esposa un tiempo no era más que un cuento para atraerla, atraerla a su desgracia...

Y entonces, a pesar de las risas cómplices el italiano gritó:

—Basta, salgan todos de aquí. Fuera.

Sus amigos rieron y la miraron y Irina tembló al sospechar que tramaban algo.

Observó al italiano cerrar la puerta con varios cerrojos mientras murmuraba:

—Maldita lluvia... me habría gustado salir a recorrer la ciudad. Hoy me lo he pasado metido en un shopping.

Tenía razón, le había comprado un montón de ropa, sin fijarse en el precio, solo quería que vistiera diferente. Sabía bastante de moda y de ropa de mujeres, se preguntó si les habría comprado ropa a otras chicas...

—¿Qué miras tanto, mamushka? —dijo entonces mientras sacaba una cerveza en lata de la nevera y la abría con calma.

—¿Mamushka? —repitió extrañada.

—Sí, esas muñecas rusas que tienen un hijo en la panza, todas tienen un hijo... es lo que más les gusta hacer a las chicas rusas, ¿verdad? Con menos de veinte ya tienen un crío y luego otro.

—Pues no a todas, ¿sabes? —replicó.

Irina pensó que eso no tenía nada de malo, ni era tan extraño. En su país las mujeres tenían hijos jóvenes sí, porque no querían ser madres viejas, nada más. Y ella siempre había creído que a los veintidós se casaría y tendría un hijo, todo a la vez... Sin embargo, sabía que las italianas pensaban diferente, les importaba más crecer en su trabajo, tener un título antes que formar una familia.

—¿Sabes la historia de las mamushkas? —le dijo entonces.

Massimo la miró.

—¿Tú la sabes? Cuéntame preciosa—dijo y le dio una lata de cerveza para que lo acompañara a beber.

—Es que yo no bebo esto...

—¿Qué? ¿No bebes vodka?

—No... no me gusta beber, solo si hace mucho frío, pero como en este país no hace frío...

—Muy cierto rusita, aquí no hace frío. Italia es el país más hermoso del mundo.

—Así? Pues yo no pienso igual. Yo añoro Rusia y me pregunto sí...

De pronto se puso triste al pensar en su hermano y quiso saber si acaso lo había llamado.

—No... no puedo llamarlo, si lo hago me veré en problemas, lo mismo tú. pero no estés triste, ven... cuéntame la historia de las mamushkas.

Irina lo hizo, la historia del carpintero que hizo una muñeca para regalarle a su nieta... y la muñeca primer cobró vida y le pidió que hiciera a su hija porque su sueño era ser madre. El carpintero aceptó y talló otra muñeca más pequeña para que entrara en la primera y así sucesivamente hasta que el pobre se quedó sin madera. Todas las mamushkas le pedían un bebé y entonces decidió que el último fuera varón porque sabía que no le pediría un hijo...

El italiano sonrió.

—Qué historia tan bonita... me encantaría hacerte un montón de bebés preciosa, uno tras otro, hasta que te veas rodeado de bambinos italianos.

Esa idea la espantó, que un desconocido quiera convertirte en su esposa y llenarte de hijos le parecía más que inquietante. Tanto que se bebió la cerveza de unos pocos sorbos.

—Estás bromeando ¿verdad? Tú bromeas italiano, me cuentas cosas que no son reales. Como el cuento de las mamuschkas.

Él no tomó a broma sus palabras y le preguntó por qué decía eso.

Irina no le respondió, la cerveza le había tirado de la lengua como ocurría siempre y además le había dado sueño. Miró la cama con una expresión de añoranza.

Quería alejarse de ese hombre, no quería que quisiera dormir con ella tan pronto. En realidad, de haber podido habría escapado, pero en esos momentos no estaba en condición de dar un paso más. No quería responder sus preguntas, en realidad no quería estar en ese hotel sino en Rusia, en su hogar, ser de nuevo una niña en brazos de su madre, escuchándola cantar esa vieja canción de cuna... si, habría deseado dormir y que Nicolai le dijera que todo había sido un sueño. Solo eso...

Y de repente sintió su voz, su calor y lloró, porque era solo un sueño, no era su madre sino el italiano que se había metido en la cama y la abrazaba muy cariñoso. Muy cariñosos sí y zalameros para tener lo que deseaban.

Al verse pillado in fraganti lo vio sonreír en la penumbra y mirarla con fijeza.

—Duerme mamushka, descansa que mañana nos espera un largo día —dijo y sin esperar a ser invitado le dio un beso mientras la sujetaba entre sus brazos.

Se resistió y él volvió a prometerle que no le haría nada. “Es muy tarde, duérmete mamushka” le susurró.

\*\*\*\*\*

Despertó cansada y somnolienta y con un fuerte dolor de cabeza. Miró a su alrededor aturdida y le llevó unos minutos recordar los últimos sucesos y preguntarse qué demonios debía hacer. ¿Intentaría escapar? Ciertamente que no se fiaba del italiano, pero... él quería conservarla, supuso que porque la necesitaba para cumplir sus planes o....

Saltó de la cama y buscó ropa para darse un baño y entonces vio los paquetes sobre el sofá. Debía cambiar la forma de vestirse y escoger algo de lo que él le había comprado. Lo hizo sin demasiado esfuerzo y casi agarró lo primero que encontró: una falda larga y una blusa que habían salido carísimas

pero que le darían un aspecto de campesina rusa. Un disfraz para ocultar su identidad. “No, no parecerás una campesina rusa sino una campesina italiana” le había dicho él.

Pues no le agradaba ese atuendo, pero como no tenía opciones corrió a darse un baño pensando que debía ser la cerveza la causante de todo eso.

Cuando salía del baño fue en busca de algo para comer y encontró restos de empanadillas en la nevera y más cerveza. Ni loca se tomaría otra...

Mientras desayunaba oyó ruidos en la puerta y se asustó. ¿Acaso habían ido a buscarla?

Casi saltó de la silla y dejó un trozo de pizza que había quedado de anoche en la mesa cuando de pronto vio que era Massimo con ese pelirrojo llamado Toni que la miró con esa sonrisa que en esos momentos se le antojó rara y desagradable.

—¡Buongiorno signorina! —saludó el pelirrojo.

Massimo en cambio la miró de forma extraña.

—Prepara las maletas, nos vamos ahora. Vamos. ¿Qué te pasa? Ve a arreglarte el cabello. Hazte unas trenzas.

—¿Trenzas?

—Sí y usa algo de maquillaje, discreto, ¿entiendes? —insistió. Parecía tener prisa lo que aumentó sus nervios. ¿Qué demonios había pasado?

¿Acaso sabían que estaba en ese hotel?

Obedeció sin hacer preguntas y media hora después abandonaban el hotel para emprender el viaje al sur, o al menos eso pensó ella porque Massimo no le dijo nada al respecto.

Viajaron en automóviles, por una carretera inmensa y en menos de tres horas se encontraron en la ciudad de Nápoles: hogar de Massimo y de sus amigos. Irina no lo sabía, pero nada más llegar a la ciudad costera el pelirrojo Toni fue a saludar a su madre y todos se vieron obligados a quedarse a almorzar. Excepto el otro grupo que viajaba de escolta, los ángeles guardianes que se quedaron afuera montando guardia.

La casa estaba en un barrio muy pintoresco y antiguo, lleno de calles de piedra como en uno de esos pueblitos medievales que había visto en Milán y Florencia. En el pasado había recorrido Italia con su hermano, era un país maravilloso, donde lo antiguo y moderno convivía perfectamente, dónde ciudades grandes como Milán tenían sus lugares naturales de ensueño.

Entró en la casa siguiendo a Massimo, que de inmediato saludó muy afectuoso a la madre de su amigo, una italiana de cabello oscuro y cara redonda y amable, sus ojos redondos casi negros la miraron con fijeza.

—Oh ella... ah sí... es mi esposa Isabella.

¿Su esposa?

Irina pensó que bromeaba, que en ese lugar debían ser tan anticuados que no se atrevió a decirle que era su novia. ¿O sería por temor a que esa mujer la reconociera del informativo?

La italiana sonrió de oreja a oreja.

—Oh, qué bella ragazza. Massimo, ¿te has casado con ella? —dijo y casi se emocionó mientras abrazaba y la besaba.

—Oh qué bella, parece extranjera... rusa tal vez—insistió la mujer.

Toni intervino.

—Sí, il mio amico è molto fortunato—dijo

Afortunado, eso dijo que era. Pero Massimo no tomó a bien el cumplido y le dio un suave empujón.

—Eh tú deja de mirar a mi esposa o te daré una paliza—le dijo en broma y en serio.

Todos rieron excepto Tonio que tomó la amenaza muy en serio.

Massimo tomó su mano protector.

—Lo siento signora Arezzo, pero debemos irnos con mi esposa ahora... somos recién casados ¿sabe?

La mujer le dio un golpe suave en la cabeza.

—Bueno, vamos...—dijo —Querrás estar a solas con tu bella esposa

y mi hijo estorba, ¿no? Todos estorban... felicidades Massimo.

—Gracias...

Salieron de la casa y subieron al auto que arrancó a mucha velocidad.

Toni se quedó con su madre y ellos fueron a un edificio antiguo dónde Massimo estuvo cerca de veinte minutos. Irina se quedó en el auto impaciente, sin saber qué pasaba. Se preguntó si tal vez...

Si podría intentar escapar aprovechado ese descuido, pero... No podía hacerlo sin más, debía planearlo y...

Buscó en su bolso algo para retocarse el maquillaje usando el espejo del auto cuando de pronto notó que dos de los amigos de Massimo la miraban atentos a todos sus movimientos. Habría sido más que estúpida si hubiera intentado escapar, pero... Revisó su bolso y notó que no había ni una moneda ni tampoco sus tarjetas. ¿Acaso la habían robado en el hotel?

Comenzó a chillar histérica y los italianos se miraron y dijeron algo.

Pero ella no iba a dejar ese asunto sin resolver y cuando Massimo regresó y dijo que irían a almorzar le contó lo que había pasado.

—¿Así? Oh, qué ladrones tan desvergonzados—dijo.

Irina estaba al borde de las lágrimas y lo miró con rencor, porque no parecía nada afectado ni tampoco preocupado.

—Pero preciosa, ¿para qué quieres dinero? Solo pídele a Massimo,

que Massimo te compra lo que quieras—dijo entonces dedicándole una sonrisa.

Ella no respondió, no podía decirle para qué quería el dinero.

—Ahora iremos a almorzar, luego te llevaré de compras.

Irina recordó algo entonces y le preguntó por qué le había dicho a la madre de Tonio que era su esposa. Massimo la miró con esa sonrisa radiante.

—Porque es verdad, muñeca rusa... mamushka—le respondió él mirando sus labios.

—¿Qué has dicho? —dijo ella con un hilo de voz.

—Bueno, estamos casados sí... con dinero todo se puede preciosa, solo que en realidad no eres tú sino con tu nueva identidad. Isabella Laura Morelli. ¿Te agrada el nombre?

—¿Quieres decirme que conseguiste una licencia y que nos casaron sin pisar siquiera pasar por la oficina de la alcaldía?

—Sí... pero lo importante es que te conseguí nuevos documentos preciosa, eres libre ahora, ya no te dirán que eres la hermana de un prófugo ni podrán involucrarte en ese triste asunto.

—Entonces ¿por eso hiciste desaparecer mis tarjetas y mi pasaporte? No podías hacer eso, debiste consultarme.

Massimo detuvo el auto frente a un restaurant y sonrió.

—¿Consultarte? ¿Y qué esperabas que hiciera? Las tarjetas serían usadas para rastrearte boba, ¿es que tú no piensas? Es lo primero que usa la policía para rastrear a alguien, cámaras de seguridad, la hora y el lugar, la tarjeta dice todo de nosotros. Y si realizas alguna compra hay una cámara por si no lo sabes, todo queda filmado.

Tenía razón, ya no era Irina Petrov, era ese nombre que había dicho él: Isabella Laura Martelli... qué nombre tan extraño. Pero no estaba dispuesta a rendirse, ella no era Isabella sino Irina.

—Entonces si mi nombre es falso entonces la boda también debe serlo además... Acabas de decirme que todo fue arreglado, que estamos casados y ni siquiera di el sí ni tampoco... Pude lucir un vestido de novia ni tuve un banquete... no fue más que un papel firmado.

—Bueno ¿y qué esperabas? No había tiempo, lo lamento. Además, son dos cosas distintas. Nuestra boda sí es legal, por supuesto que lo es, tengo el acta, la libreta de matrimonio... Pero no temas, nos casaremos en cuanto lleguemos a casa de mi tío. Habrá una ceremonia religiosa y podrás lucir un vestido blanco de novia si quieres...

Irina se quedó enfurruñada y su enojo solo disminuyó luego de probar el postre de chocolate que era una especialidad de la casa. Una tarta helada de chocolate negro y cerezas y helado de crema. Delicioso.

Era todo tan raro para ella, estaba casada con el italiano, pero en realidad no había tenido una boda ni mucho menos una noche de bodas ni tampoco un pastel, un vestido blanco ni un banquete... estaba al borde de las lágrimas, porque pensó que debía ser el momento más feliz, el más importante de su vida y él lo había convertido en un mero trámite, como cuando vas a sacarte el pasaporte o la licencia de conducir.

—Bueno, ¿entonces quieres una fiesta? Pensé que ni siquiera querías casarte conmigo—la voz del italiano la despertó de sus pensamientos. Estaba mirándola con detenimiento y cierta expresión pícaro, de bribón.

—Es que no puedo creer que lo arreglaras todo así... como si cualquiera pudiera casarse sin boda, sin fiesta, como un trámite cualquiera.

—Pues sí se puede, hay que mover influencias por supuesto. Yo lo hice, era necesario, ya te dije por qué.

Irina suspiró. Lo más triste de todo era que tenía razón, ella ni siquiera quería esa boda, tal vez por eso lo había hecho así, sin decir nada, mientras recorrían alegremente Italia. En alguna de esas ciudades debieron darle la licencia, el acta matrimonial y también su nuevo pasaporte.

—Pero ya no tienes que decidir nada rusita, lo hice todo por ti. Espero que no te moleste.

—Es muy extraño, todo esto es...

Se ruborizó al sentir su mirada. Era su marido ahora pero no había dicho nada de que durmieran juntos. Bueno sí habían compartido la cama en el hotel, pero nada había pasado. Pudo reclamarle, exigirle y sin embargo no lo había hecho.

—Bueno, ya te adaptarás. Te adaptaste muy bien a nuestra forma de vida, costumbres, solo debes seguir como hasta ahora y...

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó inquieta. Sus ojos grises titilaron, eran inmensos y él pensó que eran tan hermosos.

—No lo he decidido todavía—fue la enigmática respuesta—. Supongo que eso dependerá de ti, de nosotros ¿verdad? Cuando una pareja de enamorados se casa, creen que estarán juntos para siempre, pero cuando una pareja de extraños se casa: realmente no tienen idea de lo que les deparará el destino. Tal vez termine enamorándome de ti ragazza, en realidad me gustas mucho ¿sabes? —dijo tocando su mano con suavidad mirándola con aire soñador.

Zalamerías de galán italiano, todos eran iguales, cariñosos y seductores, decían palabras bonitas para lograr su objetivo y después...

Nunca había llegado al después y en esos momentos habría deseado tener esa charla en privado, como recién casados, en vez de tener que soportar la “inefable” compañía de los otros tunantes. Todo el tiempo estaban

allí, vigilando, armados hasta los dientes (o eso imaginaba ella) y molestando. ¿Acaso también se mudarían a la villa?

El momento de intimidad pasó cuando sonó su celular y tuvo que alejarse y Irina miró a sus amigos que conversaban y bebían.

No tenía dinero ni tampoco su pasaporte. Era como una ilegal. Menos que una ilegal porque si decía su nombre la apresarían... solo tenía a Massimo ahora, y una boda que en realidad nunca había sido celebrada. Un papel firmado, no, un papel falsificado a cambio de algún dinero, con falsos testigos y alguien que había firmado por ella. Una boda falsa que luego sería celebrada para contentar al tío Giuseppe.

Lo peor era entender que estaba en sus manos, que sin ese maldito pasaporte, sin algún papel que dijera quién era, sin sus tarjetas... ¿qué demonios podría hacer en Italia? ¿En cualquier parte del mundo?

Y sin su celular se sentía desamparada, ¿pues a qué teléfono la llamaría su hermano? ¿Dónde estaba Nicolai? Él había prometido que la buscaría, pero... a medida que pasaban los días la esperanza de que eso ocurriera se desdibujaban y ahora...

Se levantó incómoda, tuvo como un impulso de escapar, no sabía por qué, pero se alejó y sintió que los italianos la seguían y quiso correr. Desaparecer como en esa película absurda en la cual todos desaparecían...

Y cuando llegaba a la puerta tropezó con Massimo y casi cayó en sus brazos porque la atrapó.

—¿Qué pasa, principessa? ¿A dónde vas? —quiso saber.

No pudo responderle, estaba temblando.

—Quiero salir de aquí, quiero regresar a mi casa por favor. Mi pasaporte.

—¿De veras? Pues temo que no será posible ahora, eres mi esposa.

—¿Tú esposa? —repitió incrédula.

—Sí, mi esposa, mi familia... la madre de mis hijos.

Esas palabras parecían una parodia, una burla.

—Mientes... dices eso para embaucarme, para que crea que es verdad, pero no lo es. Ni siquiera hubo una boda, un banquete, nada...

—Lo tendrás Irina, lo prometo. Pero cuando haya fiesta, cuando cumpla mi promesa quiero que te conviertas en una esposa y compartas conmigo algo más que un beso.

Los ojos de la joven brillaron de forma salvaje, sabía que quería sexo, tal vez lo había querido desde hacía mucho tiempo atrás, cuando visitaba el apartamento como uno de los amigos más cercanos de su hermano y se reunían a conversar en secreto. Sus ojos casi negros la miraban con lujuria como la miraban ahora.

—¿Capisce? —preguntó Massimo.

Irina asintió temblando y él selló ese pacto con un beso apasionado, duro y exigente, allí, cerca de la puerta del restaurant ante la mirada atónita de unos turistas extranjeros que dijeron “italianos”. Irina olvidó por completo dónde estaba, ese hombre era fuego, era algo suave, dulce, intenso, viril como todos lo de su tierra... Machos tan guapos y ardientes. Vaya, cuánto había tardado en encontrar un marido y aún ahora sentía que en realidad no lo era porque su nombre no era ese que él había mencionado.

El teléfono de Massimo sonó entonces y lo vio mirar el número y ponerse tenso.

Corrió fuera de la habitación para hablar.

Irina notó que abandonaba la habitación y permaneció alerta, pero su voz se oía lejana y no podía entender nada de lo que decía. No entendía por qué hacía eso, por qué algunas veces se alejaba para hablar como si no deseara que ella escuchara lo que estaba diciendo. ¿Alguna novia escondida pidiendo explicaciones? Bueno ¿y por qué tenía que ser una mujer? Pues porque él dijo que salía con mujeres en Milán, que le gustaban porque eran bonitas, sofisticadas y “placenteras”.

¿Y por qué no escogió a una sureña? Ella podía equivocarse, en ocasiones le costaba entender lo que decían, tuvo la sensación de que haría

mal ese papel y casarse solo para que él cobrara una herencia y luego sentirse nuevamente sola y sin nada...

Pero tendría su libertad, sería nuevamente libre, ahora no era más que una joven extranjera requerida por las autoridades, acusada de algo que no había hecho, una prófuga... ¡Qué horrible que era eso! No quería pensar, quería despertar y sentir que el peligro había pasado y estaba a salvo, solo eso.

\*\*\*\*\*

Llegaron a Nápoles al día siguiente a un lugar hermoso con una vista magnífica de mar y praderas y personas que se vestían de forma algo extraña, mujeres de larga falda como si... Como si fueran de otra época. Caballos, y a lo lejos cabras, ovejas y la casa. Todo era tan bonito y pintoresco.

Massimo sonrió y observó el paisaje extasiado.

—¡Ah qué belleza! Quiero que me entierren en esa colina, siempre lo he dicho—exclamó.

Sus amigos sonrieron sin decir nada mientras todos lo saludaban a su paso y él tomaba su mano.

—Recuerda lo que te dije ragazza, ni una palabra en ruso, niente. Si no sabes algo no respondas, mejor será que no hables hoy para que no sé dé cuenta del acento. Mi tío es un diablo astuto. Diremos que hemos venido a

casarnos aquí, y que te crió una tía y murió y eres huérfana.

Irina miró a su alrededor aturdida preguntándose si podría escapar.

Debía intentarlo, tenía pasaporte y una nueva identidad, podría largarse con el dinero que tenía guardado en su maleta.

Su mente desesperada hacía planes, planes descabellados que esperaba llevar a cabo en esa villa campestre.

La casa en la colina era muy antigua y no... No parecía un lugar próspero sino pobre, bueno ella no conocía cómo eran las casas en la campiña napolitana, pero... vio muchas tierras sí, un valle hermoso y el mar, una vista magnífica.

Al entrar en el vestíbulo apareció una mujer joven de cabello muy oscuro y enrulado y una mirada nada amistosa. Miró a Massimo y luego a ella como si fueran intrusos.

—Gretta, aquí estoy con mi esposa, mira qué guapa es, es muy guapa verdad.

Esa frase la escucharía durante días, Massimo no dejaba alardear de que era bonita y muy rubia. Su esposa, suya...

Su tío Giuseppe la miró con fijeza sin decidirse a saludarla.

—Vaya, una chica del norte, rubia como alemana... Siempre te han gustado mucho las rubias, recuerdo cuando tenías dos novias aquí, hace años

—señaló.

Era un hombre alto, fornido, de piel cetrina y ojos negros, muy parecido a Massimo, pero con treinta años más. Allí estaba el tío solterón, el tío rico Macpato, rodeado de sobrinos, pero demostrando a las claras que Massimo era su predilecto. Casi ignoraba a los otros o los llamaba imbéciles...

—Ah sí, el imbécil de tu primo Giulio no sabes lo que hizo—se quejó.

Sin embargo, el viejo estaba contento con el regreso de su sobrino y también con que lo hiciera casado.

—Bueno, al menos tiene carnes y es muy guapa, te dará hijos fuertes... Sabes, me recuerda a una chica alemana que conocí hace años... ¿Cómo dijiste que se llama?

El tío Giuseppe no tenía reparos en hablar frente a ella, hacer preguntas a su marido sobre su familia y demás, porque no esperaba ni le interesaba que respondiera por sí misma.

—Isabella Morelli, tío—respondió Massimo paciente.

Él la observó con mirada ceñuda y luego la olvidó. Tenía asuntos mucho más importantes que perder el tiempo observando a una jovencita como ella.

\*\*\*\*\*

Pero Irina no era tonta, tío Giuseppe no le prestó ninguna atención, tenía asuntos más importantes que tratar: secretos, y se reunían a la hora de la siesta o más tarde en una habitación para conversar y hacer planes. Cosas que no podían ser buenas.

Eran mafiosos, una familia de mafiosos, pero de haberlo dicho tuvo la sensación de que le habrían dado una paliza. Gran parte de su éxito residía en el secreto, en ser y que nadie supiera que eran, manejar negocios como grandes empresarios, tener contactos en toda Italia. Así era la mafia de entonces y su hermano le había confesado que el tío Giuseppe era uno de los líderes, un eslabón de algo mucho más grande así que no era de cuidado, ni él ni su sobrino...

Observó su habitación con angustia, era una réplica a una mansión victoriana, por dentro no parecía una casa pobre como se veía a la distancia y en esa alcoba lo tenía todo: baño, toilette con muchos espejos, dos roperos y olía a ... A lilas y rosas. Alguien había puesto un ramo de rosas frescas en dos jarrones.

Se acercó a la ventana y observó el paisaje pensando por qué Massimo se había casado con ella, su tío parecía sorprendido y no era tonto, de inmediato supo que ella tenía sangre extranjera y lo único italiano era su nombre. Un nombre falso.

Nada más llegar, se vio sola, en un rincón de la mesa, sentada junto a las otras mujeres que la miraban con fijeza. Las primas de Massimo y dos tías, una viuda y una solterona no parecían tenerle ningún aprecio. Aunque su cara de vinagre era natural, tuvo la sensación de que al mirarla se ponían más feas y arrugadas.

Su nuevo marido se perdió por la hacienda y no regresó hasta la hora de la cena y luego en esa habitación para llevarla a la cama con besos...

—¿Os agrada villa Ana, preciosa? —preguntó mientras besaba su cuello.

—Sí, es un lugar muy bonito. ¿Pero cuánto tiempo nos quedaremos?

Él sonrió.

—Esta es mi casa ahora, mamushka. Pero nos quedaremos un tiempo, luego iremos a Roma.

—Pero ¿y dónde están tus padres? —quiso saber.

Esa pregunta le tomó por sorpresa y dejó de sonreír.

—Mi madre murió hace cinco años y mi padre la abandonó... Tío Giuseppe nos crió, fue el único padre que conocí en realidad. Alegre, divertido, nos enseñó a ser hombres mientras que mi padre biológico era un bueno para nada, sedujo a mi madre por su cara de galán, pero no quería trabajar, quería vivir a costillas de su suegro...

—Lo lamento, perdona... No sabía de tu madre, pensé que...

—Bueno, ella fue dulce, cariñosa, siempre horneando pasteles y tarta de frutas, nos leía cuentos... Creo que mi tío que en realidad es mi tío segundo, quiso reparar el mal que hizo su pariente. Aquí está mira...

Irina vio el portarretrato de una joven de cabello oscuro y ojos color miel muy bonita, la madre de su marido, allí estaba de joven y él la había puesto en un lugar principal. Su esposo no se parecía a ella sino a ese tío primo de su padre, era idéntico.

—Ahora ven aquí, creo que ya es hora de que seas mi esposa de verdad—le susurró.

Sabía que era inevitable, era parte de su trato, ser su esposa un tiempo y sabía que luego le daría la libertad. Sería libre para regresar a su país o ir a donde quisiera con su nuevo nombre, su nueva vida.

Era un trato justo, pero...

Estaba nerviosa.

Y cuando comenzó a acariciarla lo detuvo.

—Aguarda, yo... nunca he estado con un hombre—dijo temblando.

Tenía que decírselo.

Massimo sonrió y volvió a besarla.

—Lo sé preciosa, tu hermano me lo dijo.

Se miraron en silencio y entonces él le respondió:

—No temas, sé cómo tratar a una mujer y no te haré daño. No lo haré.

Ella confió en sus palabras y se dejó arrastrar hasta la cama mientras la desnudaba con prisa.

Besaba tan bien, o tal vez era el vino que había bebido pero lo cierto es que deseaba hacerlo. Durante años había soñado ese momento y deseaba que fuera con un hombre que la amara o su esposo. Pero los chicos italianos sólo querían divertirse, era una realidad, ninguno quería algo serio ni duradero.

Pero Massimo era su esposo, se había casado con ella para ayudar a su hermano o porque necesitaba una esposa un tiempo para que su tío lo nombrara su heredero. Era un trato. No era del todo real y, sin embargo, cuando atrapó sus pechos y comenzó a succionar de sus pezones tembló, húmeda de deseo. Quería que lo hiciera. Y al ver ese pene inmenso apuntando a sus piernas se excitó aún más y comenzó a acariciarlo despacio, a tocar su dureza y suavidad.

Él suspiró al sentir sus caricias y le pidió que se lo besara.

Sabía de esas caricias, pero no se atrevió. Si lo hacía pensaría que era una ramera y...

—No debes tener vergüenza principessa, eres mi esposa y quiero sentir tus caricias. Ven aquí rusa, tienes un tesoro maravilloso... déjame llenarte de besos mamushka por favor...—dijo y al ver que vacilaba se inclinó y comenzó a darle sexo oral.

Ardiente, salvaje y desesperado. Su boca se posó en los pliegues de su sexo como una ventosa, como si conociera muy bien el camino.

Irina gimió al sentir esa lengua inmensa dándole caricias húmedas y cerró los ojos, cerró los ojos mientras él la empujaba suavemente a su miembro.

La guió despacio y ella rendida y excitada, sintiendo que volaba lo atrapó en su boca y comenzó a lamer, a envolverlo con caricias, a chupar luego con fuerza, cada vez más excitada por sus caricias.

Pensó que se volvería loca, el clímax estaba próximo su lengua era como su pene allí, rozando sus partes sensibles.

Hasta que su lengua de fuego fue reemplazada por su pene y ella lo abrazó con fuerza, se moría por hacerlo.

Su esposo estaba tan excitado que poco antes había sentido que su pene se humedecía y ahora, entraba con un poco de dificultad en su vagina que a pesar de la humedad y excitación se sentía estrecha.

Le costó un poco entrar, pero luego fue cediendo, ella se moría por

sentirle dentro y saber qué se sentía, cómo era ser tomada por ese guapo italiano.

Gimió de dolor al principio, pero él no pudo parar y ahogó sus quejidos con besos mientras la apretaba contra la cama y abría un poco más sus piernas para introducir su miembro grueso en su vagina.

—Calma preciosa, ya pasará... el dolor pasará y luego nunca más te dolerá—le dijo al oído.

Irina soportó el dolor y se quedó tiesa. Sólo quería que acabara y la dejara en paz, era muy estrecha y su verga muy ancha, no muy grande pero sí ancha y cabezona y eso debió ser lo más doloroso.

Además, estaba muy excitado, su canal lo aprisionaba y excitaba podía verlo, y sentir cómo gemía. Una y otra vez se la folló hasta abrirla, hasta que su vagina se rindió y el dolor se esfumó. Entonces pudo disfrutar más de esa cópula.

Estaba muy dura cuando la llenó con su humedad, cuando sintió que la inundaba de semen y pensó angustiada que no se había cuidado.

Ni siquiera lo habían hablado.

—Massimo, tú... no te cuidaste—le reprochó.

Él siguió rozándola mientras callaba sus protestas con besos y nuevas embestidas. Todavía no había terminado, estaba muy dura todavía y al

parecer lo haría otra vez.

—Luego veré eso mamushka, lo prometo...—dijo al fin y siguió rozándola.

—Eres tan deliciosa preciosa, debo agradecerle a Dios que me enviara una esposa tan hermosa—dijo.

Irina se sintió extraña y cuando todo terminó sintió deseos de llorar.

Él la había excitado sí, empujado a hacerlo, era su marido y fue muy tierno en realidad, tierno y sensual y le gustó. Lo hicieron cuatro veces.

Cuatro veces la llenó con su semen y su vagina quedó tan llena que quiso escapar para lavarse, pero él no la dejó salir de la cama.

—Hace mucho frío, ven, vas a resfriarte.

—Pero necesito lavarme.

—Al diablo con eso, eres mi mujer ahora y quiero que te acostumbres a tener mi semen en tu cuerpo, porque lo tendrás siempre—le dijo al oído.

Ella lo miró confundida y él la abrazó, la abrazó y de pronto sintió que su cosa gruesa se introducía en su vagina otra vez. Rayos, era un semental, ese italiano debí ser una especie única de súper macho. Siempre la tenía parada y esa noche...

—Esto te ayudará a que te duermas—dijo él y rió al ver su

desconcierto.

Se sentía llena de él, llena de su miembro y tan húmeda.

Pero ahora ya no tenía miedo, le gustaba y lo abrazó con fuerza cuando cayó sobre ella y siguió rozándola otra vez hasta hundirla por completo, sintió que lo hacía que por cuarta vez la llenaba con su semen mientras gemía de placer. Entonces lloró y se quedó inmóvil, exhausta, incapaz de dar un paso más. Sintiéndole todavía en su cuerpo, ese miembro llenándola, haciéndola sentir su mujer, suya y él su marido, su hombre... nunca pensó que sería así, de haberlo sospechado... no habría esperado tanto para hacerlo. eso era el paraíso, era el cielo con las manos, pensó antes de dormirse.

\*\*\*\*\*

Los días siguientes tuvieron sexo sin parar.

Para ella era un mundo nuevo que quería descubrir, era el paraíso y lo único que la inquietaba era que podía quedarse embarazada, el sexo sin cuidados traía consecuencias. Y si quería escapar esperaba no tener algo en la barriga que complicara su existencia. Si al menos pudiera conseguir alguna pastilla...

De pronto sintió que la apretaba contra la cama hasta dejarla sin aire al tiempo que gemía y volvía a liberar su semilla en su interior. Era tan

ardiente que no se satisfacía fácilmente y se dijo que no volvería a dormir con él si no lograba una inyección o algo para protegerse de los embarazos.

“Mamushka, me encanta el perfume de tu piel “le susurró él y la miró en silencio y de pronto sonrió.

—No pienses en eso, luego te conseguiré algo, lo prometo—le dijo el italiano mirándola con expresión de lujuria.

Él siempre la convencía y no podía resistirse, ni pensar siquiera, sólo tenerle dentro de ella, allí en su rincón más apretado para luego sentirse llena, invadida, y húmeda de placer. Como una adolescente caliente y atolondrada, sin pensar nada más que en probarlo todo. Sabía que eso tenía sus riesgos.

Los días pasaron, entre sexo y más sexo, y Irina descubrió que le encantaba Nápoles. La vista al mar, esa casa antigua llena de familiares y sirvientes. Todos eran muy amables con ella y la joven se esmeraba en representar el papel de chica italiana, aunque no estaba segura de hacerlo bien.

La comida que le servían era succulenta y deliciosa, vino, ravioles, espaguetis, deliciosos quesos, todo bien condimentado y además pan casero. El delicioso pan casero, los biscochos, era como tener una panadería en la casa.

Comía demasiado y lo sabía, eso y el sexo hacían que durmiera más

horas que antes. O tal vez porque había aflojado la tensión, la tensión de escapar de sus perseguidores.

Trataba de no pensar en ello, pero no podía evitarlo. No dejaba de preguntarse si su hermano estaría a salvo e iría a buscarla un día o sería ella quien tendría que hacerlo. Si al menos tuviera la certeza de que estaba a salvo como ella lo estaba.

Y una mañana, mientras aprendía a andar a caballo con su marido observó el paisaje y suspiró.

Le encantaba estar allí, se sentía como si ya hubiera estado antes. Algo insólito por supuesto, pero así se sentía.

—¿En qué piensas? —le preguntó su esposo.

Irina lo miró y sonrió.

—Es un lugar maravilloso, me encanta estar aquí... han sido tan amables conmigo—le respondió.

Él respondió a su sonrisa acercándose con el caballo y dándole un beso.

—¿Acaso esperabas que fuera diferente, muñeca?

—No lo sabía... tenía miedo en realidad.

—Pues aquí estarás a salvo y como en casa. ¿Qué más puedes pedir?

Entonces ella lo dijo.

—Quisiera saber que mi hermano está a salvo, italiano. Sólo eso. Si sé que está bien entonces...

Massimo la miró.

—Cuando sepa algo más te lo diré, pero creo que por un tiempo es mejor no indagar. Él también debe permanecer escondido porque... bueno ahora puedo decírtelo preciosa pero los experimentos de tu hermano en la cura del cáncer iban a valerle el premio nobel de medicina. Su teoría era acertada y si triunfa salvará muchas vidas, pero... el cáncer mueve mucho dinero y hay personas que harían lo que fuera para impedir que haya cura.

—¿Qué? Entonces... ¿eso era lo que estaba investigando? ¿Por eso hablaba de que necesitaba hacer más pruebas y por eso lo quieren ver muerto?

—A él y a su invento. Allanaron su departamento con la excusa de que es un terrorista, lo incriminaron en una red de revoltosos soviéticos. Todo era mentira por supuesto. Pero hay otras personas que lo están ayudando. Irina, mi tío tiene cáncer y por eso yo, le di dinero a tu hermano, porque si logra salvarlo entonces... es una cura experimental, pero si resulta le alargará la vida. Y su cáncer está avanzando lentamente. Ese maldito bicho se ha llevado a muchos amigos y familiares, se expande como epidemia en Europa y en el mundo entero. Es la única enfermedad para la cual no hay cura, es decir, no hay antídoto. Sólo la quimio y la radio terapia que destruyen tus

células y te dejan como un zombi. Y ni siquiera eso es seguro. Pero si logramos esa cura, preciosa, todo cambiaría.

Irina no podía creerlo, pero ahora tenía sentido, ahora entendía muchas cosas.

—Es indignante que hagan eso, que traten de impedir la cura del cáncer. ¿Acaso no tienen parientes y amigos con esa enfermedad?

—Sí, por supuesto. Y tendrán la cura para ellos sí, pero no de forma global. Mientras los enfermos se conforman con lo que hay ahora, paliativos que a veces funcionan y otras no.

—¿Y crees que mi hermano estará a salvo, que podrá escapar y tener la cura para el cáncer?

—Recemos para que así sea, Irina, es lo que yo deseo también. Pero mientras pase toda esta tormenta deberás quedarte aquí.

Ella asintió.

Y esa noche volvieron a hacerlo. Rodaron por la cama y tuvieron sexo sin parar. Era imposible estar en la cama y no querer hacerlo.

—Necesito pastillas, ¿puedes intentar acabar afuera? —le dijo ella.

—No creo que pueda cielo. Tú me tienes prisionero dentro de ti—le respondió él.

—Pero vas a dejarme embarazada.

Él sonrió.

—¿Qué importa eso? ¿Crees que puedo pensar en bebés cuando te hago el amor muñeca rusa? No, no puedo. Pero me encantan los bebés, ¿a ti no?

—¡No bromees con eso! Los bebés no forman parte del trato.

—Está bien, no te alteres muñeca, mañana te llevaré al pueblo y te compraré unas pastillas. Lo prometo.

—Podrías usar algo llamado condón—replicó ella rencorosa.

—¿Condón? ¿Qué es eso? —se burló él y la atrajo hacia sí con una sonrisa.

Ella no entendía por qué no quería usarlo, era lo más normal del mundo y al ser interrogado él dijo que sí lo había usado antes.

—Pero no contigo, mi amor. Quiero sentirte—le confesó y la miró embobado. Luego le dijo al oído que estaba loco por ella.

Sus palabras la emocionaron. Se sintió tan extraña. Jamás imaginó que ese italiano guapo y mafioso sería su primer hombre y era algo más que eso, su primer amante y su marido. Aunque la boda no fuera más que un trato para ponerla a salvo... debía reconocer que estaba confundida. Le gustaba el sexo con él, le gustaba sentirle en su interior, sentirse llena de él, y rodeada por sus brazos y sus besos, como en esos momentos. Sólo quería evitar que la

dejara preñada pues no quería ni saber qué haría con un bebé luego de que se separaran. Porque eso no era una verdadera boda.

Rodaron por la cama y se besaron y él le dijo que era hermosa antes de sentir que la mojaba con su placer. Irina suspiró. Le gustaba cuando lo hacían, y cuando al final ella se dormía en sus brazos, era tan tierno... tal vez nunca había sentido tanto amor en su piel, ni la habían besado así. aunque sólo lo hiciera para tener lo que deseaba, aunque para él sólo fuera sexo, le gustaba y no quería pensar que lo hacía sólo por placer...

\*\*\*\*\*

A la mañana siguiente le recordó su promesa de que le consiguiera pastillas. Pastillas para evitar la concepción.

—¿Qué pastillas? —dijo mareado mientras luchaba por quitarle el vestido y sentarla en sus piernas.

—Las pastillas para evitar los embarazos, ¿es que nadie te ha hablado de la anticoncepción? ¿Nunca te has cuidado?

Él sonrió mientras lograba su objetivo: levantar su falda y llenar su sexo con su hombría que hacía rato que quería poseer ese delicioso cuerpo de rubia mamushka. “Luego te conseguiré píldoras, ni sueñes que voy a usar condones con una novia virgen, ni loco que estuviera” le susurró.

—Y por qué no? ¡No quiero quedarme embarazada ahora por favor!

puedes hacerlo, puedes cuidarte ahora.

Él rió al ver su desesperación, pero no la dejó en paz hasta tener lo que quería, allí en el sillón y luego en la cama...

—Principessa, deja de quejarte, no quedarás preñada ahora, deja de pensar en eso y disfruta, el sexo es un regalo del cielo hermosa, lo sabes? Mamushka, relájate...

Irina se enfureció, no entendía por qué no se cuidaba, era tan sencillo como levantarte, ir por un condón y olvidar el asunto. Imaginaba que todos los hombres debían usar cuando salían de fiesta.

—¿Por qué no quieres cuidarte? Crees que es justo traer un niño sin desearlo, que nazca un bebé porque tú... Piensa un poco, sé responsable. Luego me iré, regresaré a mi vida y no quiero llevarme un regalo.

Él la miró muy serio.

—¿Y qué tiene de malo que tengas un bebé? Algún día serás una madre mamushka y el matrimonio es para eso.

De nuevo se mostraba evasivo. Y lo peor era que ella tampoco tenía la fortaleza de negarse, se moría por hacerlo, siempre era así...

Pero ese no era un verdadero matrimonio y ella solo tenía veintidós años. ¿Y qué resultaría de todo eso? Le gustaba hacerlo con él, pero todo era muy incierto.

—Sé que hoy irás al pueblo, por favor, trae lo que le te pedí—le dijo al fin cuando todo terminó.

Él la miró somnoliento y feliz.

—Está bien, traeré esas pastillas, lo prometo. Sabes, es raro que no las tomaras, todas las chicas que conozco las toman.

Irina se puso colorada.

—Es que no tenía novio. ¿Para qué iba a tomarlas? Y luego todo esto de escapar y casarme contigo, fue todo muy rápido. Pero también compra algo para ti, por si acaso no encuentras las píldoras.

A media mañana la llamó a su nuevo celular.

—¿Cómo se llaman las pastillas que me pediste, Irina? —le preguntó.

Ella miraba una película policial en su habitación, hacía demasiado calor para dar una vuelta y se sentía desganaada.

—No lo sé, pide píldoras anticonceptivas, que sean las mejores. No sé cómo se llaman, pero en la farmacia han de conocerlas.

—Es que la chica de la farmacia dice que hay muchas marcas y que deberías consultar a un médico porque podrían hacerte mal.

—Oh no le hagas caso, compra cualquiera, cualquiera que sirva para lo que fueron creadas: evitar los embarazos.

—¿Y qué haces ahora mamushka?

—Miro tele, hace mucho calor y estoy algo cansada.

Massimo apareció una hora después con dos cajas de pastillas, ella sonrió ilusionada: esas pastillas habían sido todo un cambio en la vida de las mujeres, eran casi milagrosas...

Ahora podrían tener sexo sin parar y sin terror a que hubiera consecuencias. Leyó el prospecto y se tomó una de inmediato y mientras lo hacía Massimo no perdía el tiempo y comenzaba a besar y a acariciar sus pechos con suavidad. No dejó ni que le hiciera efecto que ya le había levantado la falda para introducir su miembro erecto y muy duro dentro de su vagina. Ella cayó medio desnuda en la cama y lo abrazó, lo había echado tanto de menos, unas horas sin verle le pareció una eternidad. Diablos, ¿qué estaba pasándole? ¿Por qué sentía que estaba enamorándose de ese italiano y no podía ni pensar en que llegaría un día en que deberían decirse adiós?

No, no podía estar enamorándose. Sólo era sexo, nunca había tenido sexo con un hombre y por eso...

Pero era tan amoroso con ella, tan cariñoso.

Bueno, tal vez todos los italianos lo fueran en la cama, fueran así de tiernos y ella pensaba que era algo especial.

\*\*\*\*\*

Pasaron los días y una noche se desató una feroz tormenta en el campo, fue tan fuerte que parecía que el mundo iba a desaparecer, nunca había visto algo semejante, sería porque siempre había vivido en la ciudad. Solo estaban ellos y sus primos y las dos tías solteras, pero debieron cerrar todas las habitaciones. Irina observó el cielo oscuro, los rayos que sacudían la casa hasta los cimientos y tembló, esa noche no podría dormir. ¿Qué pasaría con el lago, con el mar a lo lejos?

Massimo quiso encender la televisión, pero la luz se apagó de repente y ella gritó asustada.

—Hey tranquila, debe ser por la tormenta, ya vendrá... ven aquí, cálmate...

—Y qué pasará con el mar? ¿No escuchas el rugido del viento? Volará todo... No quiero morir...—respondió ella aterrada.

Él la abrazó con fuerza susurrándole que se calmara:

—No pasará nada, estás a salvo...

Pero ella temblaba y lloraba y pensaba que se desataría una especie de tsunami contra la casa. ¿Había terremotos en Nápoles? Porque sabía que los tsunamis eran provocados por movimientos sísmicos.

Él rió cuando le hizo esas preguntas.

—Va bene ragazza, cálmate. No hay tsunamis aquí, de veras.

Massimo sintió que lloraba y la besó y pensó que no sería mala idea aguardar a que llegara la luz y hacer tiempo haciendo el amor... No había nada más placentero que eso. Pero antes debía tranquilizarla un poco...

—No llores, el mar está muy lejos y aquí es un lugar alto, no llegará el agua y este viento... provocará algunos destrozos y nada más.

La luz regresó y ella lo vio sonreír de forma extraña.

—Ves? Todo se arregló... Regresó la luz.

Irina corrió a mirar por la ventana y se asustó al notar que la tormenta continuaba afuera y un viento movía los árboles como si fueran muñecos.

Y él aprovechó su terror para llevarla a la cama y comenzar a jugar.

—Ven aquí preciosa, tengo algo que va a calmarte de inmediato— dijo liberando su miembro erguido y rosado.

Ella lo miró nerviosa, pero cambió de opinión al ver que su marido se lo masajeaba y pedía mimos. Y ella quería dárselos. Había aprendido a hacerlo y pensó que luego tendría su recompensa.

Sintió que su marido gemía al sentir sus caricias, cuando ella lo envolvió con su boca hambrienta y comenzó a lamer despacio. Sí, lo estaba haciendo muy bien y avanzó un poco más.

\*\*\*\*\*

La tormenta provocó varios destrozos en los alrededores, muerte de

animales y la zona costera quedó inundada. Pero lo más raro ocurrió a media mañana cuando alguien le avisó a Massimo que una pared de yeso del cuarto de su madre se había venido abajo.

Él fue y ella lo acompañó porque siempre que estaba en la casa lo seguía a todas partes. Massimo había pasado la mañana recorriendo las tierras con sus hermanos y su tío a caballo y al regresar la buscó para hacerle el amor, la otra noche Irina se había mostrado más receptiva y quería aprender, disfrutar esos encuentros, no quería por rebeldía convertirse en una mártir que se entregaba a él por obligación... él debía enseñarle y ella aprender... así que habían pasado una mañana en la cama haciéndolo sin prisa y fue mucho mejor, su cuerpo comenzaba a despertar, a estremecerse cuando él cambiaba de posición o llenaba de besos su vientre. Le gustaba mucho hacer eso, no sabía por qué, pero si lo dejaba podía pasarse horas con esos besos y caricias húmedas...

Así que luego del almuerzo, cuando un empleado le avisó del derrumbe Massimo fue y Irina lo acompañó y fueron de la mano, riéndose.

Jamás imaginó que ese derrumbe provocaría un hallazgo que para él fue dramático. Un diario, cartas de su madre y revelaciones que lo dejaron en shock. Furioso y avergonzado.

—Qué sucede?

Sus ojos eran como dos llamaradas de odio, pero no estaba enojado con ella, sostenía algo en sus manos, una especie de diario que había estado leyendo y sus manos se cerraron y golpeó con odio la pared de yeso, la golpeó hasta que las manos le sangraron y sin decir ni una palabra salió de la habitación.

Luego oyó los gritos de Massimo, se armó una trifulca de la cual no pudo entender palabra porque cuando ellos querían ocultar algo lo hacían a la perfección, empleando un dialecto del sur que solo los lugareños lo conocían.

No hizo preguntas, asustada corrió a encerrarse en su habitación porque de pronto tuvo miedo, nunca había visto a su marido así. Bueno, sabía que esos italianos eran locos y temperamentales, su hermano se lo había advertido hacía tiempo. “nunca pelees con nadie en la escuela Irina, ni aún con una chica y mucho menos con un hombre porque los italianos son gente loca y violenta, lo mismo te mata solo para demostrar que ellos tienen la razón. Son tercos como mulas”.

Luego oyó gritos, golpes y cuando se asomó a la ventana vio a Massimo correr en su caballo negro a toda prisa como un endemoniado y se asustó. Imaginó que había peleado con su familia, pero no tenía ni idea de lo que había pasado, no quería husmear, pero de haberlo deseado tampoco habría entendido una palabra de lo que decían.

Salió de su habitación inquieta, tuvo miedo de que algo le pasara y

cuando llegó a la puerta principal se encontró con una de las tías.

—Massimo salió, el terreno está inundado—fue cuanto pudo decir porque en esos momentos le costaba mucho hilar una frase en italiano.

La anciana hizo un gesto de rabia.

—Déjalo, sabe cuidarse, regresará más tranquilo, ya verás...

—Pero es peligroso—insistió ella.

Y fue a buscarlo, tuvo miedo de que le pasara algo, era su marido, su amante y todo lo que tenía.

Pensó que había sido una pelea familiar y no le importó que la miraran a su paso como si estuviera loca. Caminó un buen trecho hasta que sus zapatos de cuero se llenaron de lodo y de pronto se sentó en un tronco a descansar.

No le llevó mucho tiempo comprender que estaba en medio del bosque, perdida, y por más que llamó a Massimo tuvo la sensación de que estaba en el medio de la nada en un lugar dónde los sonidos dejaban de escucharse. El silencio era absoluto y estaba cansada, le dolían las piernas pues hacía tiempo que había dejado de hacer deporte.

Buena la había hecho: su marido furioso, ella perdida en el medio de ese pastizal...y empezaba a oscurecer. Hacía frío y esa humedad empezaba a calarle los huesos, no había llevado abrigo. Se acurrucó contra el árbol y se

durmió sin darse cuenta y tuvo sueños extraños, soñó con su hermano, su hermano quería decirle algo importante, estaba buscándola y...

Massimo estaba furioso, no solo acababa de hacer un descubrimiento que lo había dejado en shock al regresar supo que Irina había ido a buscarlo y no había regresado. No estaba en ninguna parte y nadie la había visto. Ella no conocía la hacienda y podía perderse. Estaba frenético y su rabia iba en aumento. ¿Acaso habría intentado escapar?

Y entonces la vio, abrazada a sus rodillas y dormida como un ángel, diciendo algo que no lograba entender que debía ser ruso, hasta que oyó Nicolai y su expresión cambió.

—Allí está tu novia, estaba más cerca de lo que pensamos.

Las linternas iluminaron a Irina que abrió los ojos y miró aturdida para caer en los brazos de su esposo italiano que la miraba con una expresión de celos y rabia que no logró entender.

—Estás bien? ¿Te lastimaste? ¿Qué hacías ahí?

Ella se refregó los ojos porque le ardían, esas potentes linternas no dejaban de alumbrarla y no podía ver nada.

—Fui a buscarte porque te vi en el caballo y pensé que podrías lastimarte.

Él la subió a su caballo y rió.

—¿Lastimarme? Vamos. Tú pudiste lastimarte pedazo de boba, no conoces este lugar y la marea crece de noche.

La joven se sonrojó con la reprimenda, pero la cosa no terminaría allí, luego de llegar y darse un baño él aguardaba en su habitación con una bandeja que parecía deliciosa. Ella vio el plato térmico entreabierto que olía a laurel, y otros condimentos y suspiró, estaba hambrienta, pero de pronto vio a su esposo que la miraba furioso y se quedó desconcertada.

—¿Intentabas escapar de mí? Le dijiste a mi tía que te ibas a dar un paseo, ¿dónde está la maleta que llevabas?

—Massimo. ¿Qué estás diciendo? No llevé ninguna maleta.

—MI tía vio que tenías algo.

—Tu tía?

—Dijo que te vio alejarte con una maleta pequeña.

Irina no tardó en comprender lo que pasaba. Claro, esas mujeres la odiaban, se reían de la chica rubia extranjera que hablaba mal italiano y no era de esas tierras y ahora no perdían oportunidad de acusarla de intento de fuga.

—Tu tía miente, puedes revisar esta habitación, no falta ninguna maleta, no hay ninguna ropa fuera de lugar.

Esas palabras lo sorprendieron como si no las esperara.

—Y por qué mi tía mentiría? Intentaste escapar y como no pudiste te escondiste en ese árbol.

—Y qué pasó con la maleta? ¿Viste alguna maleta Massimo? ¿A dónde iría? ¿No te das cuenta que es absurdo? No tengo a dónde ir, pero si quieres que me vaya... me iré.

—Vuelve aquí, ¿a dónde vas? Deja eso. No intentes cambiar las cosas, ¿por qué te fuiste hoy?

—Porque te vi mal y pensé que, ese caballo corría desbocado y podrías ...

Irina lloró y él recapituló, comprendió que los nervios de ese día, la tensión y la rabia amenazaban con volverle loco. corrió a abrazarla, a besarla y apretarla contra la cama.

—Escúchame Irina, no vuelvas a salir así, si me ves irme déjame, sé manejar mis asuntos solo. Quiero que me lo prometas.

—Y por qué pensaste que te había abandonado? ¿Por qué piensas mal de todo el mundo Massimo? Primero me raptas, ¿haces que me case contigo y luego me acusas de querer abandonarte? ¿A dónde crees que iría? No tengo a nadie ahora, solo a ti. Y tu tía debe odiarme, todos aquí me desprecian porque no soy de aquí.

Él secó sus lágrimas y la besó. —Calma mamushka, tranquila, te

creo... Hablaré con mi tía, fue muy feo lo que hizo, vieja bruja. Ven aquí, deja que me calme un poco, hoy parece el día del demonio preciosa, todo parece ir de cabeza...

Ella se rindió a sus besos y respondió a ellos a pesar de que estaba cansada y hambrienta, de pronto sintió que necesitaba el sexo, que quería hacerlo y se moría por sentirlo en su cuerpo y calmar esa horrible angustia que sentía. Y demonios, la angustiaba pelear con Massimo, durante semanas habían sido amantes y amigos, como si ella estuviera allí de viaje con su novio, no se hacía mucho a la idea de que estaban casados, seguía teniendo la sensación de que todo era irreal.

—Ragazza, eres tan dulce, me vuelves loco precioso... Eres mía, tan mía—le susurró mientras la atrapaba por completo contra la cama, como la primera vez que habían estado juntos. Fundidos, apretados, despertándola, convirtiéndola en mujer, en su mujer... Rozándola sin piedad, llenándola por completo atrapando su boca, sin dejar nada por poseer, nada, haciendo que estallara, que gimiera de placer por primera vez...

Pero él no la dejó en paz, estuvo horas en su cuerpo, horas haciéndole el amor hasta que terminó tendida de espaldas en un juego nuevo, porque él dijo que ella le pertenecía por completo y nada podía serle negado, nada... y él último lugar que quedaba sin explorar fue suyo, y a pesar de que fue algo raro lo aceptó porque ahora era tierno y tan cariñoso y ella no

soportaba verle enojado. Y porque ingenuamente creyó que, si le daba todo, si se convertía en una amante ardiente y satisfactoria él la amaría, o al menos no la abandonaría como tanto temía que hiciera. Estaría segura en su cama, en sus brazos y no volvería a sentirse sola, nunca más...

Algo había cambiado en ella, ya no pensaba en escapar, pensaba en aferrarse a algo que tal vez solo fuera una ilusión. No conocía demasiado a su marido, y acababa de comprender que sus familiares no la querían y su futuro era tan incierto como siempre lo había sido.

\*\*\*\*\*

Pero el malestar en la casa continuó y su esposo se despertó un día diciendo que quería marcharse de ese lugar. Las reuniones con su tío se interrumpieron y cuando comían en el comedor no se hablaban y ella era la intrusa, la tía Magda la miraba con cara de asesina y las primas de su esposo Bertha y Emy con una sonrisa burlona. Pero sin perderle pisada, siempre estaban allí, como si quisieran descubrir cuál era su secreto.

Un día notó que su esposo miraba hacia el grupo de mujeres y decía algo a su prima Emy, ella le devolvió una mirada desafiante y un gesto de “¡qué me importa!”

Pues él no se lo tomó bien, saltó de la silla y fue a increparla, Irina notó que peleaban y se sintió muy mal, no sabía qué pasaba, pero las peleas

familiares parecían reiterarse, al igual que ese malestar que ella intuía.

—Ven mamushka, vamos, iremos a comer fuera—dijo Massimo y la llevó lejos de la estancia por primera vez desde su llegada.

Tomó su camioneta y salieron sin dar explicaciones.

—¿Qué pasó? —le preguntó mientras se alejaban.

Él la miró.

—Nada... Me tienen harto esas mujeres, son unas víboras, imagino que te envidian porque eres bonita, estúpidas. Pero no solo eso, mañana nos iremos de aquí.

—Y a dónde iremos?

—A mi casa en Roma, tengo varias propiedades, ¿no lo sabías?

—Pero tu tío...

—Mi tío que se joda. Que se las arregle, de aquí en más andaré por mi cuenta, como siempre en realidad. Además esas matronas me tienen harto, tú eres la señora y te dejan siempre de lado, se burlan... Van a arruinar mi matrimonio, es lo que quieren. Todo porque no eres la novia que querían, como si tuvieran derecho a meterse en mi vida y viviéramos en el Medioevo. A mi madre tampoco la querían, porque nunca han querido a nadie.

—No te preocupes, yo no sé lo que dicen, no entiendo una palabra de ese dialecto así que si dicen cosas no me llega.

—Pero yo sí lo entiendo y estoy harto de que te hagan desplantes, que digan cosas que no son, como ese día que dijeron que te habías escapado con una maleta.

Además había reñido fuerte con su tío y no le hablaba, imaginó que era por eso.

—Y en esa casa estaré a salvo Massimo? La policía me busca, ¿lo olvidas?

Él rozó sus labios mirándola con intensidad.

—No te preocupes por eso, tienes otra identidad ahora, aunque para mí siempre serás una muñeca rusa... Mi mamushka...

Pero ella tuvo miedo, en esa estancia se había sentido segura, a pesar de saber que no era querida sino todo lo contrario, casi era una intrusa en la familia y así se lo daban a entender, pero al menos no tenía que esconderse ni temer que alguien la reconociera.

Cuando llegaron al restaurant el dueño fue a recibirlos y los saludó muy simpático, un hombre joven de cabello oscuro peinado hacia atrás y ojos muy oscuros la miró con fijeza.

—Felicidades es tu esposa, oh, qué bella... Deja que invite, que invite a los recién casados. Vamos ¿qué haces aquí? Deberías estar en un hotel amigo, de luna de miel—dijo.

Irina sonrió tentada y Massimo que también reía de las bromas le dijo:

—Deja de mirar a mi esposa o te sacaré los ojos: ¡maldito cretino!  
Vamos, tráenos la comida, estamos hambrientos.

Y tomando su mano le preguntó qué quería comer.

Ella siempre pedía lo mismo que él, le daba igual, todo le gustaba, la comida italiana era muy rica y sabrosa, especialmente la pasta así que dijo pasta rellena con salsa de queso.

Comieron unos panecillos condimentados mientras esperaban y bebieron vino, pero de pronto notó que todos los miraban y se preguntó si la habían reconocido.

—OH, no pienses en eso ragazza, cálmate, no te miran porque sepan algo... Te miran porque eres muy guapa y eso me molesta ¿sabes?

Su marido lanzó miradas asesinas a su alrededor, era muy celoso y notar que le dirigían miradas de admiración lo hacían sentir enfermo de celos.

Irina comenzó a sentirse incómoda, Massimo llegó a increpar a uno mientras atendía su celular que nunca lo dejaba en paz. Se le fueron las ganas de comer, lo hizo porque él insistió.

—Cretinos... ¿Por qué no miras a tu novia? Desgraciado.

La llegada de un viejo amigo trajo una calma provisoria pues algo de

lo que le dijo lo dejó pensativo.

¿Qué trabajo era ese tan secreto? ¿De qué vivía su esposo? Llamadas misteriosas, visitas y reuniones en la estancia... Y ese idioma que ella no entendía nada y que él también empleaba cuando hablaba por teléfono y se alejaba.

De pronto notó que miraba sus labios y sonreía.

—Vamos a casa mamushka, se me antoja probar otro postre...

Irina sonrió y él tomó su mano y la besó.

—Preciosa... —le dijo mirándola con intensidad.

Pero cuando salían del restaurant recibió una llamada que cambiaría sus planes.

—¿Qué sucede Massimo?

Algo grave, Irina lo intuía. Su tío Giuseppe acababa de sufrir un ataque y se lo habían llevado en una ambulancia a un sanatorio privado.

Fueron días de estrés y de encierro pues Massimo no quiso que ella estuviera en el hospital. Se preguntó si tal vez temía que la reconocieran. Sabía que seguía siendo buscada, aunque trataba de no pensar en eso.

Su esposo en cambio, iba todos los días al hospital. Al parecer tenían que operarlo, colocarle unas válvulas porque había sufrido un infarto y estaba muy delicado.

En la estancia se pasó en el cuarto con su oso mirando películas, atenta al teléfono, por fortuna las primas y tías estaban todos en el hospital. Tenían una casa en el pueblo así que se hicieron una maleta y abandonaron la estancia.

Sabía que se quedarían, que el viaje a Roma se vería postergado, Massimo estaba tan agotado que iba al anochecer y se dormía. Agotado y triste, afectado por la suerte de su tío pues no se sabía cómo resultaría de la operación.

En esos días fue su refugio, el abrazo y el calor de una esposa, Massimo estaba tan triste que casi no hablaba ni tampoco la buscaba con besos ni nada, llegaba, cenaban en su habitación y luego se iba a dormir porque a la mañana siguiente tenía que estar en el hospital.

Empezó a extrañar el sexo, sus bromas, su alegría de siempre, hasta sus celos... No parecía el mismo sino una sombra, un fantasma y se angustió porque comprendió que él se preparaba para lo peor.

Esa noche, sin embargo, cuando se acostó a su lado él atrapó su cintura y se quedó abrazado a ella un momento y desesperado comenzó a desnudarla como si necesitara esa intimidad más que nada en el mundo.

Irina se humedeció cuando sintió sus manos recorrerla, una simple caricia, sus manos en su vientre, en su cintura y sus pechos la despertaron y

deseó que siguiera y también responderle... él le había enseñado y también la había despertado y gimió al sentir que abría sus piernas y se deleitaba con su excitación, con su calor... en esos momentos era fuego y él hundió su boca con fuerza y separó los suaves pliegues íntimos con más besos. todo estalló momentos después y gritó, gritó y cayó exánime en la cama sin que él hubiera dejado de envolverla con sus caricias húmedas, porque quería más, quería todo y lo tendría. Y no pudo esperar a poseerla, a llenarla una y otra vez con su inmensidad y abrazarla y sentir su calor y suavidad. “Irina, preciosa... Nunca antes había disfrutado tanto con una mujer” le dijo. Era una confesión, no mentía, para él ella era perfecta, era todo lo que había soñado...

Ella sonrió.

—¿Por eso aceptaste casarte conmigo? —le preguntó.

Él se puso serio y la apretó contra la cama sintiendo que la liberación de su placer estaba cerca y ya no quería detenerlo...

—Preciosa, nadie me obligó a casarme contigo, lo hice para protegerte, le dije a tu hermano que necesitaba una esposa para que mi tío me nombrara su heredero.

Irina se puso seria.

—¿Y eso último no era verdad?

Él no dejaba de mirarla.

—No... Hace años que mi tío me nombró su heredero y acabo de enterarme por qué... Soy su hijo, su hijo ilegítimo, fruto de un amor clandestino de mi madre y ese loco que la sedujo.

—¿Entonces el tío Giuseppe es tu padre? Por eso el parecido entre ambos.

—Pues no fue fácil para mí hacerme a la idea, siempre odié a mi padre por cretino e irresponsable, por abandonar a su familia. Porque un verdadero hombre jamás actúa así. Y lo supe de casualidad, el día de la tormenta. El diario de mi madre, las cartas... Al parecer él y no mi padre fue el amor de mi madre, pero no, su familia se opuso porque mi tío tenía muchos hermanos y no tenía dinero entonces. Mi abuelo quería algo mejor para su hija y entonces apareció mi padre, o el hombre que creí mi padre que era de la rama rica de la familia y bueno, se casaron, tuvieron hijos y al final se separaron. Mi tío que era su enamorado eterno le rogó que viniera a esta casa...

—Bueno, pero tienes a tu padre y está vivo, imagino que tus padres habrán sufrido y no lo juzgues, creo que necesitas tiempo para asumir esto y luego, es un hombre mayor y su salud está delicada, no riñas con él por lo que pasó. Seguramente hizo lo que hizo porque amaba a tu madre y más que tío fue un padre para tus hermanos y para ti.

Él la miró en silencio acariciando su cabello.

—Sí, lo sé, pero no es fácil de aceptar para mí... saber que mi madre engañó a mi padre, y que llevo un apellido, que el hombre que me crio no era mi verdadero padre. Fue difícil.

Irina sonrió y él observó embelesado sus tentadoras curvas, las mejillas rosadas y pensó que habría matado a quien intentara robarle el corazón de su esposa, de su muñeca rusa y que lo que imaginaba como una fantasía, un deseo furioso y obsesivo se había convertido en algo más. Amaba a esa joven extranjera, tan dulce, tierna y apasionada y solitaria... No tenía a nadie, ni familia, ni amigos, solo a él. Tal vez con el tiempo pudiera conquistar su corazón, enamorarla, había oído decir que las mujeres se enamoraban con el tiempo. Sin saber por qué ahora soñaba con el amor, él que no creía en el amor romántico ni estaba interesado en locas pasiones, qué extraño...

Pero en sus brazos se sentía pleno, sentía que podía hacerle el amor sin parar y siempre deseando más. Sin embargo, entre ambos había ciertos silencios, ciertos secretos que no debían salir a la luz, cosas que era mejor dejar bien guardadas...

De pronto la vio dormirse en sus brazos, cubierta apenas con su larga cabellera rubia, hermosa y cálida buscó refugio en su pecho y él la apretó despacio cubriéndola con su cuerpo y la manta acolchada. Sonrió al ver al

oso Aleksí en el suelo mirándolo con fijeza, tal vez nada contento con la nueva situación pues al fin había conseguido desterrar al oso y lograr que fuera él su peluche...

\*\*\*\*\*

El tío Giuseppe estuvo dos semanas en cuidados intensivos luego de la exitosa operación y luego, Massimo decidió postergar su viaje a Roma un tiempo más mientras manejaba sus asuntos desde la estancia. La recuperación sería larga, pero al menos estaba fuera de peligro, solo que debía dejar el cigarro de forma urgente, algo con lo cual no estaba de acuerdo.

Irina procuró hacerse útil en la casa, acompañar al anciano de vez en cuando, pero sin dejar de seguir a Massimo a todas partes.

Una mañana sin embargo notó que algo pasaba, se había dormido y un sol intenso inundaba la habitación, era un día hermoso de finales de verano, espejado, sin una nube. Corrió a darse un baño y lo primero que hizo fue buscar a su esposo. Se sentía algo pesada y somnolienta por haber dormido tanto y cuando lo encontró supo que algo no andaba bien.

Era imposible no enterarse, en la televisión no se hablaba de otra cosa de la muerte de Nicolai Petrov, su hermano en un accidente de autopista en París. Estaba en Francia, había huido a ese país y también encontrado la muerte.

Massimo se acercó y la abrazó y ella no pudo llorar ni moverse, estaba en shock, su hermano, tan joven... alguien debió matarle, ese accidente, de solo ver el auto con todo retorcido y luego su fotografía se sintió mal, descompuesta.

—Ven preciosa, vamos a la habitación. Tranquila...—dijo.

Ella lo miró aturdida y desesperada y sin decir palabra se desmayó.

Las tías que presenciaron la escena se alarmaron.

—Llévala a un médico sobrino, esos desmayos pueden ser del cerebro que funciona mal—dijo Bertha visiblemente preocupada.

La joven estuvo días en shock, llorando, pidiéndole a su esposo que la llevara a Francia...

—No puedo hacer eso y lo sabes, sería muy peligroso, tal vez esperan que vayas para atraparte.

Ella lo miró desesperada, pero por mucho que imploró no pudo ir a Francia a despedirse de su hermano, no hubo forma de convencer a Massimo, se mostró firme, inflexible.

Riñeron.

Irina intentó abandonarlo, estaba tan deprimida que una mañana tomó su oso, su maleta y dijo que quería irse, regresar a Rusia con los parientes que le quedaban.

Él pensó que estaba loca, ¿cómo haría para llegar a Rusia, sin dinero, sin pasaporte?

—Deja esa maleta Irina, no irás a ninguna parte. Prometí a tu hermano que cuidaría de ti y eso era lo que más lo angustiaba, porque se sentía culpable de la vida que habías llevado por su culpa. ¿Crees que podría dejarte ir y que te atrapen esos bandidos? ¿Eres mi esposa, lo olvidas?

—Tu esposa? No soy tu esposa. Ese pasaporte, esa identificación... No soy yo, mi nombre no está en ninguna parte.

Él la miró con fijeza.

—Y crees que me casé con un papel? Me casé contigo y te conseguí nueva identidad para salvarte, ahora ven aquí y deja de hacer locuras, no irás a ninguna parte Irina. No tienes el pasaporte, ni el nuevo ni el viejo, quemé tus antiguos papeles para que nadie supiera quién eras, te puse a salvo, ¿crees que lo hice por lealtad o por una promesa a tu hermano?

—¿Y por qué lo hiciste entonces? ¿Por qué te has casado conmigo, con una chica extranjera que tu familia detesta? ¿Por qué no elegiste una chica sureña? Dime Massimo.

Su esposo se acercó y le quitó la maleta y el oso y la obligó a regresar a su habitación, no le agradaba discutir en el comedor y que cualquiera pudiera escuchar.

Ella notó que cerraba la puerta con llave y protestó.

—No has respondido a mi pregunta, ¿por qué crees que estás obligado a protegerme?

—Es que no estoy obligado bebé, no lo estoy. Me casé contigo porque quise hacerlo, no fue una promesa, fue un trato que hice con tu hermano, hace muchos años... Favor con favor se paga y yo le hice un gran favor cuando su amigo Boris planeó venderte como esclava sexual a tu llegada. Niña ingenua, y tu hermano mil veces ingenuo y tonto... Para ser un científico realmente no sé, no se dio cuenta de nada. Pensó que lo traían aquí porque era una promesa de la ciencia, un cerebro ruso cotizado, patrañas. Boris le prometió un buen trabajo sin advertirle que tú serías el precio, sabía que podría venderte por una buena suma y lo hizo: te vendió a una red de subasta de mujeres, no las prostituyen, las venden como esclavas a un perverso de mucho dinero. Y quién manejó ese negocio era un desgraciado que queríamos quitar del medio porque se metía en nuestros asuntos, nuestro territorio y era un maldito traidor.

Irina recordó el horrible cautiverio y su llanto que se convirtió en unos tos que no la dejaba respirar, estaba muriéndose y a nadie le importaba. Estaba horas sin tomar agua, muerta de sed, confinada a una habitación con otras chicas, dos de ellas se mataron al saber lo que les esperaba. Lo único que la consoló entonces fue pensar que ella también moriría así que no debía

preocuparse...

Y entonces apareció alguien, sintió su voz y en ese estado febril pensó que era su hermano que la llevaba a casa, pero no era él.

Estuvo días internada en un sanatorio privado y entonces fue Nicolai con alguien más, un amigo dijo, ese amigo era un hombre de unos veinticinco años, ojos negros, bien vestido y simpático. Pensó que era un policía que planeaba interrogarla, pero nadie le hizo preguntas y el desconocido dijo entonces: eres una ragazza fuerte, vivirás...

Pero luego de esa experiencia nada fue igual, le llevó meses, años, dejar de tener pesadillas y el miedo nunca la había abandonado. Pensó en regresar a Rusia, no quería quedarse en ese país dónde las extranjeras eran raptadas y vendidas. Fue su hermano quién la convenció de quedarse, tenía un buen trabajo y acababan de darle un premio.

Al tiempo compró un apartamento y se mudaron a otra ciudad.

Jamás imaginó que tenía negocios con la mafia ni que trabajara para Massimo, él iba a veces a verlo y conversaban en el comedor.

De pronto todo encajaba. Nicolai debía mucho a ese italiano y al parecer ella sería el pago.

—Sí, yo salvé tu vida y ayudé a tu hermano a cambio de que trabajara para mí un tiempo. Sus conocimientos de armas y sustancias me

fueron muy útiles, pero entonces eras una jovencita que era puro huesos y cabello, hasta que pasaron los años y floreciste ragazza. Te hiciste mujer, ya no eras la jovencita flaca y piernas rectas. Hermosa, dulce y siempre escondida en el apartamento. Tu hermano estaba muy preocupado por tu futuro, no quería que un sinvergüenza se aprovechara de ti, que te hiciera daño entonces yo le dije que no se preocupara, que me casaría contigo. Pensó que bromeaba, no me creyó... Luego reñimos porque él pensaba que eras muy joven para casarte, pero tu hermano tenía los días contados y lo sabía, se había metido en un lío del que nadie podía sacarlo, ni yo podía Irina... Le dije que te conseguiría una nueva identidad y cuidaría de ti y a cambio él debía convencerte de que confiaras en mí.

Irina lloró al pensar en su hermano y él se acercó y la abrazó, la besó con intensidad, ardiente y posesivo como si quisiera decirle “tu hermano murió, no tienes a nadie, solo me tienes a mí, eres mía mamushka, solo mía...”

Pero ella no respondió a sus besos, estaba tan triste y angustiada que solo quería tirarse en una cama a llorar y olvidarlo todo.

—Déjame! ¡No quiero! —protestó cuando quiso llevarla a la cama con fines seductores.

Él besó sus labios y secó sus lágrimas mientras la empujaba un poco más, se moría por hacerle el amor y su negativa lo enfureció. Nunca antes se

había negado, ni siquiera al comienzo cuando el sexo le provocaba miedo e incomodidad.

Salió del cuarto dando un portazo.

Irina quedó sumida en una depresión que le duró días, sola en su cuarto con su oso o dando paseos por el campo a media mañana parecía un fantasma, una sombra de la joven alegre que siempre lo seguía a todas partes.

Massimo estaba preocupado, nunca la había visto así y la seguía porque temía que hiciera una locura, y si no podía seguirla él porque debía salir: les pedía a sus primas.

Una mañana Irina encendió el televisor y vio un programa que hablaba de la muerte de su hermano, las sospechas y los escabrosos detalles. Un atentado, un crimen perpetrado por la mafia rusa, una cruel venganza... El automóvil no solo se estrelló haciendo que su hermano quedara irreconocible, sino que antes de estrellarse contra la autopista recibió más de doce impactos de bala...

Cuando Massimo entró la encontró con un ataque de nervios, lloraba, gritaba y le echaba en cara que le había ocultado todo. ¿Por qué la mafia rusa habría hecho a su hermano, él nunca había tenido contacto alguno con gente de su país, solo con italianos, con Massimo?

Él apagó la televisión sin poder contener su rabia.

—Deja ya todo ese asunto, está muerto y no puedes hacer nada Irina, nada... Solo seguir con tu vida y olvidar. Estos periodistas inventan, solo quieren explotar el tema de forma mediática, no se habla de otra cosa y exageran. No fue un crimen de la mafia rusa, se estrelló en una autopista, fue un accidente.

Irina secó sus lágrimas y lo enfrentó:

—¿Y por qué no lo ayudaste, por qué no ocultaste a mi hermano como hiciste conmigo? Él trabajaba para ti, debiste ayudarlo.

Massimo se puso serio.

—Él no quiso esconderse, no podía hacerlo, estaba involucrado en algo mucho más grande que no tenía que ver conmigo. Yo solo le di un buen trabajo y le pedí algunos favores, favores que le pagué muy bien... Allí se termina todo. No soy responsable de esto, deja de culparme, en esta vida cada uno sigue su camino y tu hermano te amaba preciosa, te amaba y solo pensaba en ponerte a salvo porque descubrió algo criminal en el laboratorio donde trabajaba, un intento de crear un arma química muy poderosa. Y muchos de sus compañeros estaban involucrados y formaban parte de una red terrorista y Nicolai los delató y lo pagó con su vida. Fue una venganza, pero saber eso no te dará consuelo, quise convencerlo, le dije: no te metas, deja que la policía haga su trabajo. Se lo dije varias veces, pero no me escuchó, era un tipo obstinado, un idealista. Él dijo: cuida a mi hermana, aléjala de

todo esto, ella ni siquiera imagina las cosas horribles que están pasando en esta ciudad.

Irina lloró y quiso correr, estaba desesperada, la muerte de su hermano había sido tan injusta, por qué no pidió protección policial o algo y si lo habían matado a él también ella fuera la siguiente. Habían invadido su apartamento, destrozado todo y tal vez todavía la buscaran.

Massimo se acercó y la abrazó con fuerza, quería quitarle esa tristeza, llevaba días así y no quería que pasara más tiempo. Extrañaba a su esposa, a la joven que esos meses había sido su amante y compañera, tan dulce y alegre...

—Por favor Irina, deja de llorar, yo te necesito... eres mi esposa y me ignoras, mi tío está enfermo y me siento solo, no irás a ninguna parte lamentándote. Olvida lo que pasó, fue una tragedia sí pero no puedes hacer nada y mejor no mires esos programas televisivos, te hacen daño.

Ella secó sus lágrimas y buscó refugio en sus brazos, solo eso, calor y un abrazo apretado. Un abrazo que duró algo más de lo esperado, cuando comenzó a besar su cabeza y su cuello y luego desesperado le rogó que no se negara a sus brazos.

Irina secó sus lágrimas y lo miró, estaba desesperado por hacerle el amor y sufría, sufría porque ella no lo dejaba acercarse como si quisiera

culparlo de la muerte de su hermano sin quererlo. Sus manos atraparon su cuerpo y su boca atrapó la suya y luego tomó su vientre por asalto hasta saciarse, hasta arder con un deseo incontenible provocándole un placer múltiple cada vez más salvaje, más intenso para luego fundirse en su cuerpo en una apasionada cópula. Intensa, profunda y sin prisa, el roce era suave, posesivo, ardiente y su sexo se acopló y abrió de repente para atrapar en su interior su simiente, sin saber ni cómo esa mañana necesitaba sentir que se moría por hacerle el amor y se quedaría horas a su lado, llenándola de besos y de ese fuego que daba calor a su alma triste. Una y otra vez acabó en su cuerpo, en distintas posiciones y ella lo alentó a hacerlo como si tampoco se sintiera satisfecha a pesar de que estaba exhausta.

Estuvieron días encerrados, él dijo que sufría un malestar y se quedó con ella almorzando, cenando y entre medio haciéndole el amor sin parar, sin cansarse...

Y ella supo cómo alentarle a continuar, cómo hacer que su orgasmo fuera tan fuerte que se quedara sin aliento, cuando tomó su virilidad cuan larga era y la envolvió con sus labios besándolo con mucha delicadeza él cerró los ojos y se arqueó para atrás.... Ella no se detuvo porque algo salvaje había despertado en ella esos días, algo incontenible y ya no era tímida, sino que aceptaba esos juegos como parte del ritual amoroso, con total naturalidad. Y descubrió que le gustaba hacerle perder la cabeza, era un

hombre ardiente, apasionado y ella disfrutaba complaciéndole, dándole placer, todo el que fuera capaz... No tenía otra forma de calmar su angustia por ese futuro incierto a pesar de que también soñó con enamorarse y con sentir que lo había conquistador y era como esos hombres que no podía vivir sin la mujer que amaban. Tal vez empezaba a quererle, era tan bueno y cariñoso con ella, la había cuidado, la había salvado de una muerte horrible, de ser apresada y torturada, y rayos, no lo había hecho por sexo, ni por lealtad a su hermano, debía haber otra razón. Una razón que él le había insinuado, pero jamás había llegado a confesarle y que ella sospechaba, pero Massimo no era hombre de expresar sus sentimientos, podía ser efusivo, apasionado, cariñoso, pero no le decía te amo. Y en esos momentos Irina necesitaba tanto sentirse amada, pensar que había un futuro para ella en ese matrimonio, con él... Pero no había garantías, la vida era un riesgo y mañana podíamos estar muertos, eso le había dicho su hermano una vez y tenía razón.

\*\*\*\*\*

El tiempo pasó y llegó el momento de abandonar la mansión campestre de Nápoles. Tío Giuseppe se había recuperado y Massimo ya no parecía guardarle rencor, solo que ella notó que había entre ambos cierta incomodidad.

Su esposo estaba algo harto de tanta vida familiar y comenzó a quejarse de que no tenían privacidad y que era tiempo de que vivieran en su mansión de Roma.

Irina no sospechaba que él tuviera una mansión, pensó que bromeaba y en realidad se puso triste al enterarse de que el viaje era inminente.

—Pero si vamos a Roma alguien puede reconocerme, no estaré tranquila...

Él se acercó y la abrazó.

—Tengo un negocio que atender preciosa no podemos quedarnos aquí para siempre... Y no pienses eso, ahora nadie habla de este asunto. Tu hermano murió así que ¿qué querrían de ti? Tranquilízate, deja de imaginar cosas. Eso te hace daño, preciosa.

Esas palabras la espantaron, debieron darle alivio, pero el alivio significaba que Nicolai estaba muerto, enterrado en alguna tumba

desconocida y lloró.

Massimo la abrazó.

—Oh perdona no quise decir eso, soy algo bruto a veces, pero lo que quise decirte es que ya no hay peligro, pero antes sí... No se sabía qué iba a pasar y, además, ahora eres ciudadana italiana—dijo y acarició su cabello, su carita redonda de Mamushka.

Ella lo miró con sus grandes ojos grises.

—Entonces, ya no estás obligado a protegerme, ni a cuidar de mí—dijo con un hilo de voz.

Él sonrió.

—Qué dices? Eres mi esposa y te enseñé todo lo que sabes. ¿Crees que lo hice para que otro disfrute de ti?

—Pero tú dijiste que solo sería un tiempo, que esta boda no era para siempre, que hiciste esto porque...

Massimo la atrapó entre sus brazos y la miró con intensidad.

—Bueno, es que no sabía qué iba a resultar preciosa pero ahora quiero que te quedes, que seas mi esposa y me des un bambino... Tú necesitas un hogar, un marido y yo te necesito a ti a mi lado.

Esas palabras le provocaron una emoción intensa.

—¿Tú quieres que me quede? ¿Estás seguro de que no soy una carga

para ti? Dijiste que estaba a salvo, que ya no necesitaba esconderme ni...

Irina lloraba, no quería marcharse, no quería buscarse un trabajo ni vivir sola en una ciudad otra vez, solo quería quedarse con ese marido italiano sin importarle que tuviera enemigos y una vida peligrosa.

—No llores, no tienes que irte, eres mi esposa y quiero que te quedes conmigo, no soportaré que te vayas, que otro hombre se acerque a ti, lo mataré... te amo preciosa, no llores, ven aquí...

Él la besó y la arrastró a la cama llenándola de besos. Oh, qué maravilloso era estar entre sus brazos y olvidarse del mundo, el mundo era él, el mundo era esa cama.

—Preciosa, nunca te dejaré ir—dijo él mientras la desnudaba con prisa—No escaparás. Te amo, ¿entiendes? Sí, te amo, estoy loco por ti.

Ella lo miró muy seria.

—Hablas en serio?

—¿Y crees que te lo diría si no lo sintiera? Te amo mamushka, muero por ti. Y sólo deseo estar a tu lado y tener una familia contigo.

Sus palabras le provocaron una emoción extraña, desconocida para ella, a pesar del dolor que le había provocado la muerte de su hermano quería quedarse con él, era su esposo y estaba empezando a quererle.

—Pero trata de moderar tu genio si quieres que te ame y me quede

contigo—le advirtió.

Él sonrió y la empujó a la cama.

—Ven aquí, no escaparás... nunca te dejaré ir...

No, no quería escapar, por primera vez en su vida tendría un hogar, un esposo y niños... como siempre había soñado. Sabía que él la había despertado al fuego, la pasión, al amor y ahora quería quedarse, tener un bambino, varios, una familia junto a él.